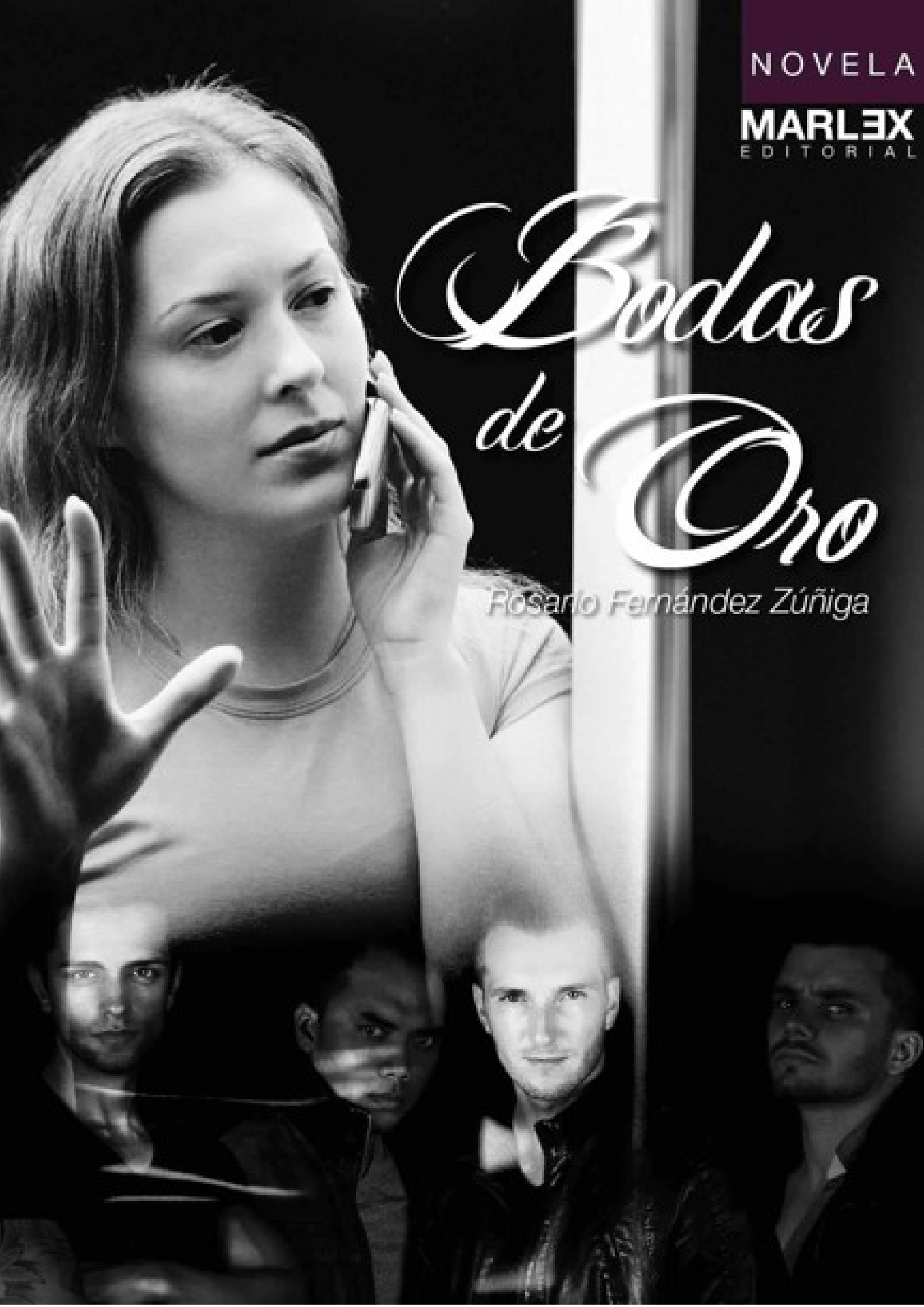


NOVELA

**MARLEX**  
EDITORIAL

# Bodas de Oro

Rosario Fernández Zúñiga



**Bodas de oro**  
Rosario Fernández Zúñiga

2ª mejor novela  
III Concurso de novela de Castelldefels

**Novela Romántica y de investigación**

Primera Edición Digital

Noviembre 2015

Nº Páginas: 150

ISBN: 978-84-944583-5-4

Disponible en [www.todosleemos.com](http://www.todosleemos.com) y otras plataformas digitales

Público: apto para todos los públicos

**MARLEXEDITORIAL,SL**

B-66115056

[info@marlexeditorial.com](mailto:info@marlexeditorial.com)

Editor: Ángeles Gallardo Castro

Corrector: Dionisio Rodríguez López

Portada: Verónica Pardo / [www.marlex-design.com](http://www.marlex-design.com)

Diseño Epub: [www.marlex-design.com](http://www.marlex-design.com)

Registro Propiedad Intelectual del Principado de Asturias

Nº Registro: 12/2005/703

*Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y s. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.*

Para todos aquellos curiosos que necesitan conocer qué hay tras el oro que reluce.  
La curiosidad es insubordinación en su más pura forma.  
Vladimir Nabokov  
El amor no es más que una curiosidad.  
Giovanni Giacomo Casanova



Nací en Barcelona y resido en Cornellá de Llobregat desde mis primeras horas de vida. Me licencié en Filología Hispánica y soy profesora de secundaria de Lengua y literatura castellana.

Mis primeros escauceos en literatura fueron de mano de las canciones que nos hacían aprender en clase de canto y de las lecturas indiscriminadas de la biblioteca de mi escuela. En esta época, EGB, mis compañeras me pedían que les escribiese poesías, pero abandoné este terreno para dedicarme a la prosa, terreno donde me sentía mucho más cómoda y segura. Desde aquellos lejanos años me recuerdo escribiendo en cualquier cuartilla que tuviese a mano, con más o menos asiduidad en función de las obligaciones que la vida me ofreciese. Ahora, aprovechando el espacio natural que mis ocupaciones me ofrecen, escribo con más frecuencia explotando la madurez, reflexión y sentido del humor que he ganado con los años.

A continuación os ofrezco una lista de premios que me han sido otorgados por distintos relatos. Como podéis comprobar estoy abonada a la plaza de finalista.

- Finalista en el XV Concurs de Narrativa per a Dones Àrtemis 2009 con Cuatro pilares
- Finalista en el XVI Concurs de Narrativa per a Dones Àrtemis 2010 con Corazón de metal
- Finalista en el XVIII Concurs de Narrativa per a Dones Àrtemis 2012 con Cau la nit
- Finalista en el I concurso de Microrrelatos Cuida la piel 365 días al año 2012 con Carta al sol
- Finalista en el I concurs Paraula d'Espriu 2013 con Detalls morals
- Finalista en el I concurso de microrrelatos Vivelibro 2013 con Amores estivales
- Colaboradora en el poemario del proyecto Agatha Autisme: trenquen el silenci amb la poesia. Viena Edicions 2014 ( en preparación) con el poema Conviure amb tu
- Coautora de la obra 9 relats per un nou mon.

## Paraguas

La determinación y la voluntad fueron las mejores cualidades de Rocío desde niña, sabía precozmente qué esperaba de la vida al ser mayor pero si le preguntaban cómo iba a lograrlo guardaba silencio. En la adolescencia estudió que algunos filósofos creían que el destino era predecible y quedaba fijado en el momento de nacer. Para saciar su curiosidad y conocer el futuro se dedicaron con ahínco a estudiar las estrellas o el oráculo. Otros pensaban que el hombre era el único responsable de sus actos y por tanto de sus consecuencias. Unos pocos pensadores rebeldes, los que fascinaban a Rocío; dedicaron sus energías a burlar al destino con métodos sofisticados y ella decidió seguir sus huellas.

Al acabar sus estudios de bachiller abandonó el pueblo donde nació y se fue a Madrid con la certeza de encontrar allí su fortuna. En su maleta llevaba voluntad, determinación y grandes esperanzas en sus propias cualidades pero también buenas dosis de inocencia, juventud y un liviano monedero. Pasó unos pocos meses tan sombríos que para la mayoría de chicas de la época hubiese sido motivo suficiente para regresar al hogar con dignidad. Pero Rocío era terca y también orgullosa, no estaba dispuesta a escuchar las recriminaciones de su madre que le advirtió de todas las nefastas consecuencias para una señorita bien educada de vivir sola lejos de la familia. Podía ir a Granada o Alicante, allí tenían primos que la podrían acoger, incluso podrían solicitar el favor a paisanos que residían en Tarragona, pero Madrid era una capital inmensa para una muchacha de pueblo sin experiencia del mundo y sin conocidos que la arropasen. Tanto insistió que finalmente su padre le dio permiso, no sin antes recordarle a su mujer que si no estaba de acuerdo en que Rocío fuese una chica moderna, como las que tanto alababa en el cine, para qué diablos se había obstinado en darle estudios, ahora su hija era una rareza en toda la comarca, incapaz de apreciar a ningún gañán que se acercase a ella. "Tu, mujer, le has estado haciendo la maleta todos estos años, le has entregado el billete de tren y ahora te arrepientes...es que no hay quién te entienda. Lloro si quieres, pero déjala marchar, no nos queda otra opción que dejarla volar".

Después de sobrellevar algunas experiencias desagradables logró ser entrevistada para cubrir una vacante en el departamento de personal de una importante empresa. Y la rueda del destino comenzó a girar.

Aunque la entrevista fue desastrosa y la joven creyó que nunca trabajaría allí, contra todo pronóstico formó aparte de aquella compañía aseguradora e una forma muy poco habitual.

Pocos minutos antes de las siete los empleados se transformaban en comparsas danzando al ritmo lento que marcaban las manecillas de sus relojes de pulsera hasta que sonaba la ansiada sirena que les anunciaba el fin de su jornada laboral.

Por las tardes, en la oficina, pocos minutos antes de las siete los empleados repetían los mismos rituales. Algún rezagado se apresuraba intentando acabar la tarea que llevaba entre manos, tecleando frenéticamente ante la máquina de escribir que humeaba entre sus dedos, compitiendo consigo mismo y con el tiempo al unísono. En ocasiones, cuando se trataba de un trabajo extra encomendado a última hora o del que eran responsables un grupo determinado de colaboradores, éstos acostumbraban a pulular entorno al compañero sentado frente a la Olivetti, agitándose en movimientos antagónicos de atracción y rechazo, más dados a crear maraña y zascandilear, justificando una actividad incierta, que a colaborar con su socio en el proyecto, sin atreverse a marcharse, mirando de soslayo el reloj acusador, corroborando que efectivamente el trabajo podía darse por acabado, el plazo de entrega asegurado fielmente y que ellos podrían, sin cargo de conciencia ni coste en sus carreras, retirarse a tiempo de descansar satisfechos por la tarea bien hecha.

El resto de empleados, con parsimonia ensayada en innumerables ocasiones, ordenaban su cubículo, archivaban documentos ya archivados, reubicaban carpetas bien ubicadas, hacían inventario de material de oficina en uso y de aquel que probablemente no usarían en meses hasta que cada uno de ellos, comprobando previamente el reloj central, se autorizaba a despedirse de su puesto de trabajo pocos segundos antes de las siete, de sus compañeros después, acercándose tímidamente al perchero si atreverse a ser los primeros en descolgar y abotonándose la americana, concentrándose en ello como si el esfuerzo precisase de todas sus reservas energéticas, componiéndose la figura, finalmente, aproximándose a fichar y con semblante renovado traspasar felizmente el umbral. Una vez producida al primera salida se sucedía un continuo e incesante goteo en idéntica dirección hasta quedar las oficinas desiertas.

Rocío acostumbraba a salir la última de la oficina, en parte se debía a su manera pulcra, metódica y flemática de actuar, en parte, a estar continuamente a prueba por ser nueva en la empresa, por tener el contrato siempre a punto de renovar y por ser una de las pocas mujeres en la oficina y saberse observada por ello, finalmente, por ser ya costumbre y parte de ella. Sólo cuando daba por bien concluidas las tareas programadas para su jornada laboral recogía sin prisas.

Ya en el ascensor la joven respiraba aliviada, satisfecha de sí misma comprobaba, ahora sí, su reloj de pulsera. Los

elevadores del edificio estaban situados frente a la entrada principal, al fondo de un amplio y luminoso vestíbulo al que se accedía a través de una puerta giratoria de cristal tras la cual se encontraba el mostrador de información y detrás de él, por la tarde, bostezaba Félix. Rocío lo sabía porque acostumbra a hablar con él unos minutos cada día antes de irse porque aquel conserje le inspira confianza.

Aquella tarde, apenas se abrieron las puertas del ascensor escuchó el repiqueteo de las gotas de agua sobre el asfalto y se alegró. Se alegraba siempre que llovía. El lunes muy de mañana, mientras escuchaba la radio en casa cuando desayunaba, el parte meteorológico amenazó lluvias para toda la semana pero el pronóstico tardó cuatro días en cumplirse y ella, por supuesto, nunca llevaba paraguas.

Félix que ojeaba con desgana el periódico del día anterior alzó la vista del papel impreso apenas escuchó el peculiar taconeo de Rocío.

- Benditos los ojos, me tienes abandonado- dijo con voz zalamera el conserje

Cuya perspectiva para las próximas horas predecía sin duda hastío y

Humedad en los huesos.

- Buenas tardes Félix ¿Cómo se presenta el servicio?- preguntó Rocío.

- Sin novedad. Por aquí lo único bueno que pasa eres tú.

- De muy buen humor te encuentro esta tarde.

- ¡Claro! ¿Acaso no te has fijado en el tiempo que hace?- inquirió con voz irónica el hombre.

- ¿Llueve?- contestó la muchacha con naturalidad, sin hacerse eco de la burla del conserje.

- Y tú ¿otra vez sin paraguas, verdad?- dijo Félix sin poder contener la risa.

- Me empiezas a conocer demasiado, y eso siempre resulta peligroso, te tendré que vigilar- protestó Rocío buscando inútilmente en su bolso donde sabía, sin duda, que no encontraría ningún paraguas.

- ¿Nada?- dijo el hombre sin poder disimular la risa.

- Nada. ¡Ayúdame antes de que te tenga que recoger del suelo!- protestó Rocío con fingida indignación.

- Cuando quieras, estoy a tus órdenes- contestó Félix componiendo el gesto.

- Ayúdame entonces y búscame un paraguas, por favor. – dijo haciendo acopio de firmeza.

- Sí pudiera encontrar en este cajón de sastre algo de provecho te buscaría una memoria fresca como una lechuga y larga como un día sin pan- prosiguió sin poder borrar la sonrisa de sus labios- ¿ no será esa la causa de que trabajes hasta tan tarde cada día? Yo que te había dicho tantas veces que no heredarías la empresa con tus horas extras Si se enteran tus jefes de que eres descuidada no cobrarás ni el sueldo de este mes.

- ¡Traidor! Las confianzas dan asco, ya me lo decía mi madre. Déjame un paraguas y no te molesto más.- dijo simulando secarse una lágrima.

- Te lo doy a las diez. Estoy solo aquí toda la tarde y aún no has visto mi coche nuevo. Espérame y te llevo a casa.

- Imposible, se me hace tarde, quizás otro día- contestó inquieta Rocío mirando hacia el ascensor.

- ¡Qué difícil que es alternar!



- ¿Pretendes ligar conmigo? ¡No me lo puedo creer! Antes tienes que esconder bien la foto de familia que llevas colgada del cuello.

- Está bien, toma tu paraguas y déjame solo. Yo que te quería ayudar... ¡Ingrata!- exclamó Félix llevándose un pañuelo a los ojos y estrujándolo después.

-Hasta mañana, don Juan- dijo Rocío conteniendo ahora ella la risa.

La joven salió a la calle ignorando que el aguacero se había convertido en tormenta y que en ese momento descargaba sobre la ciudad. Miró el reloj de pulsera con preocupación y se puso en marcha. Apenas abandonó el refugio que le ofrecían los soportales de la fachada principal descubrió que el paraguas que le había proporcionado Félix tenía una varilla rota, con las prisas no había comprobado su estado, ahora ya era tarde para rectificar, una urgencia vital la empujaba lejos de la oficina. Un escalofrío húmedo recorrió su espalda, al tiempo que gritaba por la desagradable y fría sorpresa, y un río helado descendía desde la nuca colándose entre la ropa. Sin duda Félix se reiría, pensó Rocío, pero ese detalle carecía de importancia en ese momento, por suerte no estaba presente para verlo.

Se sobrepuso y continuó su camino. Tras el inoportuno remojón intentó cobijarse mejor bajo el inválido elemento, observó entonces que también tenía goteras su improvisada techumbre coincidiendo, desafortunadamente, la situación del desperfecto con la altura de sus cejas. La chica observaba el desgarrón al tiempo que comprobaba de nuevo la hora y miraba hacia la entrada del edificio de oficinas. En ese instante un goterón fue a caerle justo en el ojo y Rocío perdió de vista la horizontalidad resbalando de costado sobre los húmedos escalones que conducían a la avenida. Rocío gritó de dolor dejando caer el paraguas. Se había golpeado la rodilla derecha y la palma de la mano que había utilizado como freno para acabar aterrizando sobre el asfalto. Tenía las manos enrojecidas por el frío y descarnadas pero contuvo las lágrimas de rabia y dolor, no quería compadecerse de sí misma.

Miró a su alrededor hasta localizar el paraguas abandonado y se aproximó para recuperarlo cuando escuchó unos pasos a su espalda.

- ¿Señorita se encuentra bien?- le dijo un joven que se acercó a ella con un impecable traje a medida.

- Bueno... - balbuceó Rocío reconstruyendo la verticalidad con esfuerzo.

- Debería asegurarse del buen estado de su paraguas antes de salir de casa,- le dijo el hombre ayudándola a incorporarse- La primavera es traicionera.

- Tiene razón pero ya es tarde para lamentaciones- protestó Rocío más humillada que dolorida.

- Le acompaño a su casa – afirmó muy seguro de sí mismo.

- No.

- Disculpe, no pretendo incomodarla pero ni su paraguas ni usted resisten un minuto más este aguacero. Tengo el coche aparcado aquí al lado. No se asuste, no tengo intención de aprovechar la situación, la acompañaré a donde me indique- ofreció mientras se aproximaba a ella con un paraguas.

Rocío en silencio se miraba la rodilla ensangrentada y las carreras abruptas que recorrían libremente sobre el nailon ocre de sus piernas golpeadas. Mientras caminaba junto al hombre, olvidó por un instante el escozor de la piel ultrajada y la turbación de verse involuntariamente a sus pies. Pensaba atropelladamente que el fortuito resbalón había arruinado sus posibilidades de éxito, sin embargo se esforzaba en mantener viva la ilusión de no tener pérdida la partida haciendo equilibrios para recomponer su fortaleza mostrando su aspecto más atractivo y social a pesar del percance.

El hombre, protector, la tomó del brazo por temor a que resbalara de nuevo patinando en el pavimento mojado y perdiera el equilibrio sobre sus diminutos tacones de aguja. Ella aliviada por el contacto se relajó aspirando la mezcla de olores de tabaco rubio y Varón Dandy. Entonces, lejos de peligros dejó caer, como por descuido, el paraguas roto a su paso junto a una papelería.

Rocío pensó que posiblemente no estuviera todo perdido, a fin de cuentas los hombres no suelen prestar atención a los detalles, menos aún si son nimiedades femeninas, pero son sensibles a todas aquellas acciones que les hacen parecer valerosos y viriles ante una mujer, cuestión de polaridad.

Su preocupación en ese instante era averiguar si el hombre que le acompañaba pertenecía a ese grupo de varones ambiciosos, seguros de sí mismos, nacidos para triunfar, formar una familia y rodear a ésta de comodidades. Era muy consciente de que su proyecto de futuro era tradicional y conservador en una época en la que podía arriesgarse optando por formas más liberales de relación pero estaba eligiendo libremente hacia y para ello trabajaba con tesón.

- He sido muy descortés, debería haberle dado las gracias- dijo Rocío intentando rectificar su error.

- De acuerdo, aceptadas- contestó sin prestar mucha atención a los comentarios de Rocío.

- ¿Qué?- preguntó con curiosidad Rocío pues el hombre no dejaba de mirarla.

- Entre que nos mojamos- sentenció abriendo la puerta del copiloto- ¡Eso es! ¡Yo te conozco! ¡Sí, estoy seguro! Trabajas en el Edificio Cristal, eso explica que estuvieras aquí a estas horas y con este tiempo terrible. No me hagas mucho caso, la primavera no me gusta nada, siempre me da disgustos. Por cierto ¿te puedo tutear?-decía el hombre con las llaves aún en la mano sin dejar de mirarla.

- Tienes razón, trabajo en la aseguradora, en el Departamento de Personal- le contestó Rocío que recobraba el valor y la esperanza.-Y puedes tutearme, no faltaba más.

- ¡Qué casualidad! Soy Sergio y trabajo en la sección de Riesgos del Edificio Cristal, en el Departamento de Inversiones ¿Cómo te llamas?

- Rocío.

- Estupendo Rocío ¿Y bien, dónde vamos?- dijo haciendo girar las llaves en el contacto de su flamante deportivo rojo que chirrió sobre el asfalto mojado.

En el confort que le ofrecía el vehículo, más tranquila y segura de sí misma, olvidó sus medias rotas y ensangrentadas, su ropa mojada y su corta melena pegada al cráneo como un casco. Sergio parecía ignorar todo eso y entonces cambio su centro de interés para mirar de soslayo su perfil. No se atrevía a mirarlo fijamente, aún era pronto para enfrentarse a sus ojos pero observaba oblicuamente sus movimientos suaves al volante: manos cuidadas con pulcra manicura, frente amplia y profunda que hablaba de talento y tenacidad, la nariz rectilínea, larga, elegante, sombreando unos labios breves, severos, sin espacio para acoger sueños ni cobijar fantasías. Tras observarlo Rocío pensó que era un hombre cerebral, calculador, poco apasionado, algo retraído, más apegado a los números que a las frivolidades y eso le gustó. Formalidad se dijo.

Su segunda duda recién nacida acababa de surgir rondando su mente sin descanso, golpeando su sien, martilleando el corazón. Deseaba y necesitaba saber si acababa de encontrar al hombre que había buscado durante tantos años y si tendría un lugar en su corazón.

Le podían las ganas pero no había encontrado el momento de entrarle de frente y mirarle a los ojos y sin embargo ya habían llegado frente al portal de su casa. El coche se había detenido y Sergio triunfal se había bajado para acompañarla hasta el portal donde la siguió con la mirada hasta que desapareció en el interior del vestíbulo, despidiéndose cortésmente.

A la mañana siguiente un mensajero llegó a la oficina preguntando por ella y entregó a Rocío un paquete con una nota. Los compañeros la miraron intrigados, quién le mandaría regalos al trabajo a la chica nueva, un antiguo amigo que sentía nostalgia intentando recuperar su afecto, o quizás era una nueva conquista. Nadie lo sabía con certeza. Rocío siempre enigmática se mantenía celosa de su intimidad.

Para evitar la mirada curiosa de sus compañeros y los posteriores comentarios se retiró con el paquete al archivo, un habitáculo angosto sin ventilación ni luz natural cuyo perímetro estaba cubierto en su totalidad por estanterías metálicas que llegaban hasta el techo. El espacio libre era sólo el imprescindible para que un operario con ayuda de una escalera pudiera acceder al material clasificado. Allí descubrió el contenido. Sergio le enviaba un paraguas plegable con una nota: "Te espero a las 10:30 en Casa Goyo, no faltes aunque llueva".

Rocío se sobresaltó, ¿Qué impresión se habría llevado de ella? Ir sola al bar ¿sería una prueba? En los pueblos ninguna mujer entraría sola a un bar, aún menos siendo soltera, ni siquiera hubiese podido trabajar sin la autorización de su padre pero las cosas comenzaban a cambiar para las mujeres, por lo menos en la ciudad nadie le reclamó la tutela paterna ni marital y posiblemente tampoco llamase la atención en este caso. Rocío había escuchado hablar de ese lugar donde iban a almorzar los oficinistas de la zona. Desde que vivía en Madrid había ido a bares los fines de semana pero nunca sola, siempre en grupo y en locales donde acudía gente de su edad que fumaba y reía. Allí nadie se alteraba por ver a unas chicas. Y aunque tenía sus reservas, esperaba que Casa Goyo fuese un establecimiento donde el dueño y los parroquianos estuviesen habituados a la presencia femenina. De lo contrario quedaba la opción de disculparse y salir sin mirar atrás.

Destruyó el embalaje y camufló el paraguas dentro de una caja de sobres. Los compañeros al verla entrar cargada olvidaron de inmediato sus conjeturas porque ella era la encargada de registrar y almacenar el material de oficina del departamento. En una sola ocasión recibió flores en el trabajo, hecho tan poco habitual que le granjeó inmediatamente fama de seductora entre sus compañeros, sin embargo, al no repetirse la situación dieron por erradas sus deducciones y cesaron los cotilleos.

Parapetada por un fajo de correspondencia Rocío descendió a la calle con tiempo suficiente para acercarse a correos y acudir puntualmente a su cita. Entró titubeante en el restaurante, Sergio la esperaba sentado en una mesa para dos junto a la ventana ojeando el periódico. No hubo miradas reprobadoras ni cuchicheos, ni ningún otro signo que la mantuviese alerta, se relajó, se sentó frente a Sergio y pidió café con leche.

Aquella sería la primera de múltiples citas que se sucederían en días posteriores en los que tuvo oportunidad de comprobar lo acertada que estuvo en sus deducciones y también su vana inquietud pues efectivamente ella encajaba en los planes de Sergio.

Unas semanas después del encuentro, fortuito según palabras de Sergio, los jóvenes se hicieron inseparables y sus lazos se estrecharon más allá de la camaradería propia de dos compañeros. Rocío era discreta por vocación y necesidad, por ello, sus compañeros próximos ignoraban todo lo que hacía referencia a su intimidad. Sergio, en cambio, solo era calculador y frío en relación al trabajo pero en lo referente a afectos, una vez confirmados éstos se sentía incapaz refrenar su emoción así que hizo partícipe a sus amigos y compañeros de su conquista.

Coincidiendo con este acontecimiento placentero en su vida privada el joven comenzó a recibir de sus superiores encargos de proyectos de más envergadura y responsabilidad. Sus conocidos y compañeros le auguraban un gran porvenir en la empresa para alguien con su capacidad y laboriosidad, brillante y entregado a la vez.

Sergio calculaba donde le podría conducir aquella situación tan propicia que se abría ante él de la forma más oportuna y en el mejor momento de su vida personal. Era como un traje a medida hecho por un gran diseñador, superaba todas sus expectativas. Se presentaba ante él la ocasión que había esperado durante años desde que se incorporó a la empresa, con la que había soñado en sus días más optimistas y que había abandonado cientos de veces al comprobar que sus esfuerzos y desvelos, las horas extras jamás cobradas y el estrés sufrido, no habían merecido el reconocimiento de sus superiores. Hubo un tiempo en que se hubiese sentido satisfecho solo con ser reconocido por su labor pulcra, metódica, por sus análisis siempre certeros y por los proyectos que tanto habían beneficiado a la empresa. Ahora la suerte le sonreía, no había duda posible, y ello le hacía sentir investido por una fuerza y un optimismo nunca imaginados, cubierto por una invisible capa que le otorgaba la energía, el ardor suplementario para escalar hasta la cima del éxito.

Entusiasmado con la imagen de un futuro halagador dibujado ya en la palma de la mano, hizo partícipe de aquellas novedades a Rocío. Ella le escuchó con atención pero no se atrevió a decir nada, se limitó a sonreír con resignación. Y Sergio equivocadamente creyó ver en su actitud la congratulación por su trayectoria profesional y sus nuevos planes y se sintió feliz.

Todo comenzaba de nuevo. Eso era lo que pensaba Rocío y no se atrevía a verbalizarlo ante Sergio para no espantarlo pero ella conocía todos aquellos síntomas. Ya le había sucedido en otras tres ocasiones. Lo reconocía, el fantasma del futuro feliz había irrumpido otra vez en su vida. Cada vez que conseguía aproximarse a un hombre, después de mucho esfuerzo y un largo trabajo previo de observación, cálculo y preparación, cuando la relación ofrecía serias posibilidades de formalizarse, entonces, de pronto, todo empezaba a enredarse de la manera más inocente hasta que el hombre desaparecía devorado por la ilusión de consolidar una carrera profesional brillante en el torbellino de su propia ambición.

Temblaba Rocío bajo su piel canela sin atreverse a manifestarle sus emociones para evitar el contagio, la influencia del virus negro de la desesperanza que le atenazaba el corazón sin sosiego. Era una mujer resolutiva decidida luchar cada día por conquistar una vida tranquila, sin sobresaltos, nada extraordinario, solo aspiraba a encontrar

alguien que le acompañase hasta el final de sus días en una existencia serena que les proporcionase felicidad. Lo demás podía esperar.

Pero la pesadilla continuaba. Los jefes de Sergio le habían prometido un importante ascenso que cambiaría su vida. Lo nombrarían director de una nueva delegación en provincias donde, con el incremento de sueldo y los precios más asequibles, podrían acceder a la compra de una casa, algo imposible en la capital. Sergio lo tenía todo previsto, durante las próximas semanas viajarían para conocer la zona a la que sería destinado, ver el futuro emplazamiento de las oficinas, supervisar las obras y buscar vivienda.

A Sergio se le llenaba la boca de proyectos. Analizaba las posibilidades de comprar un terreno y construirse una casa, era una opción más lenta y laboriosa pero el resultado sería más satisfactorio si conseguían un emplazamiento idóneo. Este era un punto delicado que merecía ser estudiado con atención y calma porque ofrecía muchas posibilidades. Podían buscar un terreno cerca del pueblo y bien comunicado, o un paraje con vistas panorámicas donde sentirse como en el cielo, o también una finca en la pudiesen instalar algún negocio paralelo que produjera dividendos extra del que tal vez pudiese encargarse Rocío. En aquellas conversaciones ella participaba poco, contestaba con monosílabos y sonrisas poco esclarecedoras que Sergio, embelesado con sus propios sueños, interpretaba con total libertad.

En pocas semanas las citas se redujeron drásticamente. Sergio trabajaba todas las tardes hasta bien entrada la noche y ella le esperaba pero difícilmente podía acompañarla a casa y mantener por el camino una conversación que no girara entorno a su trabajo, la dirección de la nueva sucursal, las obras del edificio de oficinas o la búsqueda de terreno donde edificar la casa.

Todo se desvanecía lentamente. Los desayunos y comidas, momento de encuentro diario, debía compartirlas ahora con compañeros y jefes que prolongaban las reuniones de despacho sobre manteles de papel o lino. Su posición junto a Sergio se fue debilitando hasta reducirse a largas conversaciones telefónicas cazadas al vuelo entre viajes y reuniones. Se estaba quedando al margen de sus planes justamente cuando Sergio creía que ella era su epicentro. Lo peor de todo es que no tenía forma de mantener la situación bajo control y menos aún darle la vuelta reconducirla a su punto inicial.

Trabajo, trabajo, y más trabajo. Para Rocío la situación se había convertido en un mal sueño pero Sergio se sentía tan orgulloso de sus logros que no entendía sus reproches ahora que estaba en sus manos ofrecerle todo lo mejor para comenzar juntos una vida en común.

Ella le decía sin rodeos que no necesitaba ninguna casa con jardín, pista de tenis y piscina, ni siquiera una casa pareada ni un ático en la ciudad. Era suficiente un apartamento que les cobijase de las heladas investidas de la tramontana, del rigor de las noches de enero, del sofoco de las tardes sin brisa de agosto, solo necesitaban un lugar cómodo y seguro para vivir. No le había pedido la luna, no necesitaba que dominase el mundo y sin embargo él necesitaba ponerlo en su mano.

Sergio no comprendía su lenguaje de mujer, sólo pretendía comunicarle su urgencia vital por sentirse respetada, aceptada, un poco admirada, por qué no, pero sobre todo, querida y eso podía leerlo en sus pupilas, en los pliegues de su sonrisa, en sus caricias. Rocío sabía que todo lo que había entre ellos se esfumaría si tan altos vuelos emprendía que la olvidaba en tierra mientras él iniciaba nuevos proyectos.

Pasaban los meses. Rocío cada día más hastiada de la deriva que estaba tomando su relación con Sergio lamentaba su malherido amor tocado en la médula, él más seguro de sí mismo, cosechando éxitos de la nueva delegación se alejaba de ella sin saberlo. Rocío encerrada en monosílabos que inflamaban su ira contenida; él acomodado en adjetivos triunfales y en presentes con valor de futuro, haciendo, como la cosa más natural e inocente, encofrados con sueños aún no forjados. Apenas tenían ya nada en común.

Llegó de esta guisa, sobre un suelo pantanoso cubierto de porcelana, el aniversario de Rocío. Los días previos al acontecimiento Sergio se esforzó en tejer una red algodonosa a su alrededor, había llegado el momento adecuado, estaba preparado y quería que todo fuese perfecto.

A Rocío le gustaba que la llamara por teléfono para mostrar que aunque estaba lejos se acordaba de ella. Sergio se preparó a fondo y durante la semana previa a su cumpleaños la llamó puntualmente dos veces al día: a mediodía a la oficina, durante su hora de descanso- sabía que se quedaba allí a comer para aligerar el trabajo y eludir así de paso a los compañeros curiosos- y más tarde, en su casa antes de dormir hablaban hasta que les vencía el sueño.

Pensó Rocío desconcertada que quizás su discurso finalmente había logrado hacer mella en él y que la lejanía había actuado como un emulsionante desvelando su auténtica humanidad por encima de otros valores mundanos.

Sonreía interiormente imaginándose en provincias regando, por fin, las rosas aterciopeladas de su jardín.

El día de su cumpleaños Sergio la citó por teléfono. Aquella noche volvía a Madrid, tenía reservada mesa en el mejor restaurante de la ciudad- en uno de los mejores del planeta según la descripción emocionada del joven enamorado- había necesitado utilizar todos sus contactos para reservar aquella noche y a través de un mensajero le envió un ramo de rosas con una nota: “No faltes, nuestro futuro se desvelará a las diez”.

A la hora prevista, no antes - ello podría causar un efecto contrario al deseado, mostrando un anhelo incontrolado, unas ansias malsanas por tomar posesión de los dominios soñados - se presentó Rocío en el lugar indicado con un atuendo impecable. Para la ocasión se compró un vestido de tafetán color humo con escote de pico y cuello marinero que marcaba suavemente la cintura y caía hasta las rodillas en pliegues, en el que gastó una pequeña fortuna. Era una versión pret a porter de un reconocido diseñador. Nerviosa por la nueva sensación que le transmitía Sergio y que no se atrevía a traducir en palabras, acabó comprando también las sandalias de tacón alto y el bolso a juego que le recomendó la vendedora a pesar de no reconocerse en la imagen que le devolvía el espejo.

La dependienta le aseguró que estaba perfecta para conquistar incluso a un ermitaño y ella la quiso creer. No satisfecha aún con su labor, decidió escaparse a mediodía a la peluquería. El precio de su coquetería fue comer un bocadillo con aroma a laca bajo el secador pero el sacrificio valió la pena y no pasó desapercibido ante sus compañeros, prueba de que había invertido con inteligencia su tiempo y su dinero.

Al verla comentaron la fortuna de la futura delegada consorte de una idílica provincia donde pasaría sus días al sol. A aquella joven agraciada nada se le podía resistir y menos ese día. Eso decían y ella lo creía sinceramente.

Al son de las diez, radiante hizo su entrada en el lujoso vestíbulo del restaurante donde Sergio la había citado. El maître la condujo a una mesa reservada al fondo del salón, junto a la ventana – un detalle propio de Sergio, pensó la joven recordando la mesa que solían ocupar en Casa Goyo – preparada para la ocasión con un centro de rosas blancas, las que a ella le gustaban, las mismas que había recibido por la mañana en la oficina, con una vela roja en el centro.

El maître le hizo saber que habían preparado la mesa según las indicaciones de Sergio y con las flores que él había enviado. Rocío se sonrojó al ver la decoración preparada especialmente para el encuentro que auguraban una velada luminosa donde florecerían tal vez las promesas, sin embargo no ser recibida por Sergio deslustró inmediatamente el conjunto. Sabía que Sergio viajaba a Madrid exclusivamente para aquel encuentro y que los separaban seis horas de carretera. Sabía lo difícil que le resultaba salir del trabajo sin retraso, además tendría que comer al salir de la oficina, arreglarse para la cita y descansar durante el trayecto. Necesitaría como mínimo siete horas para llegar, decidió inmediatamente no dejarse dominar por actitudes negativas por lo que aceptó el retraso con naturalidad.

Para entretener la espera dignamente como exigía la ocasión pidió un aperitivo al camarero y rechazó la carta, muy pronto pensó, tiempo habrá.

Mientras Rocío consumía el breve aperitivo dando también al estómago algo que hacer, comenzó mentalmente a calcular las posibles razones de su tardanza: una reunión imprevista, un atasco, una avería del coche... Intentó no alarmarse por el retraso. Para apaciguar sus dudas hizo de nuevo una señal al camarero que acudió presto a servirla. Deseaba saber si habían recibido alguna llamada del joven. El camarero se retiró a consultarlo y volvió poco después para decir que nadie había llamado y de nuevo le ofreció la carta. Ella agradeció con cortesía la información e intentó alargar el aperitivo hasta cuadrricular la copa, aún así, seguía sin aparecer después de media hora.

Acabado el último sorbo de zumo exprimido del mismo corazón del cristal, sin restos ya de almendras ni aceitunas hizo una rápida inspección sobre la mesa, a vuelo de halcón, comprobando la intendencia y su posible duración. Sus reservas totales consistían en el servicio de mesa, que por suerte para ella era generoso: un botellín de agua mineral y dos cestillos de mimbre con panes artesanos. Rocío, pertrechada en su trinchera, estaba decidida a defender la posición a toda costa, no quería darse por vencida sin rendir batalla al tiempo. Su éxito consistía en saber esperar pero a punto estaba de rendirse al desánimo sintiéndose humillada y abandonada, sin embargo hizo un esfuerzo por recomponer el ánimo sin transparentar preocupación. Se levantó y preguntó al camarero por el aseo. Esa era una excusa tan válida como cualquier otra para ocupar el tiempo en algo mientras intentaba mantener el ánimo bien alto.

Al pasar junto a recepción vio un teléfono público pero pensó que de poco le serviría ya que a esas horas no abría nadie en las oficinas.

A Rocío le temblaban las piernas pero se negaba a ceder, así que continuó su camino hasta el baño. Allí el espejo le

regaló una magnífica imagen de sí misma que hubiese sido perfecta si no estuviese sola. Por otra parte los servicios de cualquier local público la deprimían – no los usaba jamás salvo en caso de urgencia- pero se encontraba frente a una emergencia y debía intentar distraerse. El baño era muy amplio y tenía frente al tocador dos butacas. Estaba vacío, de lo cual se alegró, y sin tener nada mejor que hacer se sentó frente a su imagen inmóvil, sorprendida y asustada ante el torbellino de ideas que se atropellaban en su mente sin dejarla discurrir.

Hubiese salido corriendo si sus piernas paralizadas la hubieran seguido, hubiese gritado si su voz airada hubiese resonado en los oídos de Sergio, solo pudo contener su rabia apretando los puños hasta clavarse las uñas en sus palmas, se mordió los labios hasta verlos amoratados en el cristal, a punto estaba de echarse a llorar cuando escuchó unas voces risueñas a su espalda. Llevaba inmóvil frente al espejo un tiempo indefinido durante el cual el vértigo se había apoderado de ella, pero aún no admitía su derrota. Así que actuó como si nada sucediese. Sacó de su bolso una barra de labios y un peine y se retocó meticulosamente como si ese acto reparador tuviese el mismo efecto en su interior.

Lentamente se fue recobrando influida por las conversaciones alegres que resonaban en sus oídos como campanas en un día festivo. Entonces, más serena, esperó de nuevo a que el baño quedase desierto y buscó en su bolso el número de teléfono del hostel donde residía Sergio. Debía asegurarse que nada anormal le había sucedido. Buscó unas monedas, se dirigió al teléfono y marcó el número. Una voz que se identificó como el recepcionista le dijo que Sergio salió del hostel alrededor de las seis de la tarde con otros compañeros y que parecía de muy buen humor. Incrédula le hizo confirmar la hora y la compañía. “Usted debe ser Rocío, ¿verdad?, puedo asegurarle que salió de aquí hacia las seis porque yo mismo estaba en recepción y me pidió que le deseara suerte, dijo que tenía una cita muy importante en Madrid. ¿Llama usted de Madrid, señorita? Pues hacia allí se dirigía con sus compañeros de trabajo. No se preocupe por nada, los conozco, son buena gente.

Volvió a la mesa con la ilusión de encontrarlo sentado en ella leyendo la carta, como si tal cosa, en el peor de los casos habría llamado ya para excusarse y explicar el motivo de su retraso. Eran ya las once.

Sorteó las mesas intentando no mirar el contenido de los platos porque a aquella hora en su estómago se estaba preparando la ceremonia ritual antes de dar comienzo los primeros actos de auto canibalismo. Tampoco quiso mirar a nadie, sentía terror de leer en sus ojos la burla y la humillación de que estaba siendo objeto y en ese caso no podría controlar sus nervios y saldría corriendo. Sergio sentado en la mesa le daría una pronta satisfacción y todo estaría resuelto. Pero al acercarse a su mesa la encontró vacía aún.

Preguntó al camarero, simulando tranquilidad, pero no había novedades, éste le sugirió que mirase la carta y pidiese la cena porque la cocina cerraría pronto. Pensó que se merecía la satisfacción de unos dulces y pidió un carrusel de postres y una copa de vino dulce.

Mientras comía a bocados pequeños como besos de mariposas las delicias que ahora cubrían la mesa, un torrente de ideas atormentaba de nuevo su mente precipitándose sobre ella en un diluvio de reproches teñidos de ira, rencor y rabia. Calculaba que si había salido tan tarde, algo del todo imperdonable, tendría que haber hecho el viaje sin paradas y en cinco horas habría llegado, pero no era así. Resulta que a Sergio le interesaban más sus relaciones laborales y sociales que ella. Sin embargo hasta al recepcionista le decía que ella era lo más importante de su vida y lo cierto es que se había tomado muchas molestias para que aquella cena fuese especial reservando en aquel restaurante exclusivo y comprando las rosas, ¿pero cómo de especial? Ya no sabía como tomárselo.

Cuando comió el último trozo de tarta Sacher llamó al maître, pidió la cuenta y salió del salón pensando un llevaba un carísimo atuendo para tan triste cena. Eran las once y cincuenta minutos y los camareros comenzaban discretamente a retirar los servicios de mesa. En recepción pidió un taxi, empezaba a llover. Menuda suerte la mía, pensó Rocío vestida de gala, escotada, con tacones de aguja y comienza a llover.

Dos horas de plantón en un restaurante en el que era necesario esperar meses para conseguir una reserva era tanto como dejarla abandonada al pie del altar y no podía comprender el motivo. No vestía un traje de novia pero el que llevaba le había costado casi una mensualidad, el resto lo había dejado en el restaurante. La historia había resultado una broma absurda y cruel.

Rocío seguía buscando explicaciones lógicas, le habría angustiado con la elección de un estilo de vida, algunos hombres huyen cuando se acerca el momento del compromiso ¿Sería eso? ¿Y si lo tenía previsto desde el primer día? El conserje le dijo que salía con los amigos ¿la habrían tomado por la protagonista de Calle mayor? A Rocío le dolía la cabeza.

Buscó un paraguas en su bolso y encontró el regalo de Sergio, recordó cada una de las veces que se había mojado por la lluvia y supo que superaría aquel episodio de su vida como otros antes, que saldría adelante pero del incidente no diría nada a nadie, la experiencia de aquella noche era más de lo que podía soportar sus nervios sin

desmoronarse.

A pocos metros de la entrada frenó bruscamente un Mercedes plateado, algo en él le pareció familiar, quizás el gesto del conductor jugueteando con la oreja pero en aquel instante llegó un taxi y su mente ignoró aquel vehículo. El taxista hizo señales intermitentes con los faros bajo la lluvia y se paró suavemente como un pájaro a sus pies y ella se perdió en su interior.

Mientras tanto del Mercedes había salido precipitadamente Sergio que entusiasmado movía las brazos remando en un mar de lluvia. Su voz ahogada por los truenos no alcanzó a Rocío ya en el interior del taxi pues éste había iniciado la marcha. Corría tras el taxi con un paquetito dorado pero el vehículo aceleró a dos zancadas de él. Perplejo se quedó en la acera, bajo el agua, viendo como aquel coche se llevaba a Rocío. Entonces vio bajar la ventanilla y sonrió aliviado, pensó que Rocío le había reconocido pero la única respuesta que obtuvo fue el paraguas de Sergio lanzado a sus pies golpeando el bordillo, destrozado.

En el interior del taxi la joven sintió la urgencia vital de olvidar el pasado y comenzó con el paraguas mojado que estaba a sus pies. Aún llovía pero tenía que ser firme en sus propósitos, bajó la ventanilla y lo lanzó sin mirar.

Sergio, paralizado por el desconcierto solo pensó en el ridículo del que sería objeto al día siguiente en la oficina por parte de sus compañeros y no se movió. El conductor del Mercedes que había observado la escena sonreía satisfecho, jugando con el lóbulo de la oreja hizo sonar el claxon para sacarlo de su sopor ofreciéndose a acompañarlo a casa.

A la mañana siguiente en la oficina nadie dirigió la palabra a Rocío. Pero ella ni se percató del suceso, estaba ya en otra fase de su nueva vida concentrada inspeccionando de nuevo las fichas del personal de la empresa. Solo seleccionaba los varones solteros, con estabilidad laboral y sin compromisos conocidos. En esta ocasión, después de las experiencias pasadas, descartó a todos aquellos que tuviesen oportunidad y deseos de medrar en la empresa. Buscaría la tranquilidad de un hombre firme que supiese permanecer a su lado, sin más ambición.

Retrasó la hora del desayuno para hacerla coincidir con la de Paco, el conserje diurno, momento éste en el que no había nadie en recepción y podía hacer una fotocopia del horario del personal con los comentarios para las próximas semanas. Con esos datos podía estudiar a varios sujetos que tenían el perfil adecuado. Decidirse por uno de ellos le llevaría tres o cuatro semanas de investigación, tal vez menos, en todo caso, tiempo suficiente para rehacerse y volverlo a intentar su objetivo con éxito. No encontró a nadie en recepción, hizo las fotocopias y se retiró de nuevo a su cubil con su tesoro. Por la tarde, poco antes de las siete, comenzó a llover y no pudo evitar acordarse de Sergio y su paraguas.

Mientras Rocío elaboraba un nuevo plan estratégico para buscar pareja Sergio estaba reunido con la dirección para ultimar su traslado definitivo. Aquella tarde en ausencia de objetivo nuevo la chica salió puntual. El vestíbulo de la planta doceava estaba lleno y los cuatro ascensores bajaban sin detenerse. Al llegar a recepción un enjambre bullicioso danzaba en dirección a la luz gris de la tarde pero el agua les repelía, salían lentamente los que tenían paraguas, el resto colapsaba la salida en busca de alguien que lo acercase a casa.

Sergio la vio y también sus amigos pero evitaron que se encontraran aunque él no intentó dar ni un paso hacia ella, al contrario, se alegró de que Rocío no pudiera verle y se apresuró a marchar en su nuevo deportivo.

Rocío ajena a la maniobra esperó a que el vestíbulo quedase en silencio pensando que tal vez escamparía pronto, cuando comprendió que eso no sucedería en un plazo breve de tiempo buscó a Félix. Él le dejaría un paraguas, como siempre, pero aquella tarde no lo encontró, recepción estaba cerrada. Le extrañó su ausencia impropia a esas horas. Decepcionada salió de nuevo con la intención de pedir un taxi pero al traspasar el umbral los faros de un Mercedes plateado la deslumbraron haciéndole imposible avanzar, desde su interior una voz masculina le dijo:

- Señorita, debería haber aprendido ya la necesidad de llevar siempre un paraguas, la primavera es traicionera.

Al acercarse reconoció a Víctor, el hombre que estuvo a punto de hacerla abandonar el trabajo en la aseguradora cuando la entrevistó por primera vez. Dudó de sus intenciones y estaba ya dispuesta a continuar su camino cuando desde el interior le abrió la puerta y la invitó a subir. Necesitaba un medio para llegar a casa y Sergio había desaparecido de su vida sin explicaciones. Así que pensó que no estaba para remilgos, calada hasta los huesos una vez más subió al Mercedes.

## Casa Goyo

Casa Goyo era el lugar de encuentro habitual de los empleados del Edificio Cristal. Goyo, cuyo nombre era Gregorio como su abuelo y su padre. Era un avisado tabernero que ofrecía cocina tradicional con la habilidad del negociante sutil que ofrecía a sus clientes infinidad de oportunidades para saciar su apetito en función de sus gustos, tiempo y economía desde tapas a salón privado.

Pero lo mejor de todo era el propio Goyo. Hombre peculiar, capaz de armonizar con el público más heterogéneo imantando a sus parroquianos con eficacia, fidelizando a cada uno de ellos cuando aún no se había inventado esa palabra.

La atmósfera de la taberna, como Goyo definía su negocio al más puro estilo decimonónico, era acogedora como un hogar con distintos espacios adaptados a sus moradores, hecho que facilitaba los muchos recovecos del local. A su distribución peculiar se sumaba el carisma de Goyo que le había granjeado un halo de misterio nada común en el sector.

Del propietario contaban los clientes historias singulares que acostumbraban a ponerse en duda alegando otras versiones, supuestamente mejor fundamentadas, tan increíbles como las anteriores que poco después de ponerse en circulación eran rebatidas por otra nueva. Este murmullo en torno al tabernero servía para atraer y amalgamar a sus clientes mejor que la publicidad que pudiese pagarse. Tan asombroso resultaba este prodigio que uno de los clientes esporádicos, un redicho jefe de marketing recién llegado de EE.UU. con su flamante título, lanzó el bulo de que la invención y propagación de tan estrafalarios comadreos procedían del propio Goyo ayudado por un grupo de amigos como parte de una campaña de promoción ingeniosa. La versión del experto no tuvo la acogida esperada pues a nadie le importaba en realidad su origen. Su función principal era distraer a los clientes de sus brumas cotidianas y traducirlo cada día en sonido metálico en su caja registradora.

La literatura nacida en torno a Goyo certificaba su naturaleza camaleónica y su capacidad casi infalible de conocer la naturaleza humana y reconfortarla selectivamente con una tapa de callos o un café. La única verdad para sus parroquianos era que al entrar allí se sentían como pez en el agua.

El tabernero, observador y discreto, inspeccionaba a sus clientes al traspasar el umbral radiografiándolos con sus ojos, escuchando sus emociones y captando sus biorritmos con un apretón de manos. De alguna manera solo conocida por él establecía un diagnóstico veloz sobre las necesidades del cliente que se reflejaba en las viandas que les ofrecía.

Claro está que todo esto sólo sucedía con los clientes asiduos que formaban ya parte del colectivo de parroquianos de Goyo, a los que con un leve movimiento de bigote; similar a la agitación muscular para liberarse de un malestar puntual depositado sobre el labio superior, servía su receta magistral antes de que hubiesen hecho su pedido. Lo maravilloso e increíble de este juego es que nadie se quejaba jamás, contrariamente quedaban muy satisfechos de la osadía esperando la sorpresa del próximo día.

A este grupo de parroquianos pertenecía Sergio hacía tiempo, desde la época de sus primeros contratos temporales y ya entonces le servía los más estrafalarios bocadillos jamás escritos en mente alguna. Sergio se sentía admirado de las sensaciones inigualables que experimentaba al morder por primera vez el pan crujiente sin saber bien que le esperaba en su interior. Cuando se acercaba al local notaba cómo se activaba su memoria gastronómica poniendo en acción todos los jugos gástricos.

Aquella mañana al entrar vio un haz de luz con los destellos del arco iris y la calma le inundó, se sintió reconfortado como un soldado derrotado al regresar a su hogar tras una cruenta batalla. No era la primera vez que notaba aquella sensación. La primera ocasión en que la experimentó fue pocos meses después de incorporarse a la aseguradora, recién licenciado, cuando su novia Mari Mar le comunicó que se acababa de prometer con su antiguo compañero de estudios que había regresado al pueblo a instalarse y abrir su despacho de abogado. Por toda explicación Mari Mar le espetó airada que las personas con éxito sabían abrirse camino en la vida, el resto se escondían tras las excusas.

Sintió que le clavaban una estaca en el corazón. Su mejor amigo y compañero de universidad le había robado la novia que él mismo le presentó durante las vacaciones. Entonces Goyo le empujó a hacer planes de futuros negocios sobre la barra de un bar. Sergio no lo tomó en serio, eran cosas dichas de madrugada entre el alcohol y el tabaco. Pero tras aquella terapia etílica surgió la energía que le cambiaría la vida.

Entró en la taberna con los párpados hinchados y unos profundos surcos en los ojos, se abocó a la barra y con voz crepuscular pidió un café doble y algo de comer. Frente a él, Goyo con su bigote movedizo le mostró con un leve gesto del índice una mesa vestida de largo y reservada a su nombre, en ella le esperaba una copa de fino, unos



langostinos y una bandeja de embutido ibérico. Ante la cara incrédula y anonadada del joven, Goyo, con una leve presión de la mano sobre su espalda le dijo:

- Las penas con el estómago lleno no son penas. Renovar tus fuerzas, te sentirás mejor.

Fue entonces cuando vio el arco iris que se tendía como un puente entre Goyo y la mesa preparada para él o tal vez lo soñó.

La segunda ocasión en que creyó ver el espectro iridiscente en el local de Goyo proyectando sus rayos tornasolados hacia él fue con ocasión de una decepción laboral. Tras meses trabajando con éxito en un nuevo proyecto y haber recibido las felicitaciones de sus superiores se reprodujo una vacante por la jubilación de su superior directo, el cual le había insinuado que ocuparía su despacho. Sin embargo la convocatoria finalizó con un arbitrario e indebido ascenso laboral. De eso hacía diecinueve meses. Aquel día cuando entró en el local de Goyo a la hora de almorzar éste le dijo balanceando rítmicamente el bigote y extendiendo hacia él una copa de Rioja Gran Reserva:

- No te tomes esta pequeña derrota como el fin del mundo. Ahora puede parecer increíble pero no hay mal que por bien no venga. Pronto lo comprobarás y recordarás este día como una bendición cuando otra nueva puerta se te abra.

Tampoco Sergio en aquella ocasión hizo el menor comentario respecto a los manidos aforismos de Goyo ni rechazó su menú especial

Meses más tarde, para su admiración, las torpes aptitudes del nuevo jefe de sección se hicieron evidentes y tras ella, saliendo de la sombra, apareció la figura de Sergio que obtuvo los primeros encargos como ayudante del jefe de Negociado. Éste pronto hizo de él su hombre de confianza, hecho que le sirvió para abrirse camino hacia su actual estatus laboral. Las nuevas responsabilidades le obligaban a hacer horas extras con frecuencia, razón que motivó el encuentro casual con Rocío que le cambiaría la vida.

Cuando la encontró recordó las palabras del tabernero y sonrió, creía que esta vez sí lo tendía todo a su favor. Ahora que Rocío desaparecía de su lado inexplicablemente, disuelta bajo la lluvia a un soplo de él, justo en el instante en que todo lo que tenía se lo ofrecía, esperaba con ansia la sorpresa del tabernero sin preocuparse en cuestionarse cómo estaba al corriente de cuanto sucedía a sus clientes.

En la barra, como siempre, trabajaba Goyo que le saludó con su gesto familiar pero esta vez abandonó su peculiar estrado para rodearlo con el brazo y acompañarlo hasta una mesa preparada para cinco comensales, tres estaban acomodados ya en la mesa. Sergio y Goyo se incorporaron a continuación. El tabernero haciendo gala de sus proverbiales aforismos dijo:

- Te presento al club de los corazones rotos por nuestra común amiga Rocío. Camaradas, alcemos las copas y brindemos por nuestra querida Rocío que nos supo conquistar sin necesidad de armas ni sangre.

Los cinco levantaron sus copas hasta vaciarlas. Sergio paseó la vista sobre aquellos rostros que le miraban cordialmente. Los conocía, todos trabajaban en el Edificio Cristal. Los hombres sentados entorno a Goyo eran empleados de la misma aseguradora y compañeros de Rocío. Se presentaron uno a uno. Le explicaron que cada uno de ellos, sin excepción, había obtenido ascensos importantes durante el tiempo que mantuvieron relaciones con Rocío. Y de igual forma se vieron obligados a trasladarse a otras delegaciones, a hacer horas extras y a viajar sin descanso. Entonces la perdieron y aunque el tiempo había pasado el recuerdo de Rocío permanecía vivo en ellos.

Uno de los hombres que acababa de regresar de su luna de miel dijo:

- No te extrañes... ya ves, el tiempo lo cura todo- decía mostrando el anillo de boda – ya sabes, la mancha de una mora con otra verde se quita.

- Y un clavo saca otro clavo- continuó Sergio irónico acostumbrado a la dialéctica popular de la taberna pero de malhumor para admitir su prosaica filosofía en la que sustituía una mujer por otra sin tener en cuenta los sentimientos.

- Efectivamente- prosiguió Goyo que pareció adivinar la suspicacia del joven – y para demostrarlo te diré que en estos instantes, justo en la mesa de la esquina te espera tu clavo ardiente. Corre que las ocasiones las pintan calvas. Se llama Lidia, ambos compartís una decepción amorosa, podéis intentar recomponer mutuamente los

añicos y ayudarlos en la reconstrucción. Y si no os funciona por lo menos habrás hecho una nueva amiga.

- No creo que sea ésta una buena ocasión para presentarme a ninguna mujer. No soy buena compañía.- protestó Sergio.

- En tu lugar seguiría los consejos de Goyo – intervino el comensal recién llegado de su luna de miel - Así conocí yo a Laura y ahora estamos casados.

- ¿Además de cocinero y psicólogo también eres ahora casamentero?-interrogó Sergio a Goyo molesto por la intromisión en su intimidad.

- Bueno, es una manera de aumentar la clientela, dos consume más que uno, sobre todo si ese uno está inapetente porque tiene mal de amores

- Eres un caso, te pareces a mi abuela...- los cuatro ex novios de Rocío se miraron y se echaron a reír.

Los cinco hombres volvieron a alzar sus copas y le dedicaron un brindis a Rocío. Sergio no había reaccionado aun, estaba bajo los efectos de la sorpresa y algo mareado por el alcohol pero atraído por la incógnita y siguiendo la corriente que le había llevado hasta esa encrucijada de su vida se acercó a la mesa indicada, se presentó a la joven e inmediatamente ella le propuso que compartieran mesa.

Cuando los clientes fueron abandonando la taberna, Goyo con cuidado recogió las tazas de café de Sergio y Lidia, observó los posos y se dijo con una enigmática sonrisa:

- Ya iba siendo hora de encargarse un traje nuevo para ir de boda.

## El relevo

Me llamo Félix y soy amigo de Paco desde la escuela primaria. Nos conocemos hace más de cincuenta años, en la época remota en que nuestras madres se explicaban extasiadas nuestros progresos mientras extendían la colada. Quizás por eso, por ser vecinos y tener la misma edad o quizás por tener un carácter compatible nos hicimos amigos y desde entonces, a pesar de los altibajos de la vida, supimos mantener siempre a flote nuestra amistad.

Uno de los primeros recuerdos que conservo de Paco son las meriendas en las que compartíamos pan con chocolate. Una de nuestras madres se levantaba a preparar café para ellas en un rápido descanso de su trabajo en el taller de costura y de dos pellizcos cazados al vuelo nos ofrecía una onza de chocolate y un trozo de pan de barra a cada uno. Y para no molestar enredando entre patronos nos enviaban tranquilas a jugar a la calle porque en la avenida donde vivíamos de Pascuas a Ramos circulaba algún vehículo: el camión de las cervezas y sifones, la furgoneta cargada de repollos y patatas o la que frecuentaba la pollería, nuestra preferida. La esperábamos por las tardes sentados en un bordillo mientras comíamos la merienda para ver llegar los pollos, conejos y pavos vivos a la pollería del barrio.

En aquella época nació nuestra afición por las apuestas. El juego era sencillo. En el portal, antes de salir a la calle y tener ocasión de hablar con nadie debíamos adivinar si ese día habían traído pavos. El perdedor debía entregar al ganador su pan, éste se lo cambiaba por su onza de chocolate. El premio consistía en dar de comer a los animales con el pan extra ganado en la apuesta, el finalista se comía el chocolate para endulzar el mal sabor de la derrota.

Con los años la costumbre creó unos efectos colaterales inimaginables para nosotros. Paco acabó ligado a un obrador de pan durante más de veinte años y ambos aborrecemos los dulces, especialmente el chocolate.

Si no había pavos a los alimentar le pedíamos gomas de pollo a la dueña que no tuvo jamás ocasión de ser niña, nos llamaba haraganes, vagos y maleantes pero nosotros, que conocíamos el verdadero fondo de la pollera, que se las daba de dura para poder gobernar su negocio, nos sentábamos en el rebate de su tienda esperando que la brisa fresca cambiase su humor. A veces esperábamos toda la tarde sin que sucediese la metamorfosis y abandonábamos mohínos el tranco volviendo a casa cabizbajos.

Por suerte eso no pasaba con frecuencia. La pollera, cuando ya estaba harta de vernos babear más que los mismos pavos, cansada de llamarnos bobos y de decir que no servíamos ni para vendernos para sebo, aprovechando alguna ocasión en que no habían clientas a la vista, salía detrás del mostrador con un trapo en la mano simulando limpiar las baldosas blancas y mientras amenazaba con darnos un cogotazo por impertinentes, desvergonzados y botarates, extendía el brazo y abría el puño soltando al aire unas cuantas gomas. Nosotros las recogíamos con la velocidad con la que el halcón atrapa al pichón y salíamos corriendo celebrando a gritos la caza. Ella volvía entonces a amenazarnos desde el umbral con decírselo todo a nuestras madres.

Con las gomas y unas ramas fuertes improvisábamos un tirachinas con el que asustábamos a los niños del barrio. Les decíamos que nos quedaríamos sus meriendas, aunque nunca lo hicimos. La apuesta consistía en averiguar cual de ellos huiría el primero, quien resistiría más antes de hacerlo y si habría alguno capaz de plantarnos cara. Era otro de nuestros juegos de apuestas pero está vez introduciendo el riesgo y la observación psicológica y las variables múltiples.

Al principio nos contentábamos con verlos correr por el barrio asustados mientras nosotros nos sentíamos estimulados por la incertidumbre de un eventual enfrentamiento con alguno de ellos. Actuábamos por instinto pero aprendíamos rápido. Si descubrían que nosotros también les temíamos y que no teníamos intención de quitarles nada excepto el resuello tendríamos que abandonar aquel juego que nos proporcionaba grandes emociones.

Los juegos crecían con nosotros. La edad y la experiencia nos hacían más ambiciosos. Nos habíamos aficionado de tal forma al juego que necesitamos añadirles intensidad a través de apuestas múltiples y de las variables y emoción que suponía introducir en el juego las reacciones de otras personas: alguno de los niños al sentirse acorralado lloraría, tal vez otro intentaría pegarnos, se lo dirían a nuestras madres o quizás decidieran unirse y los que tendríamos que salir corriendo fuésemos nosotros. Esas variables nos alimentaban mejor que la más suculenta de las meriendas.

Con el tiempo mejoramos el sistema anotando en un cuaderno los aciertos de cada uno de nosotros. Cada acierto era una cruz y diez cruces valían por una ristra de buñuelos o su equivalente en churros en buñolera del barrio, la mejor buñolera que he conocido en mi vida. Aunque mis recuerdos no son de su establecimiento sino de sus actividades primerizas en la plaza mayor, cerca de la iglesia donde trabajaba todos los días festivos excepto si llovía. La buñolera era la musa de los chiquillos que ansiábamos la misa del domingo porque tras ella teníamos la esperanza de poder comer sus churros o buñuelos.

Pero conseguir el dinero para comprarlos era difícil en aquellos años de pobreza aunque también encontramos la manera de solucionarlo.

La mujer del maestro ya era mayor y algo coja de nacimiento, cojera que con las lluvias acumuladas sobre sus blandos huesos le provocaban dolores terribles que le impedían muchas mañanas salir de la cama por lo que ella, en esas ocasiones no podía barrer las clases. En la temporada de lluvias el polvo llegaba a amontonarse en las esquinas. A la mayoría de los chicos no nos importaba mucho, procurábamos no ensuciar siguiendo las órdenes del señor maestro.

Pero a la escuela acudía también el hijo del alcalde, Luisito, un niño pálido, enfermizo y asmático. La madre de Luisito a cuyos oídos llegó el estado de salud de la mujer del maestro quiso inmediatamente solucionar el problema higiénico de la escuela que tanto afectaba su hijo haciéndolo toser, moquear, lagrimear, incluso en ocasiones, si las ventanas permanecían cerradas por el mal tiempo varios días el pobre niño parecía ahogarse y entre varios lo llevábamos corriendo a su casa.

Esta doble desgracia que se acumulaba sobre nuestra escuela fue nuestra fortuna. Paco y yo conseguimos nuestro primer empleo. Al acabar las clases abríamos las ventanas que permanecían cerradas durante las horas de sol para evitar el polen. Barríamos y limpiábamos el polvo a fondo mientras se ventilaban las clases. Por todo ello recibíamos doble paga: del maestro escasa porque pasaba tantos apuros como nuestras familias y del alcalde más generosa: una beca para estudiar y una semanada siempre donada con altivez. El fruto lo empleábamos en pagar los churros al ganador en nuestras apuestas que ya para entonces eran nuestra debilidad.

Cuando recuerdo aquellas experiencias de mi infancia con Paco, veo como los juegos crecían en intensidad sumando peligrosamente adrenalina a aquellas actividades que podían interpretarse como simples gamberradas sino hubiesen existido apuestas por medio, pues éstas ya habían arraigado en nuestras mentes infantiles convirtiéndonos en adictos al juego, eso nos unió entonces y sigue siendo el lazo que hoy en día nos ata.

Hace algunos años, seis para ser exactos, perdí el trabajo. Son cosas que pasan y no puedes hacer gran cosa para evitarlo aunque veas como el problema se acerca y te cae encima como una losa. Descubrí que perder el trabajo no era como perder un pañuelo que repones con un gesto, sin esfuerzo, sin llegar a distinguir entre el nuevo y el viejo. Había tenido el mismo empleo durante dos largas décadas y aunque escuchaba hablar de desempleo y conocía a mucha gente del barrio en esas circunstancias e incluso algunas que se habían visto obligadas a emigrar al extranjero no sabía lo que se sentía al perder un empleo.

Durante años había trabajado como chofer privado de un empresario. Era un buen empleo. Por la mañana el padre y los hijos, tres niños mofletudos y ariscos, subían al coche de la empresa. Los niños se sentaban en el asiento trasero con sus uniformes impolutos, recién planchados por la asistenta extremeña. Los hermanos se relacionaban a través de pederretas, patadas e insultos hasta que el padre, estricto y siempre sobrio, cansado de escucharlos se volvía hacia ellos con tal gesto clavado en el semblante que los hijos adherían los suyos al suelo, ya no se movían hasta que detenía el coche frente a la verja del colegio y les abría la portezuela para bajar.

Parecían entonces unos niños distintos a los que bajaban por las mañanas atropelladamente las escalinatas de su mansión conducidos por la niñera y se introducían a empellones en el coche pisando la tapicería.

Con las mochilas al hombro se acercaban a dar un beso al padre a través de la ventanilla. Éste les advertía que era indispensable que optimizaran los resultados de sus estudios ya que de nada servía en la vida la mediocridad. Los niños, como soldados disciplinados ante su general, asentían con un gesto sumiso, les daban un beso, se volvían hacia mí para desearme cortésmente buen día y desaparecían entre la marea de estudiantes uniformados.

Después los dos en silencio circulábamos hasta la factoría. El resto del día, hasta la hora de recoger a los escolares discurría en su singular juego de tenis donde yo era la pelota. Una vez el señor se quedaba en la empresa pasaba a buscar a la señora que iba a la parroquia o sus reuniones benéficas, regresaba a la empresa para quedar a disposición del director y buscaba de nuevo a la señora a la que acompañaba a comer con las amigas, de camino pasábamos por la tintorería y el supermercado.

Nunca permanecía ocioso en aquella casa. Aunque mis obligaciones eran siempre las mismas no había un día igual a otro y eso estaba bien y el sueldo también.

Cuando me había acomodado aquella vida tranquila la industria fue comprada por unos inversores extranjeros que tenían su propio servicio y fui despedido. Yo, con una pequeña indemnización estuve en la calle antes de decir listo.

Fue entonces cuando comencé a sentir algo inaudito. La ausencia de los señores y los revoltosos niños me provocó un vacío en la boca del estómago, un hormigueo continuo que me atormentaba durante el día y me desvelaba de noche. Me sentía desvalido por primera vez en mi vida, justo cuando el país comenzaba a prosperar, los españoles popularizaban los SEAT, pagaban a letras sus flamantes televisores y llegaban los primeros turistas a nuestras costas. No entendía nada, todo me salía al revés. Había vivido los años más duros de la posguerra a la sombra de un empresario franquista, callado, sin mirarlo a los ojos pero en lo esencial no había faltado nada en casa. Ahora que la economía se recuperaba, que las mujeres casadas volvían a trabajar y usaban pantalones sin provocar escándalo, que los jóvenes se dejaban crecer el pelo, que las playas y piscinas se llenaban de bikinis y que surgía la primavera en la vida de los españoles yo volvía a las cavernas, no podía poner en la mesa ni una sencilla sopa de ajo. Mis hábitos habían cambiado tan drásticamente que mis pies sin un dueño al que seguir ni lugar determinado que pisar parecían aquejados de un estado de debilidad que acompañaba al resto de mi persona.

Pasados las primeras semanas, harto de mirarme las manos lacias y del malestar que eso me producía llamé a Paco, mi amigo de infancia, capaz de abrirse camino en la jungla en una noche sin luna. Hasta entonces me había dado vergüenza explicarle mi problema. Y efectivamente, Paco me indicó la senda y hasta el asiento que debía ocupar, si quería, de lunes a viernes de dos a diez de la noche. Cosa sencilla, coser y cantar, me dijo y seríamos otra vez compañeros como en la infancia sólo que ahora no estaría el maestro para martirizarnos con la tabla de multiplicar, la caligrafía y la salmodia de los pecados capitales.

Aquellos días sin empleo descubrí que era incapaz de estar en casa sin más actividad que sentarme a sintonizar la radio. Aprendí a barrer y limpiar el polvo de los muebles pero me negué a limpiar los cristales, prefería hacer un cocido o una tortilla de patatas que ser la comidilla del barrio. Estaba constantemente de mal humor y cansado como salido de una colosal jornada laboral aunque mi labor principal era pasearme como un fantasma sin destino. Además me angustiaba escuchar las constantes quejas de mi mujer que había comenzado a trabajar en un comercio y de mi suegra que hacía la función de gobernanta en ausencia de mi esposa. Por eso apenas escuché la propuesta de mi amigo la acepté, sin pensarlo dos veces ni consultar a la familia me presenté a la entrevista laboral ese mismo día y me aceptaron, de nuevo seríamos camaradas.

Paco hacía unos años que abandonó el obrador de su juventud cansado del duro horario y desde entonces trabajaba como conserje en una aseguradora. En su empresa buscaban un conserje para el turno de tarde con buenas referencias y correctos modales. El anterior se había jubilado y urgía un sustituto eficaz y responsable. Por suerte antes de despedirme el empresario escribió una carta de recomendación que me avaló en la aseguradora. El trabajo era sencillo, como me dijo Paco y mis funciones estaban de acorde con el salario, parecía el trabajo adecuado para esperar la jubilación. Él me decía:

- No nos haremos ricos trabajando, chico, pero si no lo hemos hecho antes poco importa ya, en cambio podremos peinarlos mutuamente las canas, compañero, que ya es mucho.

Todo lo que precisaba ahora era superar el periodo de prueba en el que Paco me pondría al corriente de mis obligaciones. La misma tarde en que me desahogué con mi amigo concerté la cita. Dos días después volvíamos a ser compañeros.

Compartir empleo nos ilusionó, lo reconozco. Estábamos entrados en años, iniciados en una etapa de la vida en la que la rutina se apoderaba con rapidez de las conciencias ablandando las mentes, acartonando las articulaciones. Todo eso había tocado su fin con la nueva asociación, la camaradería de antaño nos haría volver a reír despreocupadamente ante las adversidades igual que hacíamos de niños.

Mis funciones en la aseguradora eran una combinación de servicios de información para los visitantes externos, un centro de recogida de correspondencia y paquetería y lo más importante, un lugar de observación y control del edificio. Esta última función me desconcertó, acostumbrado como estaba a ser discreto, a ver, oír y no juzgar. Aparentemente no existía una gran diferencia con la misión en casa del ejecutivo, sin embargo, allí nadie me pedía que vigilase los movimientos de mis compañeros. Era un asunto algo turbio y no me satisfacía nada participar en él.

Paco, que sabía sacarle punta a todo, ante mi aprensión por participar en aquellas actividades que yo consideraba de mero espionaje recuperó del pasado las apuestas. Mi debilidad. Me las presentó como una actividad lúdica que nos permitiría observar todo el edificio, tal y como nos pedían, y a sus ocupantes con una visión propia que nos hacía posible cumplir con nuestras obligaciones y distraernos a la vez. Así tendría sentido para nosotros y dejaría de ser una actividad incómoda.

Lo hacíamos de niños. Era nuestra forma particular de escapar de la realidad de aquellos años de miserias, así podíamos reírnos con los estómagos vacíos e incluso ganar algo para dulces o caprichos que nunca nos comprarían nuestras madres. Paco me decía que podría sernos de utilidad también ahora para descargar nuestras conciencias

del peso de una culpabilidad ajena, impuesta por las circunstancias y la fuerza de la jerarquía. No te engañes me decía porque nosotros no podemos negarnos a colaborar sin arriesgar nuestros empleos. En realidad debes saber que despidieron al anterior conserje por negarse a colaborar. Era buen hombre pero muy digno, había estado en la cárcel durante la guerra por ser sindicalista. Echaba humo por las orejas el pobre recordando aquellos años y pensando a dónde podía conducir ese husmear en las vidas ajenas.

Sin embargo yo seguía convencido de que no era como hacer correr a otros niños del barrio que podían defenderse y siempre nos veían las caras ni tampoco tenía nada que ver con jugar la merienda que acababa en la tripa de los pavos. Aquello eran pasatiempos inocentes y ya no éramos niños para no advertir la diferencia. Tal vez mi amigo ya se había acostumbrado a esa tarea o la vida lo había convertido en un tipo duro y cínico pero a mí me producía escalofríos pensar en las consecuencias de aquella vigilancia aunque Paco tenía razón en una cosa, no estaba en situación de imponer mis ideas.

Esta vez ya no era un juego sino un trabajo y encargado en secreto y me preguntaba yo desde cuándo me había convertido en policía.

Yo exponía a Paco mis dudas hacia una labor de espionaje a sueldo totalmente innecesario, según mi humilde parecer y fuera de lugar en un edificio de oficinas. Quizás me equivocaba pero qué información de valor podía justificarla. No dejaba de preguntarme el motivo de una vigilancia tan exhaustiva sobre los empleados de una aseguradora, trabajadores para mí sin más interés que una hoja de acelga. No podía imaginarme el delito que querían evitar, ni su gravedad para emplear tantos medios técnicos y humanos. Solo sabía que el encargo procedía del departamento de Desarrollo y nos llegaba todas las semanas en un sobre cerrado las instrucciones y el dinero prometido con una nota externa que decía "Conserjería". Nosotros solo debíamos cumplimentarlo y devolverlo a dicho departamento cada viernes a mediodía junto con el resto de la correspondencia en el mismo sobre blanco con una nota bajo la anterior: "Completo".

- ¿Y a ti por qué te preocupa tanto el uso que se le dé a esa información?- me decía Paco. ¿Ahora te has vuelto cura o algo así?

- No seas cínico- le contestaba yo indignado- Ya sé que nosotros no somos santos ¿Recuerdas cuando hacíamos agujeros y rompíamos los pestillos del baño de las niñas? Pero entonces éramos unos críos.

- Y bien que nos reíamos.

- No digo lo contrario, pero recuerdo que ninguna de ellas reía y creo que algo hemos aprendido desde entonces.

- Sí, a cuidar el pellejo- me interrumpía Paco.

- ¡Paco!

- Escúchame, yo soy tu amigo no esos estirados que no saben ni nuestro nombre.

- Cierto – le dije conciliador.

- Bien, pues nosotros seguimos órdenes, para eso nos pagan.

- ¡Pero si hay cámaras incluso en el ascensor!

- ¡Anda éste! ¿Crees que no las he visto?

- ¿Y lo ves normal? – insistí.

- No soy cura ni filósofo, apenas tenemos estudios ¿recuerdas? Pero acostumbro a comer cada día y este sobresueldo me viene muy bien. No pregunto, obedezco ni me meto en líos.

- Tú tan prosaico como siempre- comenté desencantado.

- Déjate de cuentos o nos acabarán despidiendo a los dos, solo debemos mirar y anotar aquello que nos indican ¿no es difícil?
- Así es, lo he entendido perfectamente.
- Nadie sale perjudicado.
- Eso crees, pero no lo sabes con seguridad.
- Lo que sé con seguridad es que nos faltan siete años para jubilarnos y este trabajo nos viene como anillo al dedo. Ya no tienes fuerzas ni reflejos para jugarte la vida tras un volante.
- En eso tienes razón pero no lo veo claro, hemos tenido muchos chivatos sueltos durante años que han hecho mucho daño y yo siempre me he esforzado por vivir al margen, no me parece correcto.
- ¡Explícaselo a tu confesor y déjame en paz!
- Ya no te conozco Paco, nos reíamos nuestros juegos pero esto no tiene gracia.
- ¿Quieres saber lo que no tiene gracia ni es correcto? Pues que dos tipos como nosotros tengamos el corazón en vilo a nuestra edad cuando no sabemos hacer otra cosa más que trabajar, que cambiamos los dientes currando o ¿no te acuerdas ya del trabajo de la escuela? Además ¿qué sucedería si te despidiesen de este trabajo y te quedases de nuevo sin empleo?
- Una desgracia, a mi edad no encontraría otro fácilmente.
- ¡Claro! Conozco bien la película. Mira, cada día llegan a Madrid centenares de personas de cualquier rincón del país buscando un empleo. ¿Crees que te iban a echar de menos? Y otra cosa... a la mujer que ha trabajado toda su vida sin contrato la tengo en casa doblada por la artrosis ¿quién la compensa ahora? Dímelo tú, don remilgos. Y compartimos piso con el pequeño y la nuera, los chicos no encuentran piso que puedan pagar más cerca de Móstoles o Alcobendas y están ahorrando entrada. Le digo a mi mujer, ella que es creyente, que ponga velas a la virgen y a todos los santos de su devoción porque si los chicos se descuidan y nos hacen abuelos adiós a sin salir de casa... Somos del mismo barrio ¿Cuál es la diferencia entre tu casa y la mía? ¿El color de las paredes? Olvídate de tantas manías, la edad te ha vuelto pejugero. El sueldo ¿no es bueno? –preguntaba Paco con intención de conquistar mi ánimo.
- Excelente y eso es lo peor, ya ves, me escama.
- ¡Coño, pareces una virgen! No me plantes más problemas que nos vamos a la calle los dos y te parto el alma. A ver, ¿No eres un trabajador experimentado y diligente y además una maravillosa persona?
- Supongo- contesté desconcertado sin saber a donde quería ir a parar.
- ¡Lo que yo decía!- me dijo Paco palmeándome la espalda- ¿Y qué hacemos nosotros con esos datos?
- Tú dirás, profesor.
- Apuestas.
- ¿Apuestas? ¿Te has vuelto loco?- pregunté incrédulo.
- No es ninguna locura ¿Querías algo en qué pensar? Apuestas, es lo nuestro.
- ¿No pensarás montar un garito de apuestas ilegales?
- No aspiro a hacerme rico, solo a pasar los días lo mejor posible mientras nos ocupamos de nuestras tareas.

- Paco, ahora si que nos echan.

- ¡Ni hablar! Serán solo para nosotros, ya sabes, para no ver el fondo del vaso. Allá ellos con sus cosas... Nosotros no sabemos por qué han hecho esta inversión en cámaras de vigilancia, ni nos importa, tampoco sabemos por qué nos hacen espiar a unas personas en concreto, ni lo quiero saber, te lo digo muy en serio que yo también tengo corazón y me gusta dormir por las noches pero sabemos algo de hombres y mujeres ¿verdad?

- Eso creo. ¿Y qué?

- Que donde hay hombre y mujeres juntos durante mucho tiempo siempre hay líos y con ese género apostaremos. Buscaremos posibles parejas, después apostaremos cuánto tiempo estarán juntos, cuándo se pelearán...

- ¡Qué tontería!- le dije sin engancharme con la idea.

- ¿Tú no lees las revistas del corazón?

- Ni hablar, ya escucho a mi mujer y mi suegra largando con las vecinas y me sobra.

- Pues es lo mismo, sólo que aquí nosotros seremos los periodistas y el público.

- No sé Paco, estamos viejos pero no amariconados

- Sí hombre verás como te animas, apostaremos una comida a la semana.

- Eso es mucha teca, ¿dónde quedan las ganancias?

- ¿No lo entiendes? La idea es conservar nuestro trabajo. Anímate, iremos a Casa Goyo, será como volver ser niños.

- Bueno, está bien pero te ganaré, acuérdate, siempre lo hacía. Le dije por fin dándome por vencido.

- ¡Ni hablar! Te falla la memoria, yo me quedaba el pan y tú llegaste a aborrecer el chocolate.

En pocas semanas había desechado la idea de renunciar al empleo que me proporcionó Paco. En cuanto a la rutinaria labor de conserje la solapaba con las apuestas semanales, nosotros entregábamos el sobre puntualmente mientras regresábamos a nuestros juegos de infancia.

Había pasaron varios meses cuando apareció Rocío. Fue un día plomizo de otoño cuando llegó a recepción con su aire de pichón caído del nido preguntando por el departamento de personal. Paco y yo estábamos en conserjería, era la hora del relevo cuando la vimos entrar. Recuerdo aquel momento porque los dos coincidimos en pensar que parecía a punto de salir corriendo, o peor, de llorar.

No fue así. Aquella chica menuda y pálida resultó ser una caja de sorpresas. Sin embargo le sucedió algo que nos perdimos en el traspaso de información porque veinte minutos después la vimos salir furiosa del edificio. Nos olvidamos de ella, hasta que unas semanas después la distinguí entre la multitud. De eso hace años y reconozco que aunque nunca intervengo en los asuntos de la empresa en aquel instante me alegré de volverla a ver. No sabía nada de ella y aunque la primera impresión fue lastimosa tuve una corazonada, fue como apostar en las carreras por un caballo cojo con la intuición de que sería el ganador. Sería la experiencia del jugador la que me hizo pujar por ella desde el primer momento en que la vi.

No era Rocío el prototipo de mujer de la época, para empezar era pelirroja y eso le daba un aspecto de extranjera poco cotizado en nuestro mercado nacional. Tenía pocas caderas lo cual se hacía raro para los hombres y preocupante para las mujeres que la miraban con recelo. En compensación poseía unas piernas increíblemente largas y esbeltas, como de modelo y eso, ni los hombres se lo perdonaban, no porque tuviese unas piernas de ensueño sino porque muchos tenían que alzar la vista para mirar sus grandes ojos de gata. Quizás por no ser recibida con los brazos abiertos intentó pasar como una sombra entre la gente pero no lo consiguió: su melena de fuego, su sonrisa enigmática, su cuerpo esbelto y sus grandes ojos verdes la hacían brillar incluso en las peores



circunstancias.

A su llegada se produjo un revuelo de voces en torno a la joven pero ni Paco ni yo le dimos más importancia de la que tenía la llegada de una nueva muchacha entre tanto hombre. Sin embargo la incorporación de Rocío a la empresa fue importante para mí. Había aceptado la rutina diaria precisamente porque podía romperla secretamente a través del azar aplicado a las vidas ajenas. Era, lo sé, una forma frívola y artificial de evasión que había hecho presa en mí con la más feroz de las dependencias. Por fortuna nadie, excepto Paco, conocía mi debilidad de la cual me hubiese avergonzado en público pues, a pesar de la ligereza con la que había aceptado el trato de mi amigo, continuaba sin poder mitigar mi complejo de fisgón.

Pero eso cambió. Aproximadamente al mes de llegar Rocío nuestra actividad paralela sufrió una reestructuración irreversible. Sin conocer el motivo, como de costumbre, toda la información se centró en ella y en todo lo que con ella se relacionase. Al principio eran palos de ciego, eso creo yo. Nos mandaron seguir sus movimientos y anotarlos ordenadamente incluyendo la hora, el lugar y las personas con quien se relacionaba.

Mi actitud cambió, la chica se convirtió en el centro de atención de mi jornada laboral, llegando al extremo de olvidar las obligaciones de mi oficio de conserje, cuando el sobre anónimo del Departamento de Desarrollo nuevas se limitó a seguir a las compañías masculinas de Rocío.

Primero fue Alejandro un hombre más apuesto que inteligente, atlético, de cabello negro y ensortijado y grandes ojos oscuros, el tipo más arrogante del que se enamoró Rocío. Debo reconocer que para entonces ya le había tomado afecto a la chica y el tal Alejandro no me parecía una buena elección para ella. Pero me guardé mucho de intervenir ni de hacer el más mínimo comentario a la muchacha.

Aún a mi pesar, atraído por su carisma, me fui haciendo amigo de Rocío y esto no fue casual. Rocío obtenía información de Alejandro y de otros jóvenes a los que investigaba por su cuenta y con sus propias técnicas, poco comunes, para buscar amigos entre la plantilla de aquella gran empresa. Para eso frecuentaba la conserjería especialmente por la tarde, cuando ya se habían marchado casi todos los empleados y a sabiendas de que a esas horas las oficinas permanecían cerradas al público. Eso sucedía durante mi turno. Se acercaba, me daba conversación y me preguntaba por las costumbres de las personas por las que se interesaba.

Lo sorprendente fue que poco después de que Rocío me interrogase sobre Alejandro recibí un sobre como los anteriores pero esta vez dirigido solo a mí en el que se me ordenaba facilitar la información que Rocío me había pedido, además me daba instrucciones para que de la forma más natural posible dejara a su alcance el horario del personal, como por descuido, cada tarde sobre el mostrador. La nota venía acompañada por más dinero extra.

Semanas después Alejandro y Rocío salían juntos, la relación parecía ir bien hasta que Alejandro recibió la noticia de un próximo ascenso. Su carácter cambió, se volvió engreído y con frecuencia se olvidaba de sus citas con Rocío para presumir de sus triunfos con sus amigos y ella decidió buscarle un sustituto.

Entonces se interesó por Carlos que era un analista muy serio con el que podría formalizar una relación estable. Tenía una frente amplia y un lunar sobre el labio superior. Las apuestas iban a la par porque a Paco no le gustaba Carlos, le parecía un tipo muy frío y manipulador para ella. Lo cierto es que mi amigo volvió a tener razón porque también se malogró el noviazgo.

Cuando él olió el éxito rondándole, se esforzó tanto por obtener las promesas que le habían ofrecido que la hacía participar en sus trabajos pues quería que fuesen perfectos. Rocío acabó convirtiéndose en su secretaria particular, cada día después de las siete hasta el anochecer. Finalmente un día se cansó de esperar a que le dijese gracias y le dedicase dos minutos exclusivamente a ella y le dejó.

Le siguió Diego, un tipo rubio, encantador y de pequeños ojos astutos con el que las apuestas se decantaron a su favor. Yo mismo consideraba que era lo suficientemente amable, cariñoso y responsable como para hacerse cargo de ella y lograr que la relación durase. Pero tampoco fue así. Diego era un hombre de mundo y el mundo le abrió los brazos y él no se supo resistir. Rocío solo era un lastre en su camino o ella lo creyó así.

En ese momento se fijó en Sergio, conocido entre sus compañeros por sus dotes de bailarín y humorista. Este parecía ser un joven equilibrado, inteligente, trabajador, ambicioso pero también cariñoso. Con él las cosas iban bien, muy bien, tanto que se escuchaban campanas de boda. Pero entonces algo. También a él le prometieron un interesante puesto de delegado provincial y aceptó. A partir de ese momento estuvo muy ocupado en los proyectos de apertura, licencias y contratación de personal, detalles que supervisaba de cerca Víctor. Víctor trabajaba en el Departamento de Desarrollo pero hacía colaboraciones esporádicas con el departamento de Dirección en el que tenía intereses personales.

Desde que Sergio comenzó a trabajar conjuntamente con Víctor las cosas se fueron complicando para Rocío. Víctor le obligaba a trabajar durante la semana fuera de la ciudad aunque en la práctica acababa por extenderse a algunos fines de semana también. Siempre a última hora surgía algún tema urgente que debían solventar y aunque Víctor conociendo previamente que Sergio tenía planes de la pareja insistía problema para que éste no se pudiese negar impidiendo que el joven acudiese a la cita con Rocío que se quedaba plantada a última hora.

Rocío comenzaba a estar nerviosa y de mal humor. Los lunes venía muy triste y me lo explicaba. Yo que ya era su amigo la escuchaba y sabía que algo iba mal, realmente mal pero no podía que decirle por qué, Paco me lo había exigido pero como no me veía convencido visitó una tarde mi casa mientras trabajaba. A la noche, cuando llegué a casa buscando un plato de cocido encontré a toda la familia esperándome, y cuando digo toda quiero decir toda, no solo a mi mujer, los niños y la suegra. Habían mandado recado a mis padres, a mis tres hermanas y a mis cuatro hermanos, incluidos los sobrinos mayores con sus novias. Allí estaban todos, que un milagro fue que cupiesen todos en mi piso. Poco más y me muero del susto. Pensé, no sé, que nos había caído encima alguna desgracia y por lo visto la desgracia era yo. Me sentí ante un tribunal militar sentenciado a muerte. Paco les había llevado el chisme de que iba a perder el trabajo por ayudar a una compañera de trabajo y me ataron de pies y manos. Rocío no se lo merecía y creo que yo tampoco.

Lo que sabía y no podía contarle es que desde que Víctor y Sergio trabajaban juntos no había sobre extra a mi nombre por lo que Paco y yo descubrimos quién nos había hecho espiarla. A partir de ese momento hicimos apuestas sobre el futuro de la chica. Yo apostaba por Sergio y Paco por la aparición de un nuevo galán. Paco ganó de nuevo.

Aún así Rocío no parecía dispuesta a rendirse tan fácilmente. Vivía pendiente del teléfono y cuando Sergio la llamaba con noticias esperanzadoras ella recobraba las fuerzas y así pasaban las semanas.

Un día la llamó citándola para el fin de semana en un restaurante de lujo, era su cumpleaños y Rocío estaba muy emocionada segura de que esta vez había hecho un esfuerzo por complacerla, pero no llegó a la cita. Y ese fue el fin para Sergio.

Pocos días después de la ruptura de Rocío y Sergio se reanudó el ritmo de las apuestas y los sobres, los dos seguían llegando sin falta cada semana pero esta vez con los criterios originales. Por su parte la nueva estrategia de Rocío me tenía desconcertado. Incluso me atrevería a asegurar que cambió su carácter. Seguía hablando conmigo por las tardes, era agradable pero mucho más reservada.

Dos meses después para asombro mío y de Paco, Rocío se casó con Víctor. Las apuestas acabaron para siempre pero no las cámaras. No volvimos a apostar nunca más al comprender que no existía el azar, sino una probabilidad estadística de ganar, todo se reducía a un simple cálculo en el que tenía ventaja quien poseía información fidedigna y contrastada, precisamente la que nosotros obteníamos y vendíamos sin conocer su finalidad.

Después de la boda la empresa aceptó el proyecto de Víctor pionero en el país y lo presentaron en público con un gran despliegue publicitario. Las cámaras de seguridad había sido un proyecto piloto que se había llevado a al práctica gracias a nuestra colaboración, por lo que finalmente quedaba en cierta medida liberada mi conciencia.

A pesar de ello ahora que conocía el alcance y el valor de nuestra información me sentía manipulado y explotado. Habíamos sacado adelante un estudio con resultados millonarios por un puñado de calderilla. Al final resultó que mi amigo Paco se equivocó y yo con mi aprensión acertaba al desconfiar de los fines de nuestro espionaje aunque sin llegar a imaginar el alcance de ello.

La empresa comenzó a instalar cámaras de vigilancia en multinacionales, bancos, joyerías y lugares de acceso público e interés especial. Tal fue el éxito que obtuvo la patente de Víctor que la pequeña aseguradora de la que su tío era dueño, acabó siendo la mayor empresa del sector del país y poco después de Europa. A la muerte de don Ramón, el sobrino heredó la aseguradora y ahora los hijos de Víctor la han convertido en la tercera multinacional del gremio con negocios en tres continentes.

Paco y yo nos jubilamos felizmente hace años y aún nos vemos cuando hace buen día y nos lo permiten nuestros achaques. En esas ocasiones, que cada vez son menos, paseamos juntos por el parque y recordamos el pan con chocolate y la melena cobriza de Rocío. Aunque yo continúo preguntándome que habría sido de Rocío si Víctor no hubiese intervenido en su vida. Pienso que hubiese elegido a Sergio, Paco que siempre ha sido más práctico que yo dice que se hubiese casado con Alejandro porque nadie se habría interpuesto en su camino y de esa manera no hubiese conocido al resto de pretendientes. Tal vez esté en lo cierto aunque opino que de haber sido así no hubiese sido feliz durante mucho tiempo, eran muy diferentes.

Nosotros no la hemos olvidado, quién sabe si ella se acordara de sus amigos como nosotros lo de ella.

## Descendientes

- Lo estoy bordando, esto tengo guardarlo para leérselo a la nueva maestra cuando comience el curso y me la meto en el bolsillo, fijo que flipa.

- ¿Qué es eso que escribes?

- Te lo leo: Bajo el cruel sol de un mediodía de agosto sin brisa se afanaban cuatro pingüinos sobre el césped, la piel perlada por el calor. Los invitados llegarían en breves minutos, los más madrugadores e inquietos revolotearían alegremente como mariposas livianas luciendo sus primaverales colores entorno a las mesas. ¿Te gusta?

- ¿Pingüinos y mariposas?- pregunta la niña sorprendida.

- Sí, quiero ser un reportero famoso.

- Eres un tonto presumido.

- ¡Idiota!

- Me voy con los otros a jugar ¿vienes?

- No he acabado.

- ¡Friki!

- ¡Estúpida! - le grita el chico mientras la niña que se aleja corriendo se gira y le saca la lengua.

Los primeros invitados aparecían tímidamente en la explanada y permanecían silenciosos al advertir que estaban solos. Contemplaban la actividad que se desarrollaba ante ellos y curioseaban bajo la carpa marcando el sendero a las masas bulliciosas que llegarían después. Éstas en ramilletes multicolores irrumpían en el jardín con su fresco y verde césped regado unas horas antes para paliar el rigor del estío. Cuando el aforo estuviese completo tras la llegada del último de los convidados sería el momento cumbre para los cuatro hermanos que habían supervisado toda la mañana con ahínco los últimos detalles para que la celebración fuese un éxito.

- Sergio, te buscaba. El equipo pirotécnico solicita que les demos el aprobado definitivo al emplazamiento y confirmemos la hora del espectáculo.

- Vamos.-dijo sorteando las mesas colocadas en la explanada bajo una enorme carpa de color champán.

- Alejandro propone que lo retrasemos hasta medianoche, sería un momento mágico.- comentó mientras hacía un control visual de los centros de mesa recién llegados.

- ¿Le parece poca magia resistirse mutuamente cincuenta años? ¿Tú que dices Diego?

- Que la fiesta no es para ti.- manifestó mientras se aproximaban al lago desde el que se lanzarían los cohetes.

- Desde luego... sumando tres matrimonios no llego ni a veinte años. Ni en mis peores pesadillas soy capaz de verme cincuenta años atado a la misma persona.

- Eso mismo opinarán ellas de ti- intervino Alejandro que había escuchado su última frase- Todos conocemos tu idea del matrimonio pero no estamos aquí para discutir eso. Creo que podríamos alargar el baile hasta medianoche y acabar con los fuegos de artificio.

- Tendremos buen tiempo y nos hemos ganado el derecho de disfrutar después del trabajo de las dos últimas semanas.- añadió uno de los cuatro hombres vestidos idénticamente con frac negro, chaleco de seda blanca y pajarita a juego.

- ¿Y tú, Carlos, desde cuando bailas?- le miró sorprendido Sergio.
- Desde que mi mujer me apuntó a uno de esos cursos de baile de salón y por cierto hermanito, eso deberías hacer tú, pactar con ellas y evitar tanto divorcio ruinoso.
- Tiene razón Carlos, si sigues así acabarás viviendo bajo un puente, hermano.
- Gracias por vuestros consejos pero tú vas también por el tercer matrimonio. –contraatacó Sergio que se había sentido ofendido al sentirse el blanco de todas las críticas.
- No compares...el primero acabó en anulación matrimonial y a Flora la envistió un conductor borracho.- contestó Carlos resentido.
- A ver si nos centramos. Tenemos que decidir la hora del castillo de artificio que será el broche final de la fiesta. Y controlad vuestras bocas, esto es una fiesta y tiene que salir redonda ¿Entendido?- Carlos y Sergio se miraron con resentimiento pero callaron antela advertencia de Alejandro que siempre se había sabido imponer a sus hermanos en caso de necesidad.
- Propongo que lo mantengamos a las diez y enviemos a todos a dormir la mona en sus casas, nuestros padres son muy mayores para aguantar tantas horas.- dijo Sergio al que lo único que le interesaba en aquellos instantes era finalizar pronto con lo que él consideraba un circo y volver de nuevo a su rutina.
- Nosotros tres pensamos lo contrario. Será bonito para ellos vernos a los cuatro juntos y felices... al menos hoy. Déjalos que se sienten a disfrutar de la fiesta. –dijo Alejandro que observaba a los técnicos balizando la zona de seguridad- Por cierto, Sergio, le debes una disculpa a Carlos, hoy estamos aquí por nuestros padres, olvidaros de vuestros malos rollos.
- Bien, entendido, los fuegos a las doce. Y disculpa Carlos, las reuniones familiares siempre me crispan los nervios, no puedo evitar sentirme la oveja negra de la familia.
- ¿Qué dices? ¡No me quites el mérito!- ríe Diego, el único de los cuatro hermanos que no se había casado y sin embargo el más atractivo de ellos. Estaba considerado oficialmente como el soltero de oro desde que apareció en la portada de la revista Fortune.
- ¿A quién has traído hoy? Cuéтанos ¿con quién estás liado ahora?
- A nadie ¿quieres que se entere la prensa? Es un secreto.- les dijo mirando inquieto a su alrededor- ¡A esa gente ni agua! He venido solo, no se me ocurriría robarles el protagonismo a nuestros padres.- expuso mirando a lo lejos cómo instalaban sus cámaras los equipos de televisión que solían perseguirlo en cuanto algún rumor se filtraba en relación a alguna nueva aventura amorosa.
- Estará buenísima ¿Tienes alguna foto aquí?- preguntó Alejandro.
- Pues sí, pero nada de nombres ¿prometido? ¡Ni una palabra a nadie!- los cuatro unieron los cabezas mirando las imágenes de la joven que aparecía en la pantalla de su móvil. Los hombres babeaban de envidia a medida que las imágenes se sucedían sin poder evitar compararse con su hermano. ¿Tanta diferencia había entre ellos? Su fortuna superaba sobradamente la del resto de familia unida, sería eso, pero también que había conquistado el mundo de las telecomunicaciones con el carismático carácter que había heredado de su padre.
- ¡Cabrón con suerte!- exclamó Sergio- ¡Danos la receta!
- Ni lo sueñes, es mi secreto.
- Hablando de secretos ¿sabéis el secreto de mamá?- dejó caer Sergio picado por la respuesta de Diego.
- ¡No seas imprudente, hay muchos oídos malintencionados a los que podría llegar esa información!- protestó

enérgico Carlos.

- Pero...-protestó Diego.

- ¡Silencio y a volved a vuestros puestos!- impuso Alejandro que temía que de nuevo se enredasen en una discusión y en esta ocasión mucho más peligrosa.

Mientras sus primos revoloteaban entre los invitados que se agrupaban alrededor de la carpa y del escenario con la intención de encontrar desprevenido a alguno de los camareros para asaltar los manjares que paseaban en bandejas desde la cocina, Alex que no coincidía en aficiones con sus primos continuaba escribiendo desde su escondite.

- Esto pinta bien, me saldrá una bonita estampa de este día. Continúo.

Los pingüinos son los tíos y papá, los festejados vosotros dos: el abuelo y tú, Rocío, mi abuela adorada. Ellos os regalaran una fiesta sorpresa y yo escribo este relato para dártelo a ti abuela, así podrás conservar un bonito recuerdo de este momento.

Mi padre organiza muchas fiestas similares, es su oficio, pero ésta es especial: son vuestras bodas de oro. Papá ha trabajado durante meses para reunir hoy a todos vuestros amigos, especialmente a aquellos que os conocieron cuando aún erais novios. Papá tuvo que armarse de paciencia, pedir ayuda a todos vuestros amigos y vivir pegado al móvil pero ha valido la pena.

Hoy nos reunimos trescientas personas para recordaros que os queremos mucho y que nos das un poco de envidia, a pesar de todo. En la actualidad pocas parejas superan esta meta como el tío Carlos y el tío Sergio que se han casado tres veces, incluso algunas personas ni siquiera se casan como el tío Diego.

Parece, abuela, que has conseguido una de esas cosas difíciles que la gente se proponer hacer cuando aún es joven y que a todas las chicas les encantan aunque lloren cuando vean las películas de amor. Mis tías y mamá seguro que lloran también hoy y yo me alegro por ti aunque muchas veces no entienda por qué lo haces.

La orquesta está preparada con los músicos ensayando, las mesas de revista, los camareros impecables, hasta el día es precioso. Estoy un poco nervioso esperando que llegues con el abuelo. Todo está listo. Deseo que te guste mucho, abuela.

Yo estoy escondido bajo una mesa cerca del escenario y escribo. A mi padre no le gustaría verme aquí tirado en el suelo pero la explanada está llena de invitados y las mesas cubiertas de platos y me he tenido que esconder aquí para poder acabar tu regalo. A mí no me importa el trabajo duro ni ensuciarme el traje abuela, algún día seré correspondido y tengo que entrenarme para cuando sea mayor.

Feliz aniversario de bodas abuela, espero ser algún día como tú.

Tu nieto que te quiere mucho.

Alex

- Le daré esta carta a los postres. Será mi regalo personal- entonces el niño salió bajo la mesa satisfecho de su obra, dobló con cuidado la hoja de papel y la guardó en el bolsillo de la americana y después se sacudió los pantalones y se acercó al estrado donde se agrupaba sus primos.

En aquel momento Víctor y Rocío descendían de la limosina que les había recogido en su ático de la Castellana. Cogidos del brazo caminaban sobre la alfombra roja extendida desde el borde de la calzada hasta la casa con la misma sobriedad y ceremonia que lo harían dos novios dirigiéndose al altar. La música cambió el ritmo de violines primaverales de Vivaldi por la canción favorita de Víctor, "Yo busco una muchacha como tú" del Dúo Dinámico en el instante que entraban en el jardín. A su son, cogidos del brazo subían torpemente al escenario guiados por sus hijos visiblemente emocionados.

Víctor se acercó al micrófono y desplegando el encanto que le había hecho popular agradeció a los invitados su presencia y la agradable sorpresa conquistando al público con su armoniosa y potente voz, a continuación elogió a

Rocío y valoró sus años de convivencia como un empresario haría orgullosamente con sus activos. Los invitados aplaudieron sus últimas palabras apagadas por el rumor con que aquellos comentaban el singular discurso.

Para entonces los abuelos bajaban del escenario. Volvía a sonar la música y los convidados se dispersaron lentamente dirigiéndose a las mesas.

- ¡Hora de comer! ¡Tonto el último!- grita Adrián.

Los cuatro salimos corriendo tras él esquivando las mesas y los comensales que iban localizando el lugar que ocupaban, con la ilusión de llegar antes que nuestros padres y poder arrasarse con los postres pero allí estaba vigilando el camarero, y claro, nos esperaba con el aperitivo.

Aquel día nos dejaron a los cinco sentarnos juntos y no entre nuestros padres como acostumbrábamos a hacer en casa del abuelo. La novedad nos alegró, pensamos que nos daba libertad para actuar según nuestro criterio y así hicimos durante unos minutos alborotando en la mesa, riendo, intercambiándonos croquetas por embutido, espárragos por aceitunas hasta que el abuelo intervino haciendo que a nuestras madres se les tiñese las mejillas y que nuestros padres se apresuraran a reorganizar la mesa. Durante el resto de la comida nadie habló. Éramos los únicos que no lo hacía bajo aquel bullicioso entoldado.

Tras englutir nuestra ración de tarta el camarero nos ofreció otra porción que el abuelo nos negó, ante nuestra incompreensión y la del camarero que nos hizo un gesto de impotencia mientras nosotros babeábamos al ver pasar las bandejas hacia otras mesas. Afortunadamente la orquesta comenzó a tocar un vals, los invitados callaron y miraron a los abuelos, entonces Víctor con una cara sonriente que parecía acabar de sacarse del bolsillo se levantó, se acercó a la abuela, le retiró la silla y le dio la mano para ayudarla a levantarse, después la condujo del brazo como si acompañase a una reina. Y así, haciendo ostentación de su compañía se situó en el centro de la pista y comenzó a girar al son de la música. La abuela sonreía, se la veía feliz y eso me alegró también a mí. El resto de los invitados bailaron a su alrededor y nosotros por fin pudimos conseguir otra ración de tarta y pensé entonces que el mundo debería ser siempre así.

## Encrucijadas

La vida suele conducirnos por caminos secundarios que nos obligan a avanzar con dificultad y desconsuelo por parajes que no teníamos proyectado frecuentar, abandonando la línea recta que habíamos trazado con esmero después de calcular nuestro potencial natural y nuestras debilidades asegurándonos de esta manera poder alcanzar las metas que nos habíamos fijado. De pronto, al detenernos a tomar aliento descubrimos que vivíamos engañados. Mantener el engaño o buscar otros caminos se convierte entonces en una difícil encrucijada en nuestra vida.

Eso me sucedió una mañana, hace algunos años, cuando me pasé por el despacho de Víctor con la intención de saludarlo y quizás con suerte, almorzar juntos. Había salido pero su secretaria me dijo que no tardaría y entré al despacho para esperarlo tranquilamente.

Me senté en una de las butacas frente a su mesa de trabajo. Años atrás había estado allí pero la decoración apenas había cambiado. Víctor es un hombre predecible, de costumbres fijas y enemigo acérrimo de los cambios y las extravagancias. Aquel día me senté en aquel mismo lugar frente a él. Fue una jornada desafortunada para ambos. Víctor me obsequió con sus peores instintos y modales. Parecía disfrutar ante mi frustración. Yo para defenderme le espeté imprudentemente cosas que jamás deberían haber salido de mis labios porque en aquellos instantes no pensaba que volvería a verlo nunca.

Más tarde tuve que comerme mis palabras sellándolas con tarta nupcial y él tuvo que esforzarse mucho en demostrar que no era el hombre que había conocido tiempo atrás.

Llevábamos casados siete años aunque a mí me parecían semanas. Aquella mañana todas mis ideas en relación a Víctor iban a cambiar. Sinceramente ignoraba que la curiosidad podía llegar a ser tan peligrosa. Eso fue lo que descubrí aquella mañana.

Cansada de estar sentada mirando a mí alrededor me levanté a inspeccionar, por pasar el rato, y de pronto algo llamó mi atención. Desde su despacho podía controlarse el movimiento de todos los empleados del edificio. Conocía su proyecto con cámaras de seguridad y pensé que era natural que predicase con el ejemplo en la empresa.

Pero la tentación, también llamada curiosidad, me hizo descubrir en un cajón la agenda donde Víctor anotaba los resultados de sus observaciones durante la fase experimental que había finalizado unos meses antes. Estaban registrados los nombres de algunos empleados, con las fechas de seguimiento y los lugares donde iban. También había un espacio reservado para notas. Allí escribía las actividades del sujeto observado y una especie de acotación al pie difícil de descifrar, S.I.

Seguí figoneando, tonta de mí. Ojeaba la agenda y de pronto me dio un vuelco el corazón. Allí estaban registrados los nombres de Diego, Carlos, Sergio y Alejandro junto al mío y en el apartado de anotaciones había unas cifras que coincidían con la época en la que había salido con ellos y a continuación, separado por una barra, la fecha en la que había roto mi relación con ellos y la observación decía E.N. Roció.

Aquello no podía ser una simple casualidad pero para asegurarme intenté sonsacar a la secretaria de Víctor. Ella recordaba la época en la que se inició el proyecto, que coincidía aproximadamente con las fechas señaladas en la agenda. También me dijo que para comprobar el buen funcionamiento de las cámaras encargaban trabajos especiales a los conserjes. Y aquello me dio que pensar ya que en aquella época yo tenía buenas relaciones con los dos conserjes del Edificio Cristal.

Decidí investigar un poco por mi cuenta así que le dije a la secretaria de Víctor que se me hacía tarde, me volvía a casa, y que no molestase a Víctor a su regreso, mi visita no tenía una finalidad concreta por tanto no le dejaba ningún recado.

Bajé a recepción con la idea de saludar a Félix y a Paco. Había mantenido con ellos buenas relaciones y ahora que el experimento había finalizado no tendría muchas dificultades, pensaba ilusamente, en conocer de primera mano todos los detalles que ansiaba saber. Además, pensaba mientras caminaba por los largos pasillos, yo soy ahora, por así decirlo, su jefa por lo que no tendrán motivos para no acceder a mi solicitud.

Bajaba en el ascensor desde la planta trigésima imaginando el aspecto que tendrían Paco y Félix. Solo habían pasado siete años desde que dejé mi trabajo en el edificio Cristal y tan satisfecha me había sentido del cambio que en ese tiempo no volví a pisar las oficinas.



Cuando llegué ante el mostrador de recepción me encontré ante un joven rostro desconocido. Eso me desconcertó. Al detenerme ante él me preguntó cordialmente en qué podía ayudarme. Le pregunté por Félix y Paco. El nuevo conserje me dijo que ambos se habían jubilado poco antes de incorporarse él a la empresa.

- ¿Podría decirme cuando sucedió eso?

- No lo sé con exactitud, yo comencé a trabajar aquí hace siete años y tres meses.- a Rocío la fecha le sobresaltó porque coincidía con la época en que se casaron.

- Creía que todavía conservarían su trabajo. Aún no tenían edad para jubilarse.- insistí. Perdona que sea indiscreta pero ¿recuerda la fecha exacta en que entró en esta empresa?

- Fue el veinte de septiembre, pero ya le digo que no los conocí personalmente. Según me dijeron hacía par de meses que la dirección de la empresa había cambiado y la nueva gerencia les ofreció la jubilación anticipada y los dos aceptaron- me explicó él.

- Pues es una lástima, me había pasado por aquí con intención de saludarlos. Los conocí hace años.

- Siento no serle de utilidad.

- Se equivoca, me ha sido de gran utilidad. Gracias por las molestias.

Me alejé de recepción pensativa. Resultaba sospechoso que mi marido jubilase a aquellos dos hombres apenas regresamos de nuestro viaje de novios y lo mantuviese en secreto. Durante ese largo periodo de tiempo no me comenté nunca nada sabiendo que les tenía sincero aprecio. ¿Qué temía de ellos? Era obvio que no tenían la edad reglamentaria para jubilarse, Víctor les habría propuesto arreglar su retiro para evitarse problemas aunque conociéndolos estaba segura de que habrían continuado siendo cautelosos y manteniendo la confidencialidad y prudencia de todo buen conserje, como siempre. Entonces, ¿por qué tenía tantas prisas en renovar la plantilla si contaba con personal experimentado y de confianza? Además aquella decisión habría costado cara a la empresa. No podía dejar de darle vueltas al tema, el único motivo que encontraba era que Víctor desconfiara de ellos, aunque yo que los había conocido no podía explicarme la razón.

Al acercarme a la puerta giratoria observé las cámaras instaladas en la entrada, me detuve, miré a mi alrededor. Había dos cámaras más en la recepción, y otras tantas en el vestíbulo controlando los cuatro ascensores y una junto a la salida de emergencia. Entonces recordé vagamente algo que mencionó Víctor muy de pasada.

Es obvio que todo invento debe testarse y una vez establecido su buen funcionamiento debe establecerse un periodo de prueba en un entorno real para verificar su eficacia. Poco antes de casarnos Víctor había presentado su creación con gran éxito al público logrando firmar algunos contratos con las principales entidades financieras del país que le confiaron la seguridad de sus edificios. Otros contactos quedaron pendientes y a nuestro regreso pudo cerrarlos sin dificultad. El éxito que logró con la incorporación de su sistema de seguridad colocó a la aseguradora en cabeza de las empresas nacionales del ramo de lo cual Víctor se sentía muy orgulloso.

Sin embargo nunca me había explicado cómo llevó a cabo ese periodo de pruebas ni en qué consistió. Ahora atando cabos calculaba que esa época forzosamente debió coincidir con el tiempo que trabajé en la empresa pero no podía recordar ningún rumor al respecto.

Creería Víctor que podía ser víctima de espionaje industrial, o que alguien quisiera hacerle chantaje de alguna manera ahora que era propietario del negocio familiar y que éste había quintuplicado sus beneficios. En todo caso no veía cómo podían estar implicados en algún tema turbio Paco y Félix. La avaricia era la única respuesta lógica y el dinero perturba la mente de la persona más serena. Cabía la posibilidad de que ellos le pidieran, con más o menos exigencia, que les aumentase el ridículo sueldo que cobraban una vez la empresa mejoró espectacularmente sus beneficios.

Conocía a Víctor. Mi marido era un tipo agradable y encantador que causaba una gran impresión en quienes lo conocían pero sobre todo era un excelente hombre de empresa, emprendedor e innovador. Bien lo sabía. Pero también había descubierto su lado oscuro que me había hecho temerle en ocasiones. ¿Habrían abierto ellos esa puerta?

Atravesé la puerta giratoria de cristal y me detuve como tantas otras veces bajo el porche. No llovía en esta ocasión,

no esperaba que nadie me rescatase de mí misma, acababa de despertar de un letargo y debía tomar la iniciativa siendo la única y absoluta protagonista de la situación. Decidí averiguar qué sucedió con los conserjes, cómo actuaban y durante cuánto tiempo se prolongó su colaboración si es que esa era la causa de su baja en la empresa. Me urgía saber por qué Víctor me mantenía al margen de sus actividades empresariales y por tanto me escondía secretos.

Entré otra vez en el edificio y me dirigí al ascensor. No había visto pasar a Víctor y puesto que no existía más que una entrada aún estaba a tiempo de actuar. Ya se me ocurriría algo por el camino, debía apresurarme y entrar cuanto antes en su despacho, antes de que regresara y me sorprendiera curioseando entre sus cosas. Cuando llegué a la última planta aún no tenía claro qué hacer o qué decir. Me acerqué a la secretaria que hablaba por teléfono en ese instante. Esta situación me proporcionó una ventaja adicional con la que no contaba. Le hice un gesto con el dedo y le dije:

- ¿Ha llegado?

- Aún no- contestó la secretaria tapando el auricular.

- Entro a buscar las llaves del coche, las he perdido. Seguramente se me cayeron del bolso cuando me senté en la butaca.

- Bien, cuando acabe entro a ayudarla.

- No te preocupes, ya me las arreglo bien sola, no quiero entretenerte.

Entré en el despacho y me dirigí silenciosamente al cajón de su escritorio con la esperanza de encontrar lo que buscaba. Debía ser rápida, sigilosa y muy precisa para que su secretaria no escuchase ningún ruido que atrajera su atención ni Víctor notase que alguien había fisgado entre sus papeles. Registré escrupulosamente los cajones hasta dar con una agenda de piel marrón que había perdido el lustre por el uso. Recé para que contuviese la información que necesitaba, bien podía haberla eliminado si la había considerado inútil, si era así tendría que pensar otra estrategia y lo cierto es que no tenía un plan b. Actuaba por puro instinto y contrarreloj. Busqué en la efe sin resultado, lo intenté de nuevo con la pe sin éxito. Sentía el corazón golpeándome en las sienes, no recordaba sus apellidos y agotaba el tiempo. Tal vez en la ce. Casi grité de emoción al ver sus teléfonos y direcciones escritos con la inconfundible letra de Víctor. Garabateé aceleradamente los datos en mi agenda, deposité la suya en el lugar exacto en que la encontré y cerré cajón. Entonces tuve una corazonada, por qué no, pensé. Abrí de nuevo el cajón, dos gruesas gotas de sudor resbalaban por mi frente, temía ver a Víctor entrando de improviso en el despacho sorprendiéndome. No tenía tiempo que perder. Esta vez fui más certera en mi búsqueda, abrí de nuevo la agenda y cacé al vuelo los datos de mis cuatro ex novios. Luego dejé todo en el lugar en que lo hallé, saqué las llaves del coche de mi bolso y sacudiéndolas como un sonajero salí del despacho con una radiante sonrisa.

- Suerte que las he encontrado, no me hubiese gustado nada tener que explicarle a Víctor que había perdido las llaves. No soporta el desorden ni los descuidos, lo ponen de pésimo humor.

- ¡Qué me vas a decir!- contestó la joven.

- Me voy, ya que no he encontrado a Víctor aprovecharé el día e iré un rato de compras. No le digas que he venido, no vale la pena.

- Hasta pronto entonces y ven cuando quieras a saludarnos.

- Adiós – dije y mientras me acercaba para darle un beso me sentí como Judas.

Ya en la calle suspiré. En unos minutos la sombra siniestra de la duda se había interpuesto entre mi marido y yo. ¿Estaba perdiendo el juicio o estaba a punto de descubrir que estaba casada con un extraño? Cualquiera de las dos opciones resultaba inquietante.

No me encontraba con ánimo para conducir así que deambulé por la zona hasta encontrar un bar discreto, suficientemente alejado de la oficina como para asegurarme de no encontrar a nadie que pudiese conocerme. Era un local estrecho y limpio. Su interior era oscuro, del techo colgaban jamones y embutidos que despertaron mi gula. Me senté en una de las mesas de formica marrón y mirando el secadero descarté las infusiones. La nueva Rocío necesitaba energía para hacer frente a la vida. Mientras comía con apetito un bocadillo de jamón del país y bebía un

Rioja recuperaba fuerzas.

No podía creerme el giro que estaba dando mi vida aquella mañana por pura casualidad. Dudaba entre la alternativa de hundir la cabeza en la copa de vino hasta ahogarme en ella o beber hasta perder el sentido. Qué tranquila hubiese continuado viviendo si no hubiese tenido la genial idea de pasarme a saludar a Víctor después de dejar a los niños en la escuela. Era así como vivía la gente, sin hacerse preguntas, me decía a mí misma mientras llenaba de nuevo la copa para saciar una repentina sed de verdad. Y por qué mi marido siempre me daba excusas para que no apareciese por las oficinas, era porque pensaba en mí, en que tuviese una vida tranquila y feliz o era porque efectivamente me ocultaba algo.

En ese instante y en ese lugar anodino se puso en juego el resto de mi existencia. Debía decidir entre seguir el hilo conductor que había descubierto con la ausencia de los conserjes y que desconocía donde podía llevarme o ir de compras a mi boutique preferida, pasar por el salón de belleza y regresar a casa como la esposa consentida que era hasta esa misma mañana.

Decidí caminar y pensar. Víctor era un emprendedor con la fortuna de tener un pariente rico del que acabó heredando una empresa, la misma en la que se inició como pupilo. Además era un hombre encantador, fascinante, poseedor de la personalidad más irresistible que había conocido antes. Esta cualidad junto a su aguda inteligencia eran dos efectivas armas para construir su pequeño imperio empresarial. Cuidaba su imagen pública con esmero y por eso se preocupaba por mantener un buen aspecto físico cuidando su dieta y utilizando un vestuario impecable siendo en ocasiones obsesivo con los detalles. Pero en la intimidad era un hombre distinto, su encanto se mitigaba, era poco emotivo aunque siempre era correcto conmigo y se aseguraba de rodearme de confort.

Comencé a caminar lentamente, sin dirección, pensando qué hacer con la nueva información revelada cuando me encontré a pocos pasos de Casa Goyo. Hacía muchos años que no iba a la taberna, desde las últimas citas con Sergio y al ver su fachada me dije que podría entrar a echar una ojeada.

Tras el mostrador de mampostería y mármol, como siempre, Goyo con su camisa negra de cuello Mao y a la altura del corazón grabado en letras rojas el nombre del establecimiento. El hombre se encontraba entretenido sacando brillo a unas copas que colocaba en un estante de vidrio, junto a los licores, de espaldas a la puerta.

Me senté a la barra del bar dispuesta a pedir mi consumición cuando el propietario alertado por el sonido de la puerta se giró para ver a su cliente. Goyo al verme abrió mucho los ojos, dejó el paño blanco sobre el mármol y dejó de su trabajo para dar la vuelta y acercarse a mí.

- ¡Cuánto tiempo sin verte! Se te echaba de menos. Te daría un par de besos pero como ahora eres una señora casada sólo te daré la mano.- me dijo el hombre un poco emocionado.

- En ese caso seré yo quien te bese y no te preocupes, el matrimonio no es una enfermedad contagiosa.- le dije besando en la mejilla a Goyo que conservaba el atractivo a pesar de tener el cabello canoso.

- Porque no quisiste, yo contigo me hubiera dejado contagiar de todos los virus conocidos y los aún por descubrir.

- No has cambiado, Goyo, tan zalamero como siempre.

- Siempre has sido mi cliente favorita y no digo más porque no quiero enemistarme con Víctor.

- ¿Viene a tu local?

- Ni lo hizo antes ni lo hace pero continúan viniendo muchos de sus empleados y me disgustaría perderlos.

- ¿Crees que puede influir en eso?

- No quieras saber hasta donde llega su brazo. – me quedé paralizada sin saber que responder pero él no se fijó en mi reacción y continuó hablando ¿Qué te apetece? ¿Te sirvo lo de siempre? Café con leche y tostadas.

- No, quiero algo más fuerte, algún licor.

- ¡Quién te ha visto y quién te ve! Tú nunca has bebido una gota... a esta copa invito yo, prueba este licor de hierbas bien frío que guardo para las grandes ocasiones – me dijo sirviéndome un licor de licor ambarino- Aún no me has dicho que te ha traído por aquí después de siete años.

- Podría decirse que llevas la cuenta.

- Y lo hago. Cuando dejaste de venir algunas cosas cambiaron.

- No entiendo por qué.

- Durante un tiempo tampoco vino Sergio ni sus amigos.

- Yo no se lo impedí, no tengo nada que ver con eso- dije un poco molesta interpretando que me culpaba de perdidas en el negocio pues era evidente que ya no gozaba de la popularidad con que yo lo recordaba.

- Ya sé que no era cosa tuya, no intentaba molestarte- dijo mientras me servía otra copa de licor- Víctor lo tenía todo calculado y por eso me alegro mucho de verte bien.

- ¿Cómo sabías tú eso? ¿Quién te lo ha explicado si yo lo acabo de saber hace unos minutos?

- Ahora me explico la copa y te voy a acompañar con otra pero antes voy a cerrar el local para que nadie nos moleste porque tenemos mucho que hablar – dijo bajando la persiana y cerrando la puerta de entrada con llave. Después volvió a la barra, tomó su copa y la botella y cogiéndome de la mano le dijo- Vamos a sentarnos tranquilamente a una mesa.

- Explícame cómo sabes que Víctor andaba metido por medio de la historia de Sergio.

- De Sergio, de Carlos, de Diego y de Alejandro. Tienes que saber que siempre estuvo detrás de todo lo que tenía que ver contigo desde la mañana en que te entrevistó. Aquella mañana fue la última vez que entró en mi local y nos peleamos por ti y eso que yo aún no te conocía, eso fue un mes de marzo.

- Es cierto, casi había olvidado que fue en primavera. Dime, ¿qué sucedió ese día?

- Víctor era cliente habitual. Acostumbraba a venir hacia las nueve y media, cuando el bar estaba bastante tranquilo, se tomaba un café con leche y una tostada y se llevaba un bocadillo para media mañana. Volvía hacia las cuatro para comer un plato combinado. No le gustaba frecuentar a los empleados y se alimentaba bastante mal, si me lo permites.

- Pues eso ahora ha cambiado.

- Aquella mañana vino algo más tarde y no pidió a la consumición habitual sino algunas tapas de callos, pinchitos, patatas bravas y algo más que no recuerdo. Me extrañó que a esa hora comiera tanto y me dijo que cuando estaba nervioso comía mucho. Le pregunté el motivo. Dijo que había cometido un error del que se arrepentiría toda la vida y quise saber más. Me explicó que el señor López llevaba dos días indispuestos y por error alguien había avisado a las personas que tenían entrevista con él menos a una joven que ese día se presentó a la cita. Le dije que eso no era tan grave, podría volver otro día. Me aseguró que eso no era posible porque había tratado tan mal a la chica que nunca volvería. Yo traté de quitarle hierro al tema y le dije que no sería tan trágico, seguro que encontrarían candidatos igual de eficientes o más que la joven que había entrevistado. Fue entonces cuando comenzó a alterarse. Dijo que yo no lo comprendía, y no podía entenderlo porque no la había visto y que alguien así única, insustituible. Como vi que el problema era de amores pensé que le ayudaría si le sugería que llamase a la joven para ofrecerle otra cita. Imposible fue su respuesta, jamás volverá a hablar conmigo. Sin embargo dejaría indicaciones para que el señor López se pusiera en contacto con ella y se las ingeniara para que la contratase, la quería en la empresa a cualquier precio. Entonces me picó la curiosidad, lo reconozco. Me dijo que una vez contratada utilizaría sus cámaras de seguridad para seguir sus movimientos y esperar el momento adecuado y actuar. Estaba decidido a no dejarte escapar y a esperar lo que fuese necesario, asegurando además que haría lo cualquier cosa para evitar que nadie entrase en tu vida. Pensé que era un farol, cosas que se dicen por despecho pero me aseguró que el sistema de vigilancia que estaba experimentando le serviría como anillo al dedo para este fin. A mí no me gustó nada el asunto y le dije que no podía tratar a una persona como si fuese una pieza de caza, si tan interesado estaba en esa chica no podía rebajarla de esa manera. Entonces comenzó a mostrarse agresivo conmigo, me dijo que sus métodos no eran de mi incumbencia y que era muy libre de actuar como quisiera.

Entonces le contesté que en mi local yo también era libre para negar el acceso a quien quisiera y él no era bienvenido. Se fue sin pagar y desde entonces no he vuelto a verle.

- No puedo creérmelo- contesté totalmente desubicada, incapaz de entender qué le estaba pasando al mundo y dónde había estado yo perdida para no ver lo que sucedía a mí alrededor ¿Cómo se puede actuar con tanta frialdad y premeditación?- le dije mirándolo a los ojos.

- Escondió sus garras, él no quería asustarte, solo pretendía hacer huir a tus pretendientes. Piénsalo. Podría decirse que los compró uno a uno a cambio de desaparecer de tu vida.

- Sois despreciables los dos. Si Víctor quería acercarse a mí con la finalidad de casarnos tal como ha sucedido, ¿por qué no podía hacerlo de frente y mirándome a los ojos como hace la gente normal? No he escuchado nada más estafalario. Y tú Goyo ¿qué excusa te vas a inventar? He desayunado y almorzado aquí durante casi tres años, me has hecho creer que éramos amigos y me has apuñalado por la espalda.

- Y por eso Víctor yo y nos peleamos, pero hay que reconocerle cierta elegancia comercial en su actitud y finalmente nadie resultó perjudicado. ¿No crees?- alegaba Goyo mientras llenaba su copa porque retiré la mía, había bebido suficiente para todo el día.

- ¿Elegancia? No comparto tu opinión, es más, no sé si me tomas el pelo ¿en realidad los hombres sois así cuando no queréis impresionarnos o me he topado con dos auténticos cretinos? Además, me importa poco que te peleases con mi marido, eso es algo entre tú y él, a mí no me afecta pero sí creo que me sigues debiendo una disculpa maravillosa y verosímil. Por otro lado es cierto que no se han producido daños físicos, pero te equivocas, vuestras decisiones han provocado sufrimiento. Más del que imaginas.

- Nunca he hecho daño a nadie, al contrario. Me he encargado de animarlos y cuando ha estado en mi mano también os he proporcionado soluciones satisfactorias.

- ¿Qué quieres decir? ¿Se puede hacer mucho daño por omisión?

- Que los cinco estáis casados, algunos de ellos con chicas que también eran clientas, yo los presentaba, ellos hacían el resto.

- Bueno, quizás no les ha ido mal... Pero ¿por qué ese afán en ayudarnos? Parece que te sintieses responsable de nosotros. ¿El peso de la conciencia?

- ¿Culpable yo? Siempre me he tenido por una buena persona que sabía descifrar el interior de las personas y utilizaba esa habilidad para ayudar siempre que podía. Pero con Víctor fracasé. Nunca pensé que alguien tan centrado en su trabajo y sus proyectos de desarrollo pudiese perder el norte con tanta celeridad por ver a una chica diez minutos y menos que fuese capaz de poner en juego el trabajo de toda su vida por conseguirla. Aunque su actitud fuera temeraria no deja de tener mérito su constancia.

- No sé si trato con un loco o un romántico.

- Cierto, me picó la curiosidad por saber cómo eras.

- Romanticismos a parte sigo pensando que no tenías derecho a actuar soterradamente cambiando el destino, ¿crees que eres Dios? quién sabe cómo hubiese sido mi vida si no hubieses intervenido. A estas alturas viviría en Barcelona con Alejandro, nunca hubiese conocido al resto.

- Ahí te equivocas. No hubieseis durado mucho juntos.

- Era el más guapo, de todas maneras es tu opinión y no te la pedí.

- Sobre gustos no tengo nada que decir pero era muy brusco, incluso arisco cuando estaba enfadado. Creo que estás mejor con Víctor.

- Y yo creo que sobre mi vida tengo la última palabra y ahora además tengo un nuevo problema, ya no puedo fiarme

de Víctor.

- Te equivocas, no tienes nada que temer. Es un tipo raro, con una actitud poco deportiva, de acuerdo, ha jugado sucio para triunfar porque es un ganador nato. Por otra parte, si tú no te hubieses fijado en tus ex ellos seguirían en el mismo puesto que tenían cuando los conociste. Todos se esforzaron para impresionarte y maduraron, actualmente tienen pareja así que, después de todo, la experiencia no ha sido tan trágica.

- No sé como puedes lanzar esas certezas sobre la vida de personas a las que conoces y quedarte tan tranquilo - le reprocha Rocío.

- No son certezas absolutas, la vida tiene riesgos pero si de estabilidad hablamos, Víctor era la mejor opción y la más rentable también, algo que no se puede despreciar.

- Goyo ¿te das cuenta que hablas de personas y no de acciones que cotizan en bolsa?

- Lo lamento, olvidaba que tú eres muy sentimental y yo un viejo mercader. Pero si me lo permites voy a darte un consejo. Ahora estás muy enfadada, cálmate y piensa bien lo que vas a hacer. Víctor es un ganador pero negado para tratar con mujeres, después de la metedura de pata que tuvo el día que te conoció no se atrevió a salir de su guarida. Pero vigilaba esperando el momento de acercarse.

- Hablas de mí como si fuese un ciervo al que dar caza, me parece insultante.

- Y a mí muy varonil, es una demostración de estrategia e ingenio, pura testosterona.

- Deberías abrir una agencia matrimonial pero yo nunca te he pedido consejo y odio que me manipulen. Quiero tomar mis propias decisiones y ser yo quien se equivoque. Antes de irme tengo algo importante que preguntarte ¿cómo estabas al tanto de todo lo que sucedía?

- No soy adivino como muchos decíais. ¿Te has olvidado que Paco y Félix también eran clientes?

- ¿Y qué?- pregunté sin entender la relación que tenían los dos conserjes en aquel.

- Me decepcionas Rocío, estás perdiendo reflejos. En cualquier empresa bien organizada toda la información básica pasa por conserjería. Y los tres jugábamos con esos datos.

- ¿Cómo?- pregunté alarmada.

- A través de las apuestas.

- ¿Qué apuestas? – .me levanté sobresaltada derramando la copa de Goyo- No me jodas tío... Lo que me faltaba, habéis estado jugando a mi costa. ¡Es el colmo! Yo creía que erais mis amigos.

- Y lo somos.

- Ni hablar, me engañáis hurtándome información esencial de mi vida privada y hacéis negocio a mi costa. ¡La hostia! No me extraña que hayan guerras si a ésto lo llamáis amistad. ¡Por eso los han despedido!

- No, nadie descubrió las apuestas, pero sabían demasiado y Víctor no quería arriesgarse a que un día fueses a la aseguradora y ellos te explicasen esta historia que has descubierto hoy.

- ¿Sabes qué ha sido de ellos?

- Vinieron a despedirse, Félix se fue a su pueblo donde tenía una casa que pensaba restaurar. Paco seguirá viviendo en su barrio. No sé nada más de ellos desde entonces.

- ¿Y a ninguno de los tres se os ocurrió contarme lo que sucedía? ¡Es increíble!

- Ellos no podían, en eso consistía su trabajo, vigilancia y confidencialidad. En cuanto a mí, debía mantener el silencio por ellos, se lo había prometido.

- ¡Joder, que tú tienes mucha imaginación! Hubieses encontrado la manera de insinuar el problema si hubieses querido. Ese es el tema: querer.

- ¡Mujer, no te marches así! ¡Deja que te pida un taxi!

La visita imprevista me había puesto el corazón en un puño, cómo me podía pasar algo así, no me lo podía creer a pesar de acabarlo de escuchar de alguien que se llamaba amigo mío.

La inquietud que me había producido el descubrimiento me obligaba a debatirme en el dilema de mis relaciones con Víctor. ¿Y ahora qué? Esa era la pregunta, seguir junto a un hombre que ya no me inspiraba seguridad o decirle lo que acababa de descubrir aquella mañana en la oficina y me había contado Goyo, y entonces dejarlo todo y salir corriendo.

Lo que más me había gustado de Víctor era la seguridad que desprendía y su encanto natural, con él la vida parecía sencilla. Ahora solo podía estar segura que me había llevado encantada tras él como el flautista de Hamelin y como en el cuento había pactado mi futuro con terceros interpuestos. Aquí surgía la segunda duda, ¿sería capaz de desprenderme del embrujo de Víctor? Salir corriendo sin pensar lo que dejaba atrás no era una opción válida excepto para criaturas y yo no lo era, tenía cuatro hijos que no quería perder por nada de este mundo ni del otro, ya puestos. Estaba claro que no podía dar un paso sin ellos pero tampoco Víctor se los dejaría arrebatar. ¿Qué opción real tenía de marcharme con mis hijos en un país donde la Iglesia ni el Estado permitían el divorcio? Y yo no daría un paso sin mis hijos.

Paseando llegué hasta El Retiro buscando en mi entorno la tranquilidad que necesitaba. Me dejé llevar sin rumbo por mis pies que decidieron conducirme hasta monumento a Alfonso XII, allí me senté y mirando a las parejas arrullarse bajo el tímido sol invernal lloré. ¿Qué había hecho con mi vida? Peor aún, ¿qué me había dejado hacer?

Cuando salí de mi pueblo me creía una chica muy lista, valiente y moderna que iba a la capital sola, algo que ninguna de mis conocidas se atrevían ni a pensar. Había estudiado, era decidida y trabajadora y me iba a comer el mundo porque no era imposible para mí. Los que me conocen asegurarían que soy una triunfadora por el camino que he recorrido y sin embargo ignoran, como yo misma hace unas horas, que vivo en una ratonera porque como una palurda me dejé engatusar por un trocito de queso.

Miré la hora en el precioso reloj de oro que me regaló Víctor cuando nació Sergio y dos lágrimas rodaron por mis mejillas. Nadie podría imaginar que una mujer casada con un rico empresario y madre de cuatro preciosos y sanos hijos podía sentirse desdichada, en cambio así era. Muchas personas incluso envidiarían mi suerte sin conocer este pesar, y algunos como el propio Goyo me recomendarían paciencia y olvido.

La imagen de Goyo me vino a la memoria y entonces pensé que me había apresurado en creer a un tipo que me había engañado durante años y además había obtenido provecho y diversión a mi costa. ¿Realmente era cierto lo que me había confesado o era otro embuste? ¿Era prudente tomar en consideración la acusación hecha sobre Víctor?

Saqué de mi bolso Gucci un pañuelo de lino bordado con mis iniciales para limpiarme la cara y de nuevo pensé que era imprudente. Aquellos eran regalos que Víctor me había traído de sus viajes a Londres y París ¿cómo un hombre tan cortés podía tener el comportamiento ruin que confesaba Goyo? ¿Sería todo fruto de la envidia? Mi marido y Goyo no se entendían, lo sabía desde nuestros primeros días de noviazgo cuando me dijo que no era alguien digno de confianza y personalmente me recomendaba alejarme de él. Argumentó que era un figón entrometido, que había visto cómo manipulaba a la gente y prefería mantenerse al margen de sus trapicheos. Tal vez Goyo culpaba a Víctor de sus propios defectos.

Me puse en pie y me dirigí por el paseo de las estatuas hacia la salida del parque. A mi paso junto a ellas sentí la necesidad de no permanecer inmóvil ni dejarme convencer por la primera persona que se acercase a mí afirmando ser mi amiga. Debía actuar. Tras atravesar la Puerta de España detuve un taxi en Alfonso XII.

Me acomodé en el interior del taxi y mientras éste se deslizaba veloz por la ciudad rebusqué en el bolso hasta dar con la agenda donde había apuntado la dirección de Paco, se la di al taxista e intenté relajarme. Estaba decidida a comprobar directamente la versión de Goyo, tenía mucho en juego para quedarme con una sola perspectiva externa

y parcial, además comenzaba a dudar de sus buenas intenciones. Tampoco comprendía la obsesión por el dinero que para Goyo justificaba por si sola cualquier situación como si la bonanza económica me obligara a cerrar los ojos a realidades más básicas.

Las diferentes expectativas vitales tienen una explicación más primitiva que lleva a los hombres a buscar la seguridad material y a las mujeres la estabilidad emocional. Ésta es la causa por la que no puedo estar de acuerdo en sus prioridades y por la que me recomienda paciencia como si mis desdichas fueran chiquilladas. Por sentirme abandonada dejé a mis anteriores novios. Ahora necesito saber si he caído en una trampa preparada por mí misma.

¿Cómo utilizaban las cámaras? Si era cierto que me vigilaba se lo había puesto muy fácil a Víctor eligiendo mis novios dentro de la empresa. Pero cómo podía imaginar nada similar. En caso afirmativo hubiese sido un error elemental que ya no tenía remedio pero cómo saberlo, ni prever sus planes, ni variar yo los míos porque no tenía muchas más oportunidades de buscar pareja fuera de la empresa. Llegué a la casa de Paco esperando quizá un milagro, lejos estaba de suponer lo que encontraría. Pero la ignorancia es osada y valiente y yo continuaba siendo una ingenua.

Llamé a la puerta de Paco varias veces hasta que una mujer la abrió, tenía en pelo canoso recogido en un moño, vestía de negro y por su edad debería ser la esposa de Paco. Me presenté brevemente y pregunté por él. A la mujer se le descompuso el rostro:

- Mi marido murió hace dos meses.

- Lamento su pérdida, no tenía noticias de que estuviese enfermo.

- No lo estaba, el pobre tenía buena salud, fue un infarto. Estábamos preparando un viaje y estaba muy ilusionado. Yo sé que era una excusa para ver a su amigo Félix, lo echaba en falta. Mi pobrecito Paco estaba sentado en su butaca cerca de la ventana estudiándose los mapas de carretera cuando escuché un ruido seco, le llamé y no me contestó, pobrecito mío, con las ganas que tenía de viajar – me explica apoyada en la jamba de la puerta y con la voz entrecortada.

- Tenga un pañuelo.

- Gracias niña, anda y entra, que te he dejado en la puerta.

- No se preocupe señora, está bien.

- ¿Dices que conocías a mi Paco del trabajo?

- Sí señora, soy Rocío y trabajaba en personal.

- Claro... ya me acuerdo, tú eres la chica guapa de la oficina. Hablaba mucho de ti mi Paco, te tenía cariño ¿sabes? él compraba los paraguas porque siempre los perdías ¿verdad niña? Pero la jubilación lo volvió triste, no tenía ganas de nada, a veces ni de hablar, con lo que era él de la charla.

- Y entonces ¿por qué se jubiló?

- Les dieron dinero y los echaron, cosas de negocios. Pero siéntate niña, ahora vengo.

- No se moleste, solo venía a saludar.

- Y yo muy agradecida que te acuerdes de nosotros- me dice mientras desaparece por el pasillo. Poco después surge con algo en la mano- En esta fotografía estáis los tres. Paco la miraba y decía cosas sin sentido. Aunque esté mal decirlo, creo que se estaba volviendo un poco loco, el pobre. Decía que no se podía jugar con personas y que siempre ganaba las apuestas. ¿sabes de qué hablaba?

- Lo siento, no puedo ayudarla.



- Ves, cosas de locos. Él siempre dijo que cuando no pudiera trabajar más y fuese un inútil se moriría y lo cumplió - dijo la viuda llorando otra vez.

- Discúlpeme, ¿sabe quién le mandaba comprar los paraguas?

- El sobrino del dueño por algún tema de faldas, ya sabes cómo son los hombres, y cuando heredó la empresa y se casó con la chica los despidió los despidió sin darles ni las gracias.

- Se me hace tarde, tengo que irme ya.

- ¿Tan pronto? No te has tomado las galletas, espera que te sirvo otra copita.

- No gracias, los dulces me sientan mal.

- Claro, las jóvenes no os queréis engordar. Pero prométeme que volverás otro día a visitarme. Me darás una alegría muy grande y no te vayas sin llevarte la fotografía.

- Gracias por todo- le dije desde la puerta.

La visita fue triste y decepcionante. Solo pude cerciorarme de tres cosas: de su muerte, algo que me causaba gran pesar. La segunda que las apuestas existían como me dijo Goyo. Y la tercera que Víctor se libró de los dos conserjes y ellos lo interpretaron como un castigo que es una forma de reconocer su culpabilidad.

Pedí un taxi y me fui a casa cansada y decepcionada preguntándome si para sobrevivir debía ser una cínica y dejarme arrastrar hasta donde me llevase la marea. Al día siguiente me armé de valor y llamé a Félix.

El hombre, efectivamente, se fue al pueblo, arregló la casa de había heredado de sus suegros y volvió a sus orígenes comprando una finca de olivos. Parecía satisfecho con aquella nueva vida rural que le permitía regresar con su familia después de muchos años y llevarse también a sus dos hijos que, cosas de la vida, con tantas chicas que hay en la capital se había enamorado de dos mozas del pueblo. Me alegré por él.

Estaba al corriente de la muerte de Paco y fue a su entierro. Entonces entré en el tema que a mí me dolía. Me confirmó la existencia de las apuestas y que estaban restringidas a ellos dos y a Goyo y que a parte de ellos tres y Víctor nadie más conocía la información que obtenían. Quise saber por qué razón nunca me llegaron ni siquiera a insinuar nada de lo que sucedía. Al principio se negó a contestar diciendo que eran cosas pasadas. Ante mi insistencia y la insistencia de llamar a Víctor se decidió a hablar:

- Rocío, Paco y yo te hemos apreciado pero entre tu felicidad y nuestras familias, perdías tú, perdona que sea tan franco. Puede parecer un asunto feo pero no podíamos perder el empleo, nos hacíamos mayores y los pobres no podemos andarnos con muchos escrúpulos. Aún así nuestra mala conciencia no era el único motivo para crear las apuestas. Servía para hacer más llevadera la labor que nos habían encomendado porque ninguno lo hacíamos de buen grado.

- Lo sé, me lo ha dicho Goyo y que no os dijeron cual era la finalidad de la investigación.

- No es cierto, nosotros lo sabíamos, debíamos probar las cámaras de seguridad pero algo cambió y de pronto el objetivo era vigilarte a ti y tus novios. Decidimos dejarlo y Víctor nos retuvo la paga de un mes. No nos despidió y nosotros seguíamos ocupándonos del resto de obligaciones sin cobrar y finalmente aceptamos y callamos.

- Pero algo me podíais haber dicho.

- También nos vigilaba a nosotros, nos amenazó con despedirnos y nos asustamos. Tu marido puede ser despiadado cuando se lo propone.

- No me vengas con excusas. ¡Vaya amigos! ¿Y cuándo os ofreció Víctor la jubilación?

- Apenas regresó de vuestro viaje de novios. Esa misma mañana nos llamó a su despacho para decirnos que iba a

modernizar la conserjería, adaptarla a los nuevos tiempos e introducir otros sistemas de control a modo de prueba: cámaras para ver el interior de los bolsos y portapapeles que llevaran todos los empleados y visitantes y tarjetas magnéticas para acceder al interior del edificio. Escuchábamos la explicación pensando que aumentarían nuestras obligaciones sin sospechar que nos iba a despedir. Nos ofreció buena una indemnización pero acabamos siendo los peones del tablero, nos usó y se deshizo de nosotros. ¿A quién lo íbamos a denunciar? ¿Al sindicato vertical? Los de la OSE nos hubiesen dado una paliza o hubiesen llamado a la policía que nos habrían detenido por agitadores. Tu marido tiene amigos influyentes. En cuanto a buscar un nuevo trabajo a nuestra edad era imposible. Nos dio algo de dinero y eso fue todo. Yo arreglé la casa de mis suegros, algo que mi mujer llevaba esperando muchos años y con el dinero que saqué por el piso me compré la finca de olivos donde trabajan mis hijos. Mi familia es feliz... Pensarás que soy un miserable... pero solo soy un pobre miserable y la moral a los pobres no nos sirve para comer, pensar es cosa de ricos. ¿Pero a ti Víctor te trata bien, verdad? Nos juró que siempre te cuidaría.

- Estoy bien de salud pero no sé como voy a poder mirar a Víctor a la cara después de lo que he descubierto. En realidad te pegaría si no fuese tan mayor. ¡No puedo creerme que me hicierais una faena así!

- ¿Nunca sospechaste nada, ni siquiera con Sergio?

- Debo ser muy inocente aunque me tenía por una chica inteligente.

- Hay hombres que se pelean por una mujer, otros le roban las novias a sus amigos e incluso a sus hermanos. Víctor usó su poder contra sus inferiores.

- Con trucos.

- Hay muchas formas de mentir y luchar en la vida, ganó el más fuerte o sea, que te llevaste al mejor.

- Pero nadie me dejó elegir.

- Escucha ¿eras feliz con Víctor hasta descubrir este lío?

- Como una colegiala con zapatos nuevos.

- Pues sigue así y olvida lo demás, es historia.

- Pero si no hubiese intervenido estaría con Alejandro quizás con Carlos.

- No puedes saberlo con seguridad. Tal vez te hubieses cansado de ellos. Pero el único que luchó con uñas y dientes por ti fue Víctor, él te quería más y lo demostró de la única manera que sabía. Te lo dijo como si fueras mi hija, no eches tu vida a rodar, piénsalo antes. Además sois iguales de tenaces y orgullosos, os llevaréis bien.

- ¿Eso crees?

- Desde que anunciaste la boda he estado dándole vueltas al tema, fue el primero que conociste ¿verdad?

- Sí, pero aquello no fue una cita amorosa sino laboral y se mostró como un grosero prepotente.

- ¿Tan malo era para ti hace un par de días? No me contestes, solo tú tienes la solución a esta pregunta.

Pasé el resto de la semana recapacitando sobre lo sucedido. No dije nada a Víctor, aún no había decidido cómo iba a afectarnos esa información. Pasados los primeros días de furia, en los que procuré mantenerme ocupada y alejada de él llegué a convencerme de que había conseguido todo lo que deseaba en la vida: un hombre a mi lado que me quería y cuidaba y una vida sosegada, unas criaturas preciosas por hijos... Pero me pesaban los recuerdos.

Después de dos años de matrimonio no lograba quedarme embarazada. Con el fin de comprobar que no existía ningún problema físico que me impidiese la maternidad consulté al especialista que me aseguró que no existía ningún obstáculo para ello y que la mejor fórmula era relajarme. Como terapia me impuse pasear cerca de parques y colegios.

Una mañana soleada de invierno sucedió algo inesperado. Paseaba cerca de un colegio de cuyas ventanas brotaba la música aguda y algo desafinada de los alumnos, cancioncillas que me trajeron viejos recuerdos de patios de escuela. Iba bordeando el perímetro del edificio con las manos en los bolsillos del abrigo, buscando los rayos de sol e imaginado la cara de los niños que estaban cantando en su interior, cuando me topé de bruces con un hombre parado la esquina atando los cordones de los zapatos de un niño.

- Disculpe, no le había visto, iba distraída.

- ¿Rocío?- preguntó el hombre sorprendido.

- ¡No puedes ser! ¿Alejandro?

- El mismo. ¿También tienes niños en este colegio?

- Aún no tenemos hijos, solo paseaba por el barrio. Y a ti ¿cómo te va?

- Atareado, ha estado con fiebre unos días y ahora vuelve al colegio pero le ha costado un poco despertarse a su hora.

- ¿Cómo te llamas guapo?- le pregunté observando su carita blanca y pecosa pero el niño no contestó.

- Se llama Manuel como mi padre y mi suegro.

- Bueno Alejandro, me ha alegrado mucho verte.

- No me huyas, después de tanto tiempo sin vernos al menos tomarás un café conmigo.

Esperé junto a la puerta del colegio a que Alejandro saliese y le puse una excusa porque una cosa es ver niños y otra muy distinta ver los hijos de tu ex novio. Pero él no estaba dispuesto a dejarme ir fácilmente. Me pidió el número de teléfono de casa y me dijo que me llamaría al día siguiente para que pudiese consultar mi agenda y hacerme un hueco en ella.

Aquella tarde cuando llegó Víctor del trabajo le dije que me había topado con Alejandro en el centro y se había empeñado en invitarme a un café pero que no me pareció bien verme con un ex novio. Víctor se río. Dijo que recordaba a Alejandro de las reuniones de trabajo, que había hecho el esfuerzo de levantar la sede de Barcelona y justo cuando mejor marchaba solicitó de nuevo el traslado a Madrid por asuntos familiares. Le dije que había insistido en llamarme para quedar a tomar un café. Me llamó boba y me dijo qué donde veía el inconveniente, puedes tomar un café o una paella con él. Lo conozco, es de la empresa y te distraerá.

Cuando llamó al día siguiente, después de la conversación con mi marido ya no se me ocurrió ninguna excusa sólida y nos vimos dos días después para almorzar. Vino a recogerme a casa y fuimos a un restaurante familiar que habían abierto en su barrio. Al llegar los postres se preguntó:

- ¿Cómo te va con Víctor?

- Bien.- le dije.

- Laura me abandonó el verano pasado. Se fue a ver a sus padres al pueblo. Unos días después de marcharse llamaron sus padres preguntando por ella. Yo creía que estaba con ellos. Una mañana después de desayunar les dije que iba al mercado, dio un beso a Manuel y no volvió.

- Le pudo pasar algo.

- La buscó la policía, yo fui al pueblo para ayudar a encontrarla. Algunas personas creyeron verla y dieron pistas que conducían al aeropuerto. También la reconocieron en el banco donde sacó casi todos nuestros ahorros, el máximo que le permitieron en un solo día, compró un billete de avión para Milán y desapareció.

- ¿Y ya está?

- La policía me dijo que era un asunto familiar y cómo estaba fuera de territorio español sus funciones habían finalizado. Me dieron dos opciones: contratar a un detective para que la buscara en Milán o cambiar la cerradura de casa y olvidarla.

- ¿Y qué hiciste?

- ¿Qué? ¡Olvidarla!- me contestó irritado.

- Perdona, no quería molestar, iba a preguntarte si la habías encontrado o si había llamado.

- Pensé en buscarla y fui a ver a dos detectives que la misma policía me recomendó, muy profesionales pero tan caros que no les pude contratar. Creí que volvería cuando gastase todo el dinero, que sería un capricho y se le pasaría, que echaría de menos al niño y también a mí porque no nos habíamos peleado, así que esperé hasta el verano, seguí esperando unos meses más, y después unos cuantos más, y bueno ya hace un año que nos dejó, ya no la espero.

- Vaya pastel.

- Tú me has preguntado, no pretendo provocar lástima a nadie y menos a ti.

- ¿Y eso por qué?

- Ya me dejaron antes de que lo hiciera Laura ¿te acuerdas? Fuiste tú y tus condolencias me suenan muy extrañas, como a risa.

- Disculpa, no creo haberme reído pero puedo entender tu ofuscación. No quiero importunar, mucha suerte y hasta pronto- le dije levantándome de la mesa.

- No tan rápido. Hoy no puedo entretenerme mucho, tengo que recoger a Manuel del colegio y después pasar por la oficina a recoger unos documentos que tengo que revisar esta noche pero antes de irte debes prometerme que nos veremos otro día.

- No veo el motivo, acabas de decir que me río de ti.

- Más motivo para acordar una cita y nos disculpamos los dos.

- Ya nos hemos explicado las novedades, no veo la razón.

- Ya te convenceré por el camino ¿Te dejo en tu casa o en el centro?- dijo mientras pagaba la cuenta.

El camino de regreso resultó más largo de lo que ambos imaginamos. Durante el mismo me confirmó lo que Goyo me dijera, que Carlos, Diego y Sergio tenían sus parejas y que eran felices padres de familia lo cual me alegró aunque sentí una punzada en las entrañas de pura envidia maternal.

Tres días después me volvió a llamar y de nuevo quedamos para almorzar ya que Víctor nunca lo hacía en casa, acostumbraba a utilizar los almuerzos para sus reuniones de negocios. Esta vez Alejandro me pareció distinto. Se culpaba de haber aceptado el cargo que años atrás le ofreció Víctor, pensaba que en ese momento comenzó a torcerse su vida. Entonces cometí una indiscreción al comentar que mi marido no debió tomarse la libertad de inmiscuirse en nuestras vidas, queja que debí reservar exclusivamente para Víctor. La hoguera que provocó esa pequeña chispa prendió peligrosamente en nuestros corazones heridos por la misma persona y lo que era una cita anodina en la que no teníamos nada que decirnos fue, al contrario, la primera de otras muchas.

Sin pretenderlo ocupé el espacio vacío que dejó Laura en el corazón de Alejandro. Pronto llegó el verano. Víctor, tan encantador como siempre, propuso que nos tomásemos un descanso lejos de la capital para veranear un mes en

San Sebastián. Los placenteros paseos por la playa de la Concha hundiendo los pies en la dorada arena del brazo de Víctor me trajeron la mejor de las noticias, estaba en cinta. Los siguientes meses fueron los más dulces de mi matrimonio, por fin sería madre y eso me hizo olvidarme del mundo, incluido Alejandro que no volvió a llamarme, algo de lo que sinceramente me alegré. Ya era hora de que superase sus problemas, yo por mi parte vivía junto con Víctor una nueva etapa en nuestras vidas.

Meses después nació Alejandro el primer hijo que llenó de orgullo a Víctor y dio un vuelco a nuestras vidas. Éramos una pareja feliz que aprovechaba los momentos en común para disfrutar del bebé y mostrarlo en sociedad. En realidad mi marido nunca se había mostrado más satisfecho de sí mismo ni más cariñoso conmigo que cuando mostraba a nuestro pequeño en público.

Alejandro no relacionó nuestros encuentros ocasionales con el pequeño porque para entonces, debido a las dificultades que le causaba criar un hijo solo y mantener el trabajo, dejó la aseguradora y se estableció por su cuenta en su pueblo natal buscando el apoyo familiar. Por mi parte tampoco tenía la certeza de que mi bebé no fuese de Víctor aunque había compartido lecho con dos hombres durante cuatro meses, pero ese tema ya lo había archivado.

Alejandro crecía sano y feliz y eso nos proporcionaba momentos de alegría como padres. Yo aprovechaba las ocasiones en que me acercaba al centro para llevarlo a la oficina porque el niño había transformado a Víctor que parecía un hombre nuevo, más eufórico y vital.

En su rutina diaria había establecido una franja horaria para el descanso del personal durante la cual no quería que se le molestase y a esa hora le llevaba el niño a la oficina. Había adaptado una sala auxiliar de su despacho que tenía originalmente la función de archivo, e hizo algunos arreglos desalojando los muebles e instalando moqueta para que padre e hijo jugasen allí, sin pérdida de tiempo para Víctor ni incomodidades para el niño. La reforma la llevó a cabo él mismo tras observar apesadumbrado que solo veía a su hijo dormido puesto que las necesidades de la criatura no podían adaptarse al horario de la empresa.

El cambio que el pequeño produjo en mi marido podría considerarse casi milagroso. De pronto sacaba tiempo para compartir con nosotros y mostrase cariñoso y atento, un padre diligente, y un marido afectuoso. Fue entonces cuando realmente me enamoré de él.

Pasaron los meses, Alejandro comenzaba a andar y Víctor insistía en que debíamos pensar en darle un hermano pero yo me lo tomaba con tranquilidad gozando cada instante con todas las nuevas sensaciones que descubríamos juntos, yo como madre primeriza y él como primogénito. Es pronto me decía a mí misma para que me quiten la miel de la boca.

Un día cuando salíamos del ascensor coincidí con Carlos que había escuchado hablar de nuestro hijo y de nuestras visitas diarias. Él no lo conocía y tampoco habíamos coincidido desde hacía años. Nos saludamos y luego se ofreció a acompañarnos a casa al escuchar que pedía un taxi en recepción. No rechacé la oferta, tenía el coche en el taller. Por el camino me mostró las fotografías de sus dos hijas, María y Ana, dos niñas de mofletes colorados y carnosos.

- Las niñas no se parecen mucho a ti.- le comenté

- Es cierto, son la misma imagen de su madre.

- Dicen que las niñas, por lo general, salen más a la madre.

- Tendrán razón porque Alejandro es moreno como Víctor, no se parece nada a ti.

- Sí y estamos encantados con él. -le dije henchida de orgullo materno.

Llegamos al portal de casa y después de aparcar me ayudó a desplegar el cochecito de Alejandro y transportar su bolso. Me sorprendió que no mostrase prisa.

- Carlos, comienzo a sentirme culpable de distraerte de tus obligaciones. Puedo con todo, no es necesario que me acompañes. Tendrás cosas urgentes que hacer - le dije al tiempo que sacaba las llaves del bolso y abría la pesada puerta de hierro forjado.

- No tengo nada importante que hacer, la única reunión prevista para hoy se canceló a primera hora, por tanto mi

única urgencia era tú. Esta vez no me dejarás con la palabra en la boca. –se quejó mientras sujetaba la puerta y me cedía el paso.

- ¿Cómo dices?- le pregunté mientras llamaba al ascensor.

- La última vez que nos vimos no me dejaste hablar ni explicarte mis razones.-protestaba el hombre que me seguía hasta la puerta de casa con la bolsa del niño. Entonces recordé como años atrás le dejé plantado en la acera sin dejarle opción para explicarse, excusarse y obtener mi comprensión.

- En ese caso adelante, habla, pero te advierto que no podré estar por ti es la hora comer de Alejandro, tendré que darle su papilla y después dormirlo.

- No hay prisa.

Ofrecí a Carlos una copa y lo dejé en la sala de estar mientras preparaba una papilla de verdura y pollo y le cambiaba su ropa de paseo por otra más cómoda, luego volvimos al salón donde lo senté en la trona al cuidado de Carlos y regresaba a la cocina. Alejandro comió con apetito, poco después dormía en su cuna. Entonces entré en el salón y pensé que Carlos se iría pero no mostró intención de hacerlo, por el contrario, se llenó otra vez la copa y comenzó a hablarme de su mujer.

- Da gusto verte con tu hijo, ojalá mi mujer se pareciese a ti.

- ¿Por qué dices eso? Tienes dos hijas preciosas.

- Desde que nacieron se volvió arisca conmigo, sobre todo cuando nació la segunda. Nos acusa de haberle arruinado la vida, de dejarla sin tiempo y destrozarle la figura.

- Ten paciencia a algunas mujeres la explosión hormonal del embarazo y posparto las trastoca, sucede con frecuencia, pero después de un tiempo todo vuelve a la normalidad.

- La mayor ha cumplido tres años y la pequeña tiene siete meses, ha tenido tiempo para adaptarse a los cambios de su vida y para sustituirme.

- ¿Cómo dices?- le pregunté sin entender lo que intentaba decirme.

- Cuando nació María contratamos una niñera y se crió con leche maternizada porque se negó a amamantarla. No me opuse, pensé que las hormonas, como tú dices, eran las responsables. Con Ana fue peor, a los pocos semanas de su nacimiento se desentendió incluso de controlar a la niñera. Desde entonces se ha dedicado exclusivamente a su persona, salones de belleza, gimnasios, saunas, cursos de baile, de cerámica y de pintura.

- Bueno, se ha esforzado en cuidarse para vosotros.

- Eso pensaba yo, menudo imbécil- se quejó rellenando de nuevo su copa- quizá pretendía cuidarse y estar guapa pero nosotros no entramos en sus planes. Hace una semana fui a casa a media tarde. Me había dejado unos documentos en el despacho y fui yo mismo a buscarlos y la encontré en nuestra habitación con un desconocido. No me vio y salí huyendo con los documentos sin decir nada, es más, aún no he decidido qué hacer.

- Lo siento mucho.

- Desde entonces llevo días pensando que nunca debería haberte dejado escapar, no sé dónde tenía la cabeza, me creía muy listo... ahora pago mis errores. Y precisamente hoy te encuentro con tu bebé. Te he observado y sigues siendo preciosa. En cambio mi mujer engordó siete kilos en el primer embarazo y otros tantos con el segundo. A mí no me importaría gran cosa si ella no me lo reprochase cada diez minutos como si fuese el responsable de ello. Sé que eres una buena esposa y una madre maravillosa que cuida de su hijo y hace feliz a su marido visitándolo con el niño, todos lo comentan. La vida contigo hubiese sido perfecta.- se lamentó al tiempo que cogía mis manos.

- Habla con tu mujer, debe tener una razón para actuar así.

- Ya lo he intentado, no quiere escuchar, dice que todo va bien y no tenemos necesidad de hablar de nada.- me dijo acercándose más a mí.

- Insiste, tú la quieres y además tenéis a las niñas.

- Lo he intentado varias veces, ya no puedo más.

No puedo explicar racionalmente lo que a continuación, tal vez me dejé arrastrar por la nostalgia y la compasión aunque es infantil buscarse excusas cuando nuestra actitud no responde a las normas sociales y morales aceptables, cuando simplemente nos sorprendemos a nosotros mismos actuando sin control.

Estuvimos solos poco más de tres horas hasta que el pequeño Alejandro se despertó. No volvió nunca a casa, tampoco volví a verle pero en el instante en que el orgasmo me sacudía entre sus brazos supe con certeza que estaba embarazada. Intenté no darle mayor importancia, la conciencia te pesa pensé, aunque nueve meses después tenía en brazos a mi segundo hijo.

Nunca tuve ocasión de explicarle a Carlos la coincidencia entre mi corazonada y el embarazo relámpago y creí que lo más conveniente era callar ya que mi doctor, al que pregunté utilizando circunloquios, la fiabilidad de tales corazonadas se rió diciendo que nada tenían de científicas y solo eran imaginaciones y deseo maternal. Teniendo eso en cuenta y que Víctor hacía semanas que se mostraba muy afectuoso insistiendo en el tema de aumentar la familia acepté su criterio médico.

Tras dos años de matrimonio no había logrado quedarme embarazada y cuando pensaba que ya no era posible, a pesar de la opinión del ginecólogo, en unos pocos encuentros con Alejandro engendré a mi primer hijo. Mas tarde con Carlos me pareció extraño sentirme embarazada en sus brazos mientras aun estaba dentro de mí y lo atribuí a mi obsesión por la maternidad pero la duda se instaló en mi cerebro y acabé llamando Alejandro a mi primer hijo. Sentí la misma certeza, sucedía de nuevo y allí estaba entre mis brazos pequeño Carlos. Dos de dos no podía ser una simple casualidad o me estaba convirtiendo en una neurótica o bien Víctor no era padre de aquellos niños y me había metido en un buen lío.

Sin embargo la noticia de mi segundo embarazo llenó de alegría a Víctor, me dijo que sería bueno que naciera otro varón porque de esa manera Alejandro tendría un hermano para jugar y que más adelante, cuando estuviera recuperada, podríamos intentarlo de nuevo para buscar a una niña.

Como yo tenía mis dudas no quería correr riesgos innecesarios. Si yo estaba en lo cierto y Víctor no era el padre de mis hijos no podía consentir que una idea loca le descubriera la verdad y acabar así con la felicidad de la familia para siempre.

- Dos hijos sanos es suficiente, ¿no crees? Una familia numerosa es difícil de educar por una persona sola.

- Eso no es un obstáculo, busca a alguien de confianza para que te ayude. Los niños son la alegría de una casa, además ¿a quién dejaremos todo nuestra fortuna?

- Pero ya tienes un heredero y otro en camino.-insistí enojada.

- Tendremos tiempo para hablarlo, ahora lo importante es que te cuides. Las demás criaturas vendrán igual que han llegado estas.

Durante los siguientes meses ninguno de los dos volvió a tratar el tema y yo intenté buscar solución por diversas vías que pasaron por psicólogos y sacerdotes. La respuesta que obtuve es que era víctima de mi educación cristiana que me culpaba de un pecado adulterio. Mi conciencia me golpeaba impidiéndome ser feliz cuando más motivos tenía para serlo, si me arrepentía y cesaba en mi actitud todo volvería a ser como antes y podría centrarme en mis obligaciones de esposa y madre. Penitencia: una novena a la Santísima Virgen María, ejemplo de madre. Bueno pensé, daño no me hará. El psicólogo me habló de complejo de inferioridad por mi origen humilde, por los problemas iniciales con los embarazos frustrados, por ser la única hija en una familia de varones. Receta: salga de casa y ayude a otras personas así se liberará ese peso que la oprime.

Cumplí los dos consejos a raja tabla. Comencé con la novena que rezaba en mi dormitorio en cuando desayunaba y la niñera se ocupaba de Alejandro, nueve días que tuvieron un efecto sedante. Después busqué algo útil que hacer desvinculado de las actividades de parroquiales con los que solo quería el trato imprescindible. Me hablaron de una

asociación de vecinos en el centro donde podrían estar interesados en ofrecer clases vespertinas para enseñar a leer y escribir a jóvenes obreros recién llegados de provincias. Enseguida me gustó la idea pues me recordaba mis primeros meses en Madrid, el barrio modesto en que viví realquilada con un matrimonio extremeño, las dificultades económicas, incluso la nostalgia de sentirte lejos del hogar. Visité el local situado en un bajo comercial con poca luz y bastante humedad que había sido habilitado para reuniones vecinales. Constaba de un bar donde acudían los clientes a jugar a las damas, el ajedrez y el cinquillo mientras tomaba vino con sifón y tres dependencias interiores, allí nos reuníamos los lunes y miércoles por la tarde en torno a unas mesas de bar dispuestas en círculo. La nueva ocupación y el contacto con jóvenes llenos de entusiasmo y energía que me explicaban la miseria que dejaron atrás me obligó a ser práctica y desechar las ideas peregrinas que me habían martirizado las últimas semanas, a partir de entonces viví pude centrarme en aquel segundo embarazo. En abril nació Carlos, otro niño, tal como Víctor deseaba. Era pelirrojo de piel pálida, igual que yo, solo un pequeño lunar cerca del labio me inquietó, hizo saltar todas mis alarmas internas volviendo a surgir las inquietudes pasadas pero Víctor en cuanto tuvo al niño en brazos lo alabó al verlo asegurando que esa criatura heredaba la belleza de su abuela materna de la cual solo conservaba la fotografía de boda y que tenía un lugar sobre el lado izquierdo del labio superior.

Aquel verano fuimos de vacaciones a la costa valenciana, nos habían recomendado un pueblo de arenas limpias y doradas con playas kilométricas donde podríamos caminar hasta caer rendidos, bañarnos sin temor e incluso aprender a nadar porque eran poco profundas. Nos aseguraron que era un lugar ideal para viajar en familia si buscábamos tranquilidad y alquilamos una bonita casa con un huerto de naranjos frente al mar. Era agosto y Alejandro cumplía cuatro años, el pequeño Carlos tenía cuatro meses. Durante una de las veladas serenas en el porche de aquella casa blanca bañada por el sol y la brisa del Mediterráneo, cuando los niños dormían, Víctor volvió a recordarme que le gustaría tener una familia numerosa.

- Ya estás recuperada, y además eres una excelente madre, se te dan bien los niños. Es momento de plantearnos tener más hijos, quizá una niña con ojos verdes como tú ¿no me digas que no te hace ilusión?

- ¿Quién te asegura que no sería otro niño? Alejandro y Carlos están bien ¿para qué arriesgarse? Además son muy pequeños.

- La vida es un riesgo, cariño y pero yo soy un hombre emprendedor, no debes temer nada, has tenido una salud estupenda durante el embarazo, no has tenido problemas en el parto, y los niños, como bien dices, tienen buena salud y tú también ¿Qué temes? Nosotros no tenemos problemas económicos. Si te preocupa el espacio podríamos dejar la ciudad y buscar una casa tranquila en las afueras de Madrid, en la sierra hay ahora urbanizaciones preciosas con todos los servicios de la ciudad, casas independientes con jardín para que los niños jueguen y crezcan sanos. Y una piscina, si quieres y rosas blancas, muchas rosas blancas como a ti te gustan en el jardín.- Me ronroneaba al oído masajeadome la espalda- Confía en mí. España necesita aumentar la población y a nosotros nos salen muy bien... ¿qué me dices? ¿No quieres una niña? - preguntaba besándome en el cuello y acariciándome el pecho.

- Bueno, ya veremos, no te precipites... recuerda que tardamos mucho con Alejandro.

- Mi chica miedosa y llorona, siempre me ha encantado tu lado asustadizo. Para eso estoy yo aquí... hazme feliz, es todo lo que te pido.-insistía acariciando mis labios con su lengua ardiente y húmeda.- Intentemos buscar una hermanita para Alejandro y Carlos, me gusta la idea de tener una gran familia aunque no hay prisa... tómate tu tiempo.

Todas mis estrategias resultaron inútiles. Víctor era un gran seductor, sabía la forma de hacer caer una tras otra todas las barreras que colocaba por el camino. Por otro lado era atento y adorable con los niños y tan tierno conmigo que me parecía vivir en un de aquellos cuento infantiles donde todos eran felices, excepto que se había instalado entre nosotros la sombra de la mentira y ésta de ser descubierta acabaría por destruirnos como el hechizo de una bruja malvada.

Una de aquellas calurosas mañanas de agosto ya cerca de mediodía advertí que necesitaba fruta fresca para los niños y envié a Víctor al pueblo con la esperanza de que los vendedores no hubiesen recogido el género. Al regresar traje algo más melocotones y sandías.

Hacía mucho calor, yo andaba descalza por casa vestida solo con un bañador estampado y un gran pañuelo a juego atado a la cadera, caminaba por el pasillo con Carlos en brazos y Alejandro cogido de una punta del pañuelo que me hacía de falda cuando entré escuché abrirse la puerta y entré en el comedor y los encontré allí, Víctor y Sergio juntos. Me dio un salto el corazón, casi dejó caer a Carlos.

Víctor, alegre y muy seguro de sí mismo, explicó que lo había encontrado deambulando por el mercado entre los puestos de fruta y que lo había invitado a pasar por casa.



- ¿No te parece curioso, con tanta gente que hay en el mundo y tenía que encontrarme aquí con un madrileño empleado de la aseguradora, y no a cualquiera, precisamente a Sergio que había sido amigo tuyo, verdad Rocío?

- Sí, de eso hace algunos años.- contesté con poco entusiasmo pensando que Víctor acababa de convertirse en la serpiente bíblica, cómo era posible que a un marido se le ocurra mostrar la tentación en forma de un ex novio después de insistir en la familia numerosa. De nuevo me asaltó la voz de la mala conciencia, me dije que tenía prejuicios por mi experiencia previa de la cual yo era la única responsable y no mi marido ignoraba mis infidelidades.

- Unos seis años.

- Y lo mejor, Sergio tiene alquilado un piso en el paseo y los he invitado esta noche a cenar. En el paseo hay restaurantes que hacen muy buenas paellas.

- Buena idea, nos vemos a las nueve.- dije temerosa de abrir las puertas al demonio.

Fue una noche infernal. Sergio y Lidia sólo tenían una niña de cinco años y no se ponían de acuerdo para tener el segundo. Lidia no quería esperar más a Sergio, en cambio, no le entusiasmaba la idea aunque tampoco se negaba abiertamente. Mi marido que llevaba días dándole vueltas al tema dijo que las dos parejas vivíamos en la situación similar, él deseaba tener una familia numerosa mientras que yo quería plantarme con dos niños.

- Si cada uno de nosotros mantiene su postura y no quiere ceder va a ser mejor que cambiemos las parejas, vosotros dos tengáis el bebé y nosotros nos quedemos como estamos.- dijo Sergio señalándome con el índice visiblemente incómodo con una conversación tan íntima.

- A mí no me metáis en vuestros líos- protesté.

- Comprendo que Rocío no se anime, Charlitos solo tiene cuatro meses y ya tenéis dos, así es difícil pensar en comenzar de nuevo pero nosotros solo tenemos una niña y Sergio ya sabe que no me gustan los hijos únicos ni quiero tenerlo cuando sea muy mayor y ya no pueda.

- ¡Qué exagerada! Solo te he dicho que no me metas prisa, si me estresas nos quedaremos con una hija única.

- ¿Has visto Rocío? Por eso yo no quiero saber cuándo, me basta con saber que estamos en la labor y ya llegará.- puntualizó Víctor tomándome por la cintura y atrayéndome hacia él para besarme en los labios.

- ¿Qué os pasa con el estrés?- preguntó Lidia.

- Que Rocío se preocupa por pequeñeces... se queja de que tardamos tres años con Alejandro, en cambio, con Carlos un suspiro y por eso quiero convencerla para que tengamos más hijos... dos más por lo menos.

- Tengo una idea Rocío... podríamos ponernos de acuerdo para hacer coincidir las fechas de los embarazos, sería mejor para nosotras porque podemos compartir nuestras experiencias y los niños se criarían juntos niños y como ya nos conocemos todo sería más sencillo ¿qué me dices?

- Di que sí Rocío- insistió Víctor.

- Tú también Sergio, ánimo.

Nos dejamos llevar por la insistencia de nuestras parejas pero yo tenía la incómoda sensación de que cometía un error y yo ya contaba varios en mi cuenta personal. Lo irónico de la situación es que los dos que insistían, sin sospecharlo, nos estaban echando uno en brazos del otro.

Al finalizar las vacaciones habíamos estrechado nuestra amistad partir de ese día las dos familias nos hicimos íntimas, hecho que propiciaba los encuentros frecuentes, así que a nadie extrañaba encontrar a nuestros amigos tomando un refresco en nuestra casa, en cualquier momento del día o a nosotros en la suya. Solo existía una diferencia considerable en proporción de diez a uno y es que Lidia se acostumbró a dejar a su hija en casa por las

mañanas y se iba a trabajar, yo la llevaba a un colegio del barrio donde la habían matriculado y la recogía por la tarde. A Víctor le gustó la idea de Lidia y aceptó. Los primeros días ella la traía pero cuando la niña se acostumbró encargó este trabajo a Sergio porque le quedaba de camino y ella se desentendió de la tarea.

Una tarde, cuando vino Sergio por su hija le pregunté que pensaba del pacto que hicimos con nuestras parejas en verano. Sergio se desmoronó, se sentía agobiado por la presión de Lidia y encontré en mí un paño de lágrimas, pronto volvimos a ser los amigos inseparables de antaño y eso me llevó a proponerle un plan descabellado.

Hacía tiempo que me rondaba la mosca en la oreja. Mi marido que tan amante era de las familias numerosas posiblemente tuviese algún problema de fertilidad, yo no me quedaba embarazada manteniendo relaciones sexuales con él, en cambio con Alejandro había sido suficiente un par de meses de citas esporádicas y con Carlos una sola vez. Cierta es que durante ese intervalo también mantenía relaciones con Víctor pero a mí, pese a la opinión de los médicos, de los psicólogos y hasta de los curas, se me había metido en la cabeza que ninguno de mis hijos eran suyos porque una mujer nota ese tipo de cosas aunque ningún hombre del mundo lo entienda culto o analfabeto. Cada día estaba más convencida de ello y si estaba en lo cierto solo tenía tres opciones, la primera intentar convencerlo de que dos hijos eran suficientes para nosotros. La segunda explicárselo todo a mi marido y que borrara mis sospechas posibilidad pasaba por consultar un especialista para comprobar que era fértil pero si no era así Víctor loco de celos y de rabia, desquiciado por la noticia nos abandonaría a nuestra suerte, o lo más probable me repudiaría a mí y perdería a los niños. La última opción era mantener el engaño y aun peor, continuarlo, eso me conducía al camino de la locura por haber actuado de forma poco reflexiva en el pasado conduciéndome a la ruina actual si no actuaba con mucha discreción. Proteger la felicidad de nuestra frágil familia me obligaría a vivir con la espada de Damocles perpetuamente sobre mi cabeza. Cobardemente decidí aceptar esa opción y ser discreta.

Venci como pude el pudor pues poco sentido tenía mantenerlo ante la encerrona a la que la vida me sometía, y llegados a ciertos extremos saltas sobre tus escrúpulos usándolos de trampolín. Un día armándome de valor le propuse a Sergio que se convirtiera en mi amante ocasional, solo hasta que me quedase embarazada.

No entendió la razón de aquella propuesta tan alejada de la pasión, del romanticismo y de las convenciones sociales con que me identificaba por lo, para humillación mía, no tuve más remedio que explicarle desde el principio toda la historia. Me escuchó en silencio, evitando mirarme a los ojos avergonzado, cuando finalicé y le pedí de nuevo su colaboración Sergio, algo más que perplejo, se negó con el miedo pintado en la cara. Me dijo con mucha razón que si yo temía ser abandonada en caso de que Víctor descubriera la verdadera filiación de sus hijos él perdería más, a Lidia, a su hija y el trabajo y quien sabe si la propia vida porque los celos pueden provocar reacciones muy violentas y Víctor podía ser un tipo muy retorcido y desagradable sin apenas darle motivos. Yo no confirmaba su última afirmación, producto pensé del miedo. Conmigo siempre había sido encantador pero yo no conocía todas sus caras.

Aquella tarde se fue sin decir nada más y durante los días siguientes dejaba a la niña en el recibidor sin atreverse él a cruzar el umbral y se iba cabizbajo y en silencio. Habían pasado varias semanas desde aquella conversación en las cuales no habíamos vuelto a hablar del tema, apenas cruzábamos un saludo pero nuestras respectivas familias no habían advertido el cambio.

Eran los primeros días de un mes de junio sofocante, regresaba a casa después de dejar en el colegio a Alejandro y Carolina, iba sudando en el coche con las ventanillas bajadas pensando en la posibilidad de pedirle a Víctor uno de esos coches extranjeros con aire acondicionado por eso en cuando entré en casa solté el bolso y las llaves y me decidí a registrar el armario en busca de un biquini y salí a la piscina mientras Carlos dormía. Sería mediodía cuando escuché el timbre de la puerta, la asistenta ya se había marchado, me extrañó la hora y que Víctor no usara su llave pero salí a abrir en biquini, con un sombrero de paja, gafas de sol y descalza convencida de que a esa hora solo podía ser él. Al abrir me encontré con Sergio que sin saludar me empujó al interior cerrando la puerta tras él.

- ¿Has cambiado de idea?- me preguntó sujetándome contra la pared y acercándose a mi cara para obligarme a mirarle a los ojos.

- No.- le contesté sintiendo su aliento en mi cuello atrapada entre sus muslos un poco abiertos que me proyectaban hacia atrás sintiendo el peso de su cuerpo sobre mí y sus manos acariciando mis brazos desnudos.

Su respuesta fue un largo y profundo beso que nos hizo rodar por el frío suelo de mármol que acogimos como el mejor colchón de plumas. Sus citas a partir de aquella mañana eran así urgentes y bruscas, apasionadamente tórridas e imprevisibles. En la segunda cita supe que venía a verme cada vez que se peleaba con Lidia y cuando había volcado sobre mí su furia sexual regresaba manso con ella. A mí no me importaba mucho porque bien mirado así era mejor para todos, su actitud ruda y primitiva eran el antídoto ideal para no establecer vínculos afectivos con él y acabada su labor de semental desaparecería de mi vida sin dejar huellas como sucedió con Alejandro y Carlos.

Si de algo me había servido ser infiel con mis ex novios era para asegurarme de que, en contra de lo que creía

tiempo atrás, ninguno de ellos me había querido realmente y aunque seguía existido una fuerte atracción sexual entre nosotros una relación de pareja hubiese sido breve y desastrosa con cualquiera de ellos.

Los encuentros con Sergio continuaron en la misma línea hasta que anuncié durante la festividad de la Virgen de agosto que estaba de nuevo embarazada y que el ginecólogo me había asegurado que el feto estaba bien y no corría peligro. La noticia de la paternidad tuvo un sorprendente efecto sobre Sergio que decidió ceder ante Lidia. Decidimos llamar Sergio a nuestro hijo con el regocijo de Lidia y su marido que aseguraron que a su hijo lo llamarían Víctor si era niño y Rocío si era niña. Sergio nació en marzo y Rocío en agosto. Las dos parejas mantuvimos buenas relaciones hasta que ellos decidieron irse de Madrid aconsejados por los médicos al descubrir asma en Rocío. Víctor le ofreció la dirección de una oficina en Ávila donde Lidia tenía a sus padres y Sergio aceptó inmediatamente.

Para entonces pensaba que Víctor había abandonado sus ideas de aumentar la familia pero en otoño cuando Sergio tenía solo dieciocho meses comenzó de nuevo su peculiar batalla. A mí no me quedaban ganas de discutir, me sentía desfallecer al pensar en comenzar de nuevo a tejer una serie de excusas pero tampoco podía aceptar, la sola idea me producía náuseas. Esa locura tenía que acabar, pero no lo hizo.

Un día me llamó Víctor desde la oficina para decirme que a Diego, que en esa época era el Jefe del Departamento de Riesgo, se le había muerto su mujer en un accidente de coche. Bajaba de su casa en la sierra con las carreteras heladas, una temeridad, y en una pendiente debió perder los frenos, según opinión de la guardia civil, y fue a parar bajo un trailer.

Tras el fallecimiento Diego sufrió una depresión. Se sintió muy solo sin padres ni suegros que pudieran ayudarlo, tampoco hermanos ni cuñados porque ambos eran hijos únicos y se sentía perdido. Víctor no quería perder a uno de los mejores hombres de su empresa e intentó ayudarlo consiguiendo plaza para su hijo en el mismo colegio que los nuestros hijos, para él sería una liberación saber que podía dejarlos con alguien de confianza cuando estuviese enfermo o el niño tuviera vacaciones escolares.

Me negué e incluso me peleé con Víctor pero de nada me sirvió. Le intenté explicar que no era bueno para el niño sacarlo de su entorno habitual y privarlo de sus amigos en un momento de su vida que necesitaba consuelo y seguridad. Existía la posibilidad de buscar una interina fija, si no la tenían ya, que se ocupara del niño en ausencia del padre y en esa labor sí podía echarle una mano si se encontraba perdido pero no logré persuadirle. Mi marido estaba convencido de que su solución era la mejor, estaba empeñado en que lo aceptáramos como uno más de la familia y a mí tantas coincidencias con la familia de Sergio me tenían en un no vivir. Intenté razonar con él diciéndole que era mejor que se adaptara él solo a la nueva situación, nosotros podíamos ayudarlo a encontrar una interina de confianza pero no tuve éxito y eso me hacía temblar.

El hombre que acudía a mi casa no tenía nada en común con el que había conocido, solo restaba de él es aspecto físico, e incluso en eso se le apreciaba un grave deterioro. Era un hombre ojoso, de piel macilenta y mirada perdida, silencioso cuando fue un joven simpático, emprendedor y muy seguro de sí mismo.

Me desagradó mucho la idea de tener bajo mi techo a otro de mis ex novios, y está vez viudo, pero Víctor debía conocerme más que yo misma porque aunque me opuse lo cierto es que al ver su aspecto desvalido me olvidé de mis miedos y me concentré en aliviar su mal como en la parábola del buen samaritano. Ya no pensé más lo inadecuado que resultaba que mi marido insistiera siempre en ayudar a aquellos hombres que años atrás habían sido sus rivales y se obstinara en pasearlos descaradamente ante mí. Tal vez se trataba de un complejo de culpa del que no se podía liberar por inmiscuirse entre ellos y yo cuando éramos novios y buscaba la manera de quedar en paz consigo mismo o tal vez circulaban por su mente dudas y se trataba de una prueba a la que me sometía una y otra vez para asegurarse que él era el mejor de los cinco, sin embargo esta opción era impropia de un hombre tan seguro de sí mismo como era Víctor.

Diego acostumbraba a alargar las sobremesas cuando estábamos solos que eran la mayoría de las veces, de esa manera comencé a recordar sus costumbres y gustos. En poco tiempo variamos el menú y nos habituamos a los suflés y a cocinar con crema de leche y a incluir cremosos quesos como postre.

La recuperación de Diego fue lenta. Los primeros signos de mejoría se produjeron a las pocas semanas, al ver como su hijo regresaba alegre del colegio con los míos. Su adaptación a la nueva escuela fue rápida y exitosa gracias a que el pequeño era despierto y optimista, a que iba a la misma clase que Alejandro y compartían pupitre. Diego acostumbraba a sentarse en un sillón del salón simulando leer el periódico pero sin quitar ojo a su hijo, sus muestras de felicidad fueron el mejor bálsamo para él y un imán que le hacía abandonar la lectura para jugar con los niños como un crío más.

Pasó el invierno aletargado con esporádicas muestras de recuperación pero los primeros signos de normalidad surgieron en la primavera de mano de los niños. Éstos, cansados del aire viciado de humo de los cigarrillos de Diego,

insistían en salir a jugar al jardín bajo el sol tierno de marzo. Sus risas, el sol y el aire limpio hicieron el resto. Por primera vez en cinco meses era capaz de iniciar una conversación, de hacer proyectos de ocio o de improvisar un chiste.

Una mañana de primavera, hará casi cuarenta años, Diego me llamó desde la oficina para invitarme a comer en un restaurante nuevo que había abierto en el centro. Le dije que no tenía por qué tomarse la molestia e insistió diciendo que era un detalle de agradecimiento. Cedí. Aquella semana Víctor estaba en un congreso en Londres por lo que no tenía más obligaciones que atender a los niños y a Diego. La cita era a las dos. Llegué puntual y allí estaba esperando mientras tomaba un vermú. Apenas me acomodé me obsequió con un regalo.

- ¿Qué es esto?

- Ábrelo y lo verás.

- Anillos para una dama, qué bueno ¿cómo sabías que me gustaba este libro?

- ¿Crees que no te escucho hablar con tus amigas? Sé que te entusiasmó la representación, ahora podrás releerla tantas veces como quieras.

- Gracias, eres un sol.

- Es un detalle de agradecimiento por lo que haces por mi hijo y por mí.

- No es nada.

- Me he metido en vuestras vidas, ya es hora de que intente dar mis primeros pasos solo como, Minaya, el protagonista.

- Esa es solo una posible lectura. Minaya lo que realmente quiere es el amor de Jimena.

- Y ella está atrapada por sus dudas y por el ambiente enrarecido y además controlada por el rey Alfonso y el obispo.

- Difícil época para una mujer con carácter.

Después de comer paseamos por el Retiro, que estaba a pocos metros del restaurante y como por descuido Diego me cogió de la mano pero no intenté retirarla. Nos sentamos en un banco a la sombra, resguardado un poco de las miradas y me dijo:

- Me gustaría ser tu Minaya.

- Mi esposo está vivo y esto no es la ficción sino la vida real.

- A mí no me importa si no te importa a ti.- me dijo rodeándome con sus brazos.

Me levanté y comencé a caminar hacia la salida del parque, Diego me siguió y cogiéndome cariñosamente por la cintura me dijo:

- ¿Vamos a casa?

- Sí, voy a mi casa.

- Tú mandas.

Mientras conducía sonaba en el radiocasete una selección de música italiana que iba canturreando “La piu bella del

mondo" y otras canciones populares por ganar en el Festival de San Remo "Lo che amo solo te" de Gigliola Cinquetti, y "Gli amanti" pero cuando sonó "Scusa se ti amo" me uní a él, primero bajito, con un poco de timidez, nos hizo reír escucharnos cantar y rebobinó la cinta para cantarlas de nuevo esta vez a voz en grito, riendo de nuestras voces atronadoras, borrachos de sentimentalismo.

Entramos en casa cantando y bailando al ritmo de la música, atravesando el vestíbulo en dirección al salón donde rendida me dejé caer sobre un sillón y me saqué los zapatos. En pocos segundos Diego no solo se había quitado los zapatos y los calcetines, sino que se había desnudado y luchaba con los botones de mi blusa mientras me cubría de besos. La efervescencia romántica nos apenas duró tres semanas, justo hasta el instante en que noté un retraso en la menstruación. No esperé ni un día y acudí a la consulta de mi ginecólogo que me confirmó el nuevo embarazo.

Diego nos felicitó por la nueva criatura que estaba en camino pero en privado me dijo que el bebé no cambiaba nada para él, podía hacerse cargo de todos, de nosotros cinco y del bebé o ser mi amante para el resto de la vida, estaba abierto a cualquier opción que le incluyese. Me cogió desprevenida, esperaba que Diego desapareciera sin mirar atrás como los tres anteriores. Me negué, quizá por miedo, quizá por pereza o quizá estaba perdiendo la cordura porque a dónde podía conducirme la existencia de cuatro amantes sino a romper mi matrimonio, o el miedo atroz a que Víctor que descubriera el primer desliz me había convertido en una farsante que tapaba una mentira con otra.

Pero en esta ocasión no me iba a librar de Diego con facilidad, se mantuvo firme visitándome asiduamente durante todo el embarazo, esperando pacientemente a que cambiase de opinión, preocupándose en mantenerme cuidada y contenta sin que volviesen a producirse nuevos encuentros sexuales pero colmándome de cariño y atenciones.

Víctor esperaba con ilusión una niña deseando que esta cuarta vez acertáramos pero fue otro varón al que pusimos el nombre de Diego por petición de mi marido que afirmó que de esa manera siempre recordaríamos la época en que fué nuestro invitado. Él, como muestra de agradecimiento, se ofreció a ser el padrino del pequeño y Víctor aceptó entusiasmado diciendo que de esa manera seríamos familia para siempre.

De mis cuatro amantes el único que llegó a quererme fue Diego llevado tal vez por el vacío en su vida y la necesidad de rehacerla. Para el resto solo fui un encuentro fortuito, habitual durante aquellos años en que muy a pesar de la Iglesia de liberación sexual había llegado también a nuestras tierras, de lo cual no me quejo, me dio cuatro hijos hermosos, plantearme la filiación de cada uno de ellos es algo que me niego a volver a vivir, sé que ese pesar me lo he buscado yo sola sin embargo la realidad es que están aquí independientemente del cómo y formamos una familia bajo el sello patriarcal de Víctor.

Mi marido nunca mencionó la coincidencia de fechas entre mis embarazos y las reapariciones de mis ex novios y yo acabé por olvidarlo todo pensando que mis escauceos sexuales no eran más que una muestra minúscula e insignificante en la revolución sexual de aquella década. En cuanto a la obsesión por la niña afortunadamente cesó. Después del nacimiento del Diego me dijo Víctor que ya no me pediría más hijos, a no ser que yo los deseara. Fue el regalo más bonito que me hizo en todos estos años de matrimonio porque la tranquilidad se instaló por fin en mi vida.

Una semana después del bautizo Diego y su hijo regresaron a su casa que estaba de la nuestra menos de un kilómetro y como su hijo continuaba asistiendo al mismo colegio de los nuestros nos lo encontrábamos con frecuencia en las reuniones de padres, en los cumpleaños de los niños y en las celebraciones escolares.

Diego nunca se casó y yo no le conocí ninguna pareja. Muchos años después, cuando los chicos ya estaban en la universidad, si me encontraba a solas aún me canturreaba al oído las estrofas de Gianni Bella "Si de amor ya no se muere algo en mí se morirá"

## Decisiones

Cuando Diego llegó a casa con un ramo de rosas blancas el veintidós de junio de mil novecientos ochenta y uno pensé que cometía un error, jamás imaginé que la equivocada era yo.

- ¿Qué significa esto? No tengo nada especial que celebrar, no es mi cumpleaños ni mi santo.- le dije tomando el ramo y aspirando el aroma de las rosas al tiempo que invitaba Diego a entrar con un gesto.

- Lo sé, ¿no sigues las noticias? han aprobado el divorcio, puedes dejar a Víctor.

- ¿Diecisiete rosas? ¿por qué?

- Tú mejor que nadie debería saberlo...una por año.

Desde el día que Diego entró en casa invitado por Víctor para que le ayudásemos a superar la muerte de su esposa no se había separado de mí, la excusa socialmente correcta era nuestros hijos, ellos compartían clases y yo le ayudaba como madrina del niño. En realidad jamás se había bautizado su hijo pero era una manera pulcra y rápida de atender las necesidades escolares del pequeño cuando su padre no podía hacerlo por sus compromisos sociales, a mí me costaba muy poco hablar con los maestros porque me ocupaba personalmente de mis hijos y de esta forma no creábamos alarma social.

Diego había establecido una relación de dependencia hacia mí a la que él llamaba amor y periódicamente insistía con la torpeza de un adolescente seguro de que tarde o temprano aceptaría su oferta de dejar mi vida atrás para huir con él no se sabía donde. Francamente, tenía muchos años para creer en esa clase de romances, aunque me halagaba seguir teniendo admiradores que resurgieran como las golondrinas o las moscas para hablarme al oído, por qué a quién no le sube el ánimo algo así. Esa sería una de sus nuevas cargas de fondo pensé, pero esta vez venía acompañado de artillería pesada. Dieciséis son muchos años para esperar y Diego los había esperado convencido de que aquella ley lo cambiaría todo, me liberaría de un marido que no había resultado ser como esperaba aunque socialmente pareciese el perfecto esposo y padre. Algo se le había pasado por alto en la ecuación.

El divorcio era un largo camino que andaría sola sin mis hijos y eso era para mí inaceptable. Conocía bien a Víctor y no me dejaría ir sin hacerme sufrir mucho y sin ellos, pero lo peor es que conocerían una faceta mía de la que no estaba orgullosa. Buscaría los mejores abogados y detectives para encontrar cualquier cosa que le diera una ventaja sobre mí... y lo tenía tan fácil. Me preocupaba que averiguase mis aventuras pero me aterraba que pudiera sospechar de su paternidad. Si había convivido armoniosamente diecisiete años sin problemas me veía capaz de triplicar la cifra a cambio de la seguridad de mis hijos, por qué debían renunciar a la fortuna, la influencia y la posición de les daba Víctor fuese o no su padre biológico.

También yo había pensado mucho durante aquellos años y en mis variables Diego tenía un lugar.

- Siéntate, tenemos que aclarar esto de una vez.- le dije señalando el sofá del salón ¿quieres una copa de brandy?- pregunté mientras colocaba las rosas en un jarrón de cristal tallado.

- ¿La voy a necesitar? ¿piensas echarme a la calle?- preguntaba muy nervioso.

- Verás... pensaba en un plan alternativo.

- ¿Alternativo al matrimonio o al divorcio?

- A ambos Diego, podríamos ser solo amantes.

- ¿Amantes? No entiendo nada... Ya tuvimos esa experiencia y la odiabas. ¿Te da miedo el divorcio?

- Bueno, los chicos pasan fuera de casa muchas horas y Víctor viaja con frecuencia, sería sencillo encontrar espacio para nosotros pero sin compromisos, tomando precauciones nadie saldría malparado. Temo la reacción de mi marido si te enfrentas a él, cuando te conviertes en un obstáculo es implacable, acabaría contigo, no te aceptarían ni de basurero y a mí me quitaría los niños. No quiero correr ese riesgo.

- ¿Y el amor y la felicidad?

- Tengo un plan pero necesito tu ayuda. Lo que más teme Víctor son los escándalos y eso se lo puedo proporcionar. He estado escribiendo las memorias eróticas de un empresario vovyer , su mujer y sus amantes ¿Conservas tus contactos en la editorial?

- ¿Te has vuelto loca?

- Se publicaría con pseudónimos y compromiso de confidencialidad con la editorial, serían cuatro libros...un bombazo. El dinero lo podría ingresar en una cuenta en Andorra totalmente fuera de su alcance, no tendría forma de relacionarme con esos libros pero sería nuestra garantía y la mis hijos por si tuviéramos problemas en el futuro, depositaría ante un notario una declaración jurada de mi autoría junto a los manuscritos. ¿Qué me dices, me ayudarás?

- Había pensado en algo más sencillo.

- Pero estoy casada con un hombre que no lo es y soy responsable de mis hijos ¿qué me dices entonces?

- Será como tú quieras.

Las memorias que pretendían ser solo un seguro frente a Víctor causaron furor, la crítica y los lectores hicieron de ellas el ejemplo de la liberación sexual femenina y sus protagonistas pasearon sus aventuras por Europa y América y eso se tradujo en una impresionante cuenta bancaria. Dos semanas antes de mis bodas de oro llamé a Sergio para ponerle al corriente de mi éxito editorial. Me hacía mayor y la prudencia pedía que confiase en mis hijos, no necesitaban saber todos los detalles pero si la existencia de la cuenta bancaria y de unas memorias espectaculares depositadas ante notario.

## Confidencias

En ocasiones somos nuestros propios verdugos con acciones que emprendemos irreflexivamente y que condicionaran el resto de nuestra existencia y el de las personas que nos rodean.

Durante mi juventud, plétórico de energía y arrogancia era propenso a vivir aventuras desmedidas cuyos recuerdos me han acompañado a lo largo de la vida con añoranza pero sobre todo con pesar. Era entonces propenso a las exhibiciones donde el sexo y la frivolidad iban de la mano porque creía que la juventud y mi inteligencia me inmunizaban de cualquier efecto adverso.

Cuando era un joven universitario viví una temporada libremente en París alejado del olor de cirios y almidón de mi país, pensaba que tenía mi vida controlada pero el resto de ella la dediqué a controlar y manipular a las personas que me rodeaban para ocultar los excesos que hice aquellos años.

Fui a París con la intención de perfeccionar mi francés y estudiar en La Sorbona Estadística y Análisis de Riesgos, especialidad que no se cursaba en España pero descubrí un mundo que me dejó fascinado. Allí viví los frenéticos acontecimientos de la década de los sesenta, mis compañeros estaban tomando conciencia del poder de transformación política y social a través de una revolución cultural que por primera vez en la historia tenían en sus manos. La sensación de dominio y el frenesí de los acontecimientos eran similares a conducir alocadamente contra dirección creando una fuerte adicción al poder y a las situaciones extremas y yo, deslumbrado por aquellos acontecimientos tan extremadamente opuestos al ambiente general de España me dejé seducir. En La Sorbona y en otras universidades europeas, se estaba gestando la semilla renovadora que abriría sus pétalos con toda su esplendor en mayo del sesenta y ocho pero para entonces ya había regresado a España y estaba casado y era un orgulloso padre de familia a pesar de un contratiempo cuyas consecuencias arrastré en silencio el resto de mi vida.

En mi época de universitario parisino aprendí a convivir con el marxismo que desbordaba las páginas de crítica literaria de Georg Lukács, con el existencialismo de Sartre y su lucha desde el partido comunista francés junto a su compañera Simone de Beauvoir, con el estructuralismo y el anarquismo, con el socialismo liberario de Noam Chomsky, o con la crítica despiadada del espíritu burgués y acomodaticio que cultivaba Eugène Ionesco en el teatro del absurdo, pero de todas aquellas lecciones poco aprendí.

Para un español de la época vivir en el núcleo del huracán cultural que se avecinaba era como aterrizar en Marte en lugar de apearse en la estación de Atocha, la estación de Francia o Santa Justa. Una de las novedades más importantes para un español acostumbrado a aceptar la autoridad como único modelo político, social y educativo era la revolución del constructivismo, los estudiantes cuestionábamos a nuestros profesores abiertamente sin que ello supusiera represalias, al contrario, era el método de estudio tan apreciado como en otras épocas la escolástica, el socratismo o el experimentalismo, todo era material de estudio y cualquier lugar era apto para ese fin, en realidad aprendíamos más fuera de las aulas que en su interior sin detrimento de nuestros resultados académicos. Las obras de los intelectuales en boga pasaban de mano en mano entre los alumnos porque no formaban parte de los programas oficiales y sin embargo cambiaron para siempre la vida de mi generación.

Aprendí algunas cosas básicas que nunca olvidaría: comprobar por mí mismo cualquier teoría antes de aceptarla, cuestionar siempre las normas pero guardándome las opiniones para mí, no dar nada por válido si no lo era para mí mismo, reconocer el potencial de la clase obrera mucha de origen rural que era la mano de obra en todas las ciudades europeas, mientras que valoraba la capacidad de las clases medias que debidamente incentivadas serían los futuros ejecutivos, directores generales y políticos surgidos del corazón revolucionario de mi generación.

En aquellos años me dediqué plenamente a descubrir la vitalidad, la espontaneidad y la libertad sexual de la que carecíamos en España, que dicho sea de paso es lo que más atraía a cualquier joven, y por descontado, yo no era ninguna excepción. Pasado el tiempo no puedo recordar la cara de ninguna de las chicas, la mayoría compañeras de universidad aunque también se nos unían amigas o hermanas de compañeras o simplemente chicas que conocíamos en una asamblea universitaria. La liberación sexual era un concepto muy extendido y yo me esforcé en ser un alumno adelantado en esta materia por lo que no era extraño amanecer con dos o tres desconocidos en la cama con independencia de su sexo en un revoltijo humano.

Algo sin embargo falló en mis planes. Me lancé a la marea humana de sexo y sudor sin tomar las más mínimas precauciones llevado por mi arrogancia masculina y por mi ignorancia de español apostólico y cristiano. No podía esperarse de mi formación sexual que estuviese al día en temas de prevención porque todo cuanto lo rodeaba era tabú y por supuesto pecado mortal. Tampoco pude obtener ayuda previa en estos temas de mi familia y amigos ya que eran conservadores y católicos a ultranza como correspondía a la oligarquía vencedora. Y ese desconocimiento fue un error imperdonable del cual soy el único responsable por no destinar ni un minuto a formarme en la materia a la que dedicaba la mayor parte de mis energías, a nadie en su sano juicio se le ocurre lanzarse al mar desde un acantilado si no sabe nadar pero eso fue lo que yo hice y las consecuencias fueron desastrosas.



La educación conservadora y cristiana que me habían inculcado me habría dicho que era mi justo castigo por mi lujuria pecaminosa pero yo en aquellos días estaba inmerso en ambientes intelectuales, a salvo creía yo de juicios morales. Solo comencé a preocuparme después de meses con molestias al orinar, hasta ese punto era ingenuo. Por entonces pensaba que la juventud era algo así como un escudo mágico que te hacía inmune a todo mal y por descontado yo formaba parte de la generación más sabia de las últimas centurias en mi país y acabábamos de salir triunfantes de la guerra, ¿qué daño podía esperar? Vivía en plena resaca de poder, sexo y cultura que me otorgaba autoridad sin límite y me receté a mí mismo dos litros de agua al día imaginando que sería alguna infección renal debido a mi desarreglo alimentario, no le di más importancia hasta que comencé a sentir una quemazón en los genitales imposible de ignorar y algunas décimas de fiebre. Fueron mis compañeros de piso los que me alertaron pues yo continuaba con mis aventuras sexuales sin el menor escrúpulo. Cuando por fin acudí a un médico me dijo que había esperado mucho para hacer la consulta, sin embargo intentaría combatir la enfermedad con antibióticos. Acabé el último curso de Facultad entre medicinas, molestias y más sexo loco. Antes de regresar a España el médico me mandó hacer unas pruebas en vista de que mi enfermedad no evolucionaba adecuadamente, el resultado indicaba sin dudas que tal como me dijo en la primera consulta había esperado demasiado, las consecuencias, la esterilidad.

Regresé a España con mi título bajo el brazo y el firme propósito de no revelar jamás mi secreto, además de finalizar para siempre con las aventuras sexuales inaceptables entre la gente de mi posición. En Madrid me esperaba mi familia orgullosa de tener un hijo con una licenciatura europea y mi tío materno, soltero y sin descendencia, me ofreció un empleo en su empresa para que llevase a la práctica mis conocimientos.

Me inicié en la empresa, sin embargo, no como analista sino como único miembro del equipo de desarrollo tecnológico. Durante los dos últimos años de carrera había compartido piso con un estudiante de ingeniería electrónica y otro de telecomunicaciones que tenían la casa llena de cables, luces y micrófonos. Allí fue donde comencé a gestar la idea de las cámaras de seguridad y entre los tres diseñamos un prototipo que utilizábamos como portero automático para evitar problemas con los vecinos y con la policía y lo más importante, con el casero. Cuando organizábamos fiestas en el apartamento, cosa que sucedía como mínimo dos veces por semana nos servía para evitar sorpresas indeseadas.

Mi tío que tenía una fe ciega en mí me concedió un despacho con un trastero adjunto dándome permiso para desarrollar el nuevo prototipo que se aplicaría a las empresas como elemento de seguridad y además me concedió un presupuesto ilimitado porque el proyecto contaba con subvenciones gubernamentales.

Llevaba un mes en la empresa cuando una mañana me llamaron del departamento de personal para que sustituyese a su titular. Así conocí a Rocío y al verla tuve la certeza de que no podía dejarla escapar, así de impactante fue el flechazo. Recordé una de nuestras consignas estudiantiles: "queremos el mundo y lo queremos ahora" y lo adapté a la situación sin tino ni cautela. Rocío, que lógicamente no estaba hecha a los modos ni al léxico libertario que utilizaba en París, salió huyendo y jurando que sería el último hombre del mundo en el que pensara.

Desde aquel momento mi vida tuvo una única finalidad, obtener el amor de Rocío por cualquier medio y las cámaras de vigilancias se convirtieron en mis aliadas. Me las ingenié para que el departamento de personal se pusiera en contacto con ella y la contratase. Después seguí sus pasos sin descanso interponiéndome en todas sus relaciones afectivas, que por fortuna para mí se limitaron al ámbito del Edificio Cristal, el cual tenía totalmente vigilado con la ayuda de los conserjes que colaboraban conmigo, coaccionarlos me resultó entretenido y muy útil para mi futuro profesional en el cual tendría que manipular voluntades contrarias para volverlas a mi favor y para que además fuesen mis más fervientes defensores.

Estaba a punto de enloquecer con el proyecto de conquista de Rocío en el que llevaba embarcado dos años cuando Sergio se cruzó en el camino de Rocío, pero yo, que había observado a las masas de trabajadores en París, sabía que él, procedente de la clase media ávida de emular a sus dirigentes tenía un precio como sus tres antecesores. Quizás Sergio la quería más que los otros pretendientes, quizás no tenía en tan alta estima el poder y el dinero, la cuestión fue que tuve que involucrarme a fondo para obtener la victoria final impidiendo que llegara a la cita más importante de su vida en la que le pediría matrimonio que sin duda ella aceptaría.

Por fin, un día de primavera logré acercarme de nuevo a Rocío pero su amor fue más difícil de obtener de lo que imaginé aun después haberle quebrado el espíritu luchador y romántico, éste solo llegó después de la maternidad, terrible paradoja para mí.

Ni durante el corto noviazgo ni durante los primeros años de matrimonio fui capaz de sincerarme con Rocío, se mostraba ilusionada con la idea de la maternidad, se le iluminaban los ojos cuando mencionaba el tema para después caer de nuevo en la melancolía con cada decepción mensual. Entonces empezó a asaltarme el temor de que aún se acordase de sus pretendientes o peor, que estuviese secretamente enamorada de alguno de ellos y los celos me devoraban, yo era una persona incapaz de vivir con rivales.

En un momento de lucidez recordé otro grito juvenil: "seamos realistas, pidamos lo imposible", me dije por qué no y tomé finalmente la decisión de ofrecerle la maternidad y poner a prueba nuestro amor, calmando de esta manera sus ansias y las mías y mejorando mi imagen pública siendo padre de familia numerosa. Seguía teniendo a mi alcance las cámaras de seguridad y a sus pretendientes en plantilla porque siempre he pensado que los enemigos deben estar próximos para tenerlos bajo control, y yo podía hacerlo. Me arriesgué de nuevo pero tomando algunas precauciones. Jubilé a los conserjes en cuanto regresamos de nuestro viaje de novios para evitar filtraciones e hice yo esta vez todo el trabajo. Instalé cámaras de vigilancia en nuestra casa debidamente camufladas entre el mobiliario para que no pudiese descubrirlas ni ella ni la asistenta en las sesiones rutinarias de limpieza. Tracé un plan, me las ingení para que uno a uno sus antiguos pretendientes fueran encontrándose con ella.

En esta aventura solo podía controlar las variables técnicas y humanas que dominaba desde la empresa pero me causaban desvelo otras más alejadas de mi control aunque no ignoradas, los valores intrínsecos de Rocío que podían dar al traste con toda la operación pero ella tuvo la suficiente astucia y prudencia como para utilizar a cada uno de ellos temporalmente mientras yo la mantenía bajo presión, una vez asegurado el embarazo no volvía a verlos más por miedo a mí y también a ellos. Su inteligencia femenina era tan sutil que excepto Sergio, ninguno de los otros cuatro llegó a sospechar su paternidad asegurando así la nuestra y la filiación de nuestros hijos.

Tal como imaginaba la maternidad le aportó a Rocío alegría y suavizó su carácter, sin embargo su mirada se mostraba huidiza cuando se cruzaba con la mía. Conocía yo bien el motivo gracias a las cámaras instaladas por toda la casa, temía que descubriese su infidelidad y sufría por ello y al mismo tiempo se esforzaba por cumplir con mis exigencias y sus obligaciones de esposa dándome los hijos que yo injustamente le reclamaba. La ponía al límite con cada nueva aventura, era evidente que ella valía mucho más que yo y por eso la quería con locura, era más preciada trofeo. Debo reconocer que era el mismo demonio y que de las llamas eternas solo me liberó la fortuna inmerecida de que Rocío no huyera de mi lado.

Durante años mi mujer se sintió culpable de su actitud sumisa e infiel a la vez de la que no podía escapar sin delatarse poniendo en riesgo a sus hijos porque vivía con constante duda de ignorar el verdadero padre de cada uno de ellos. Justificaba mi actitud creyendo que vivía en la ignorancia y en consecuencia debía guardar su secreto para mantener la felicidad familiar. Después del cuarto hijo, probada ya con creces su amor y fidelidad la liberé de sus obligaciones maternas y dejé de ponerla a prueba y la dejé disfrutar con todos sus caprichos porque es hasta la fecha la única mujer que ha superado todas mis excéntricas pruebas de amor.

Rocío poco a poco se olvidó del sufrimiento y tensión emotiva a la que había estado sometida para conseguir aquellos hijos tan deseados y entonces logró ser feliz. Pero mi felicidad no consiste en retener sino en conquistar, poseer y llevar al límite las experiencias sexuales ajenas ya que no puedo disfrutarlas en primera persona, por eso busqué otras jóvenes a través de las cuales pudiera conseguir el intenso placer de mi juventud. A Rocío la sustituí por Ani, Isabel, Loli y Mercedes, algunas salieron huyendo en cuanto reapareció su primer pretendiente otras como Mercedes ha más maleable, de todas ellas he obtenido la ilusión de vivir pero ninguna puede ocupar el podio que ostenta Rocío.

No creo en la justicia pero si la voluntad y la astucia. La vida con sus contradicciones me hizo estéril pero me dio la amplitud de miras para aceptar una paternidad legal cuando la biológica no era posible ni. Me dio los medios técnicos para controlar a Rocío cuando los celos ocupaban el lugar del amor. Ignoro por qué la vida fue tan generosa conmigo que tantos errores he cometido y tanto daño causé a mi mujer y a cuantos se acercaron a ella como el dios tirano que soy. De Rocío sólo he obtenido muestras de amor y fidelidad.

Durante estos cincuenta años de matrimonio he mantenido mi secreto y lo guardaré hasta mi último aliento, quizá entonces sea capaz de confesárselo o quizás no.